

CARTAS

DE

Ninón de Lenclos

PRECEDIDAS DE LAS

MEMORIAS DE SU VIDA

POR

A. BRET

Vertidas al Castellano

POR

MANUEL MACHADO

Lily Sosa Newton



Feminista
consorcio de bibliotecas
4507

PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

ENVÍO DE LAS MEMORIAS

A M. Lant de Damm.

Estáis obedecido, señor; doy por fin al público lo que mis pesquisas han conseguido hacerme saber de la célebre *M^{lle.} de Lenclós*. No se trataba para mí sólo de pintar una mujer galante como tal vez supongan los que desconocen el pasado siglo; tenía que hacer el retrato de una mujer inimitable en todo, que quiso ser hombre, apenas pudo pensar y que, en el maravilloso reinado de Luis XIV, llamó la atención de los adoradores del mérito verdadero.

Durante una vida de noventa años vió á su país renovarse y cambiar más de una vez de gustos sin que dejara ella de ser del de todos, sin ser nunca diferente de sí misma y sin parecerse á nadie. Y hubiera sido en todas las edades y en todos los pueblos cultos lo que fué en París, porque no debió á la inconstancia de las modas ninguna de las gracias ni de las sólidas cualidades que formaron su carácter.

Poseemos entre nosotros personas respetables que

menos sus amigos le dieron generalmente en su juventud (1); pero por el cual nadie se atrevió á llamarla cuando siendo menos débil se hizo el filósofo más amable que haya tenido nunca la nación francesa.

Poco mérito hay en reunir hechos; lo tendría el pintarlos y reunirlos en un conjunto : esto era prodigiosamente difícil, y mucho temo no haber hecho para ello sino esfuerzos vanos. Tratábase de dar á conocer al público el corazón y el talento de *M^{lle}. de Lenclós*, y para ello no era honrado fingir. No es una apología, no una sátira, ni menos una novela lo que me he propuesto escribir. Preciso es, señor, recordar que no doy esta obra más que como Memorias, útiles para una historia más extensa de mi heroína.

Me importa añadir aún que no he pretendido proponer á *M^{lle}. de Lenclós* por modelo. (Ni ¿para qué?) Escribo su moral, su filosofía, sus actos como hechos. El lector puede juzgarlos con estos principios : yo no tengo otros que los que exigía mi calidad de historiador. La máxima de *Horacio* (2) con que un anónimo (3) ha querido asustar al que emprendiera la historia de *M^{lle}. de Lenclós*, me sería injustamente aplicada : no omitir ningún hecho de la vida de un conquistador, no es arder, como él, en deseos de devastar la tierra.

(1) *M^{me} Sévigné* la llama sólo Ninón en sus primeras Cartas; le da el nombre de *M^{lle}. de Lenclós* en una de las que se acaban de imprimir, datada de 1696, época en la cual *M^{lle}. de Lenclós* tenía ochenta y un años.

(2) *Qualem commendes etiam atque etiam aspice, ne mor incutiant aliena tibi peccata pudorem.*

(3) Véase el Prefacio que encabeza las Cartas sobre la educación de los Principes.

pronuncian siempre con admiración el nombre de *M^{lle.} de Lenclós*. La dicha de haberla visto y tratado excita aún sus lágrimas por haberla perdido. Vos lo sabéis, señor, yo he desesperado cien veces de esbozar un retrato que requeriría el pincel más delicado y seguro : cien veces me habéis vos traído de nuevo á la labor; y por mucho que haya sido vuestro auxilio y el de las personas cuyas luces y consejos he seguido, no tengo sin duda al obedeceros otra excusa verdadera que la singular estima que tuve siempre yo mismo por esta mujer filósofo y sobre todo el temor de que alguien menos bien guiado que yo le hiciera un más flaco servicio pintando sólo sus debilidades.

La antigüedad que os es tan bien conocida, señor, no ofrece ninguna mujer célebre cuya comparación no sea injuriosa á *M^{lle.} de Lenclós*. Leontium, como se la ha nombrado alguna vez, os parecerá como á mí poco digna de este honor por el mal uso que hizo de su talento. Osó escribir contra el ilustre Teofrasto; lo que dió origen á un proverbio citado por *Plinio* cuyo sentido era que no había más que ahorcarse, puesto que las más altas personas estaban expuestas á tales afrentas. *M^{lle.} de Lenclós* no envileció nunca su talento. Tuvo el corazón débil, lo confieso; había adquirido en esto desde temprano principios que debían extraviar esta parte del alma que los sentidos arrastran y seducen con harta facilidad; pero; qué raro es que una inclinación tan viva hacia el placer no conduzca á la pérdida de todas las virtudes! *El menor defecto de las mujeres galantes, dice M. de la Rochefoucauld, es la galanteria.*

Doy á *M^{lle.} de Lenclós*, en la mayor parte de sus Memorias, el nombre de *Ninón*, que parece que al

ENVÍO DE LAS CARTAS

*A Madame ****

Os envío, señora, las Cartas de la difunta M^{lle}. de Lenclós al marqués de Sévigné; y por mucha que sea mi sumisión á vuestras menores voluntades, no puedo disimularos que no sin esfuerzo me determino á confiaros la colección. Si os fijáis en que es la única obra que nos queda de una mujer tan célebre por la superioridad de su genio como por los encantos de su persona, comprenderéis fácilmente cómo la ventaja de ser el único poseedor de este manuscrito aumenta su valor á mis ojos : así cuento con la gratitud que de vos exige tan gran sacrificio. Además, ojalá que la lectura de estas Cartas no disminuya en nada la idea ventajosa que de ella habéis formado, y que nos da el abate de Chateauneuf en su Diálogo sobre la música de los antiguos. Allí designa á M^{lle}. de Lenclós con el nombre de *Leontium*; y en el elogio que de ella hace no olvida su talento para el estilo epistolar.

Tengo el honor de ser muy respetuosamente,
señor, vuestro muy humilde y muy obediente ser-
vidor,

BREF.

é inteligente había en la corte. Las madres más virtuosas solicitaban para sus hijos que entraban en sociedad la ventaja de ser admitidos en una reunión tan amable que se consideraba como el centro de la buena compañía. El abate Gedoyne no tuvo más que presentarse allí para ser gustado y adquirir amigos que se interesaron vivamente por su reputación y su fortuna (1). »

En una palabra, cuantos autores han hablado de ella nos enseñan que tenía un talento tan agradable como sólido. Es un filósofo, pero un filósofo amable. « Reune, dice el abate de Chateauneuf, todas las virtudes de nuestro sexo á las gracias del suyo, á despecho del cual se ha colocado á la altura de los hombres ilustres. »

El retrato que de ella hace Saint-Evremond en una carta que le escribe, concluye su elogio con estos versos :

« La indulgente y sabia Natura
Formó el alma de Ninón
De la voluptuosidad de Epicuro
Y de la virtud de Catón. »

Sólo os citaré un rasgo del abate de Chateauneuf para acabar de daros una idea justa de esta célebre mujer; es aquél en que habla del modo de pensar de ella sobre el amor y la amistad.

Por la lectura de sus cartas conoceréis la importancia de esta última cita.

« Como el primer uso que ella hizo de su razón, dice, fué el de libertarse de los errores vulgares, nadie más alejado que ella del error insensato de aquellos que bajo el nombre de hermosa pasión quisieron

(1) Véase la vida del abate Gedoyne al principio de sus Obras diversas, impresas en 1745.

« Las cartas de *Leontium*, dice, después de vituperar la afectación de las de Balzac y Voiture, han gustado siempre todas porque son cartas. Aunque su giro sea singular y estén llenas de moral y brillantez de espíritu, nada tienen de rebuscado. Como la moral va siempre en ellas sazonada por el entusiasmo, y el talento las adorna en forma de imaginación libre y natural, nada difieren de su conversación, y bien se echa de ver que al escribir á sus amigos, ella misma se figura estarles hablando. »

A vos, señora, toca el juzgar si lo que os envío responde á lo que acabáis de leer y si este elogio es de un juez imparcial. La sola gracia que oso pedir os, señora, es que recordéis la promesa que me habéis hecho de no comunicar á nadie las cartas que os confío. Las negligencias que en ella se permite una mujer pudieran no ser juzgadas por otros con la indulgencia debida.

Además, ¿quién prodría en nuestro tiempo divertirse con su lectura? En ellas no ha de hallar retratos malignos, ni obscenidades, ni faltas de religiosidad; que, á creer á muchos, es el único género de lectura que hoy place.

M^{lle} de Lenclós escribe del corazón, del amor y de las mujeres. ¡Qué asunto! ¿Y quién mejor que ella podría desarrollarlo? Con su género de talento no pudo ver á los hombres sin estudiarlos y conocerlos. Sabéis como yo, por lo que dicen los autores de su tiempo, que ella no recibía en su casa sino á la más amable gente de la corte. Los hombres más ilustres por sus talentos buscaban su trato y amistad, y aún se aprovechaban sin sonrojo de sus consejos.

« La casa de M^{lle}. de Lenclós, aquella célebre Ninón, era el punto de cita de cuanto de estimable

MEMORIAS

SOBRE LA VIDA DE

NINÓN DE LENCLÓS

El nacimiento de Ninón (1) no fué obscuro. M. de Lenclós, su padre, vivió siempre en la mejor sociedad de su tiempo. Se sabe por lo demás que M^{lle}. de Lenclós era de la familia de los Abra de Raconis; y una tal alianza prueba sobradamente que los que han hecho de él un tocador de laúd se han engañado tomando una de sus habilidades por su verdadera profesión.

Ninón fué el único fruto de este matrimonio. M^{me}. de Lenclós, como madre prudente y cristiana trató de inspirar desde temprano á su hija, los sentimientos de piedad de que estaba ella penetrada. M. de Lenclós, por el contrario, quiso hacer de ella una muchacha amable y grabar en su joven corazón las impresiones de una filosofía que sus costumbres y su manera de pensar le hacían mirar como la verdadera sabiduría. ¡Qué contrastes! ¡qué combates en el espíritu de la joven discípula! Sabido es por qué partido suele decidirse la humanidad en estos casos: Ninón aprendió desde la cuna á pronunciar las pala-

(1) En 1615.

casi erigir el amor en virtud; el amor, que ella no tomó nunca sino por lo que es, por un gusto fundado en los sentidos, por un sentimiento ciego que no supone ningún mérito en el objeto que lo engendra ni lo compromete á gratitud alguna; en una palabra, por un capricho cuya duración no depende de nosotros, sujeto al disgusto y al arrepentimiento. Lo que parecía darle aún más derecho á tratarlo así es que ella reservaba toda su estima y toda su confianza á la amistad, que le pareció siempre una relación respetable, y en la cual ni se permitió nunca ni ligereza ni enfriamiento, hasta el punto de hacer confesar á sus amantes que no tenían rivales más de temer que sus amigos. »

Estaría en el orden que os comunicara lo que he podido recoger de anécdotas de la vida de mi autor; pero es un trozo de historia galante, reservado á una pluma más digna y más capaz de tratarlo que la mía. Leed, pues, señora; y si lo que os envío os gusta tendré gran placer en comunicaros lo que me queda de estas cartas.

Tengo el honor de ser, etc.

DAMOUS.

un espíritu amplio y natural, todos con un corazón amigo de los placeres, gozaban de la suerte más dichosa. El cortesano, el guerrero, el hombre de letras se hacían allí filósofos, y de esa filosofía cómoda y tranquila, cuyo sistema tiene su origen en las necesidades y deseos del corazón humano.

M. de Lenclós había llevado desde temprano á su hija á aquellas sociedades escogidas donde pronto fué el mayor encanto. Nunca se habían visto tantas gracias unidas á tanto talento y tanto gusto. Ninón de un talle elegante y perfecto, con la tez de un blanco deslumbrador, con grandes ojos negros, donde reinaban á la vez la dignidad y el amor, la razón y la voluptuosidad, tenía los dientes, la boca, la sonrisa admirables, su cabeza un aire noble y sin orgullo, la fisonomía abierta, tierna y conmovedora, la voz de un timbre interesante, bonitos brazos, manos bonitas, gracia en todos sus gestos y movimientos: Ninón, en fin, era bella y lo fué siempre.

Á tantos atractivos unió los talentos más seductores. M. de Lenclós le había comunicado el del laúd, instrumento entonces en boga. Nadie hasta ella le había arrancado sonidos tan hermosos, expresiones tan ingeniosas y delicadas. Era su alma que se desarrollaba en la armonía; era el sentimiento mismo que hablaba bajo sus dedos. Ninguna mujer la igualaba tampoco en aquella especie de diversión que exige todas las gracias y toda la nobleza posibles; pasó por la mejor bailarina de su tiempo.

El conocimiento de varias lenguas y de los mejores escritores de cada una sostenido por un talento vivo, luminoso, penetrante, daba á su conversación una brillante variedad, único preservativo contra el tedio. El tacto más fino para descubrir las ridiculeces, por

bras de placer y de probidad. Su padre supo hábilmente proporcionar sus lecciones á los grados de inteligencia que ella adquiría con la edad. No podían ir más ligeros puesto que á los doce años ya había ella devorado á Montaigne y á Charón su grave imitador. ¡Y cómo se fortificaron los consejos de su padre con los escritos del primero de estos autores á quien amó toda su vida!

Inútilmente M^{me}. de Lenclós quería hacerla participar de los santos ejercicios á los cuales había consagrado sus días. Ninón hasta en las mismas iglesias sustituía á los libros santos que se le daban lecturas más conformes á la educación que recibía de su padre. Tenemos quizás desde nuestra más tierna infancia un corazón abierto á la idea de las pasiones y los sentimientos que lo han de llenar un día. M. de Lenclós persuadía solo; ¡y qué ventajas no tenía para seducir un alma tan bien adornada por la naturaleza!

Ninón empezó á entrar en el mundo en un tiempo en que Francia era presa de mil disturbios que la desgarraban dentro y fuera. Tan tempestuosos días parecían deber alejar los placeres de la capital; y sin embargo reinaban en ella á pesar de los furores de la guerra y en la época del más religioso de los monarcas.

Sobre todo en el *Marais* habían fijado su morada los más célebres voluptuosos, ó, al menos, allí se reunían casi todos. Lejos del tumulto, y del bullicio que la indigencia, bajo el nombre de industria, causaba en el seno de la ciudad, se ocupaban en este barrio encantador de lo que podía contribuir al agrado de la vida. Allí los unos con su fortuna considerable, los otros con una imaginación delicada,

amante fué largo tiempo deferida por la amante, y si los obstáculos que tenía que poner á sus deseos, la vigilancia de M^{me}. de Lenclós les costaron mucho de dominar : ni disfrazo ni imagino nada. M. de Coligny fué dichoso, esa es la tradición, y sin duda fué el más dichoso de todos los hombres.

Un hecho asaz particular de esta intriga, que no por más viva fué menos sólida que todas las de esta especie, es que Ninón, poco devota y ya llena de los principios inquebrantables á que la llevaba su reflexión, no perdonó nada para comprometer á su amante á abjurar de los errores que los prejuicios de su educación le hacían preferir á la religión dominante de su país, y que podían hacerle perder, por un empeño absurdo, todas las ventajas á que su nacimiento y su mérito personal le hacían acreedor.

Hay que representarse á Ninón de diez y seis ó diez y siete años, toda amor y placer, alternando con el lenguaje de la ternura largas y serias conversaciones sobre el cambio á que quería obligarle; situación quizá única entre dos amantes de esta edad. Preciso es confesarlo; no la guiaba tanto el celo de la buena causa como el interés de Chatillón. Pero, por humano que parezca este motivo, ¿no hace el elogio de Ninón? ¿Qué otra mujer hubiera tenido por el conde este exceso de atención? el amor mismo resistir al amor; sólo algunos años más tarde se decidió el conde á tomar un partido que todo le aconsejaba (1).

Sea que Ninón sintiese primero algún enfriamiento por M. de Coligny, sea que éste rompiera la cadena que parecía unirlos tan estrechamente, su

(1) Abjuró en 1648.

muy disfrazadas que estuvieran, la apartaba de la triste y necia maledicencia para hacerla delicadamente satírica y humorista.

La verdad, de un carácter dulce, fácil y siempre igual; una probidad tan ilustrada como natural, un alma firme, un corazón tierno y fiel á la amistad, le dieron hasta su muerte amigos tan idólatras de su mérito, como sus amantes lo eran de su belleza. La constante asiduidad de los primeros prueba igualmente que la obra maestra de la naturaleza es la reunión de las cualidades esenciales y las virtudes sólidas, con los encantos de una mujer amable, y que Ninón fué esta obra maestra tan rara y tan digna de nuestra estima.

¿Qué misantropía pudiera borrar sus virtudes por el número de sus debilidades? ¿Podía Ninón resistir al amor que tuvo que inspirar á todos los que la conocieron?

Entre todos los amantes que dió á Ninón desde luego el brillo de su belleza, el joven conde de Coligny (1) fué bastante dichoso para hacerse notar. Lo describen encantador por su figura y todo concurría en él para hacerle merecer la preferencia que el amor le dió sobre sus rivales. No sé si la dicha del

(1) Gaspar de Coligny, duque de Chatillón, marqués de Andelot, muerto teniente general el 7 de Febrero de 1649 en el ataque de Charentón.

Se lee en el Segraisia que un M. de Saint-Étienne pasaba por haber recibido los primeros favores de Ninón; pero M. de Saint-Evremond su amigo de todo tiempo debe merecernos crédito. Ved lo que dice en una Elegía dirigida á Ninón:

« Este bello mancebo que os enamoró — Puso en vuestras manos su amable sinceridad; — Era joven; no había sentido — Lo que siente un corazón esclavo; — Y joven todavía vos ignorabais — Los efectos de un rostro hermoso; — Ignorabais la pena y el placer — Que dan el amor y el deseo. »

mérito en el objeto que lo origina, ni lo obliga á gratitud alguna; en una palabra un capricho cuya duración no depende de nosotros, y sujeto al disgusto y al arrepentimiento.

El germen filosófico que minaba ya su alma le hizo hallar muy natural este descubrimiento. Parcióle muy sencillo que una pasión como el amor produjera en los hombres efectos diferentes según las distintas disposiciones de humor, ó, temperamento, de educación, de interés, de vanidad, de principios ó de circunstancias (1), sin ser en el fondo otra cosa que un deseo disfrazado, pero no ardiente, de la posesión, sin la cual no subsiste, y después de la cual se desvanece casi siempre, como el fuego material se extingue cuando le falta alimento. Así su espíritu, tan osado como penetrante hizo desde luego, sobre todas las cosas de la vida, juicios que su experiencia y su razón le confirmaron; un prejuicio destruído arrastra á los demás; y el alma que los ha vencido concibe todo, ve todo con una claridad peligrosa para los espíritus ordinarios.

La inclinación que tenfa á reflexionar le hizo caer bien pronto en la desigualdad del reparto de las cualidades que se ha convenido exigir á los dos sexos. Pronto vió la injusticia y no pudo aguantarla. Veo

(1) El amor no es loco más que entre los locos y es más bien un vicio del espíritu que del corazón. *Diálogo sobre los placeres*, tomo II.

El amor obra de diferente modo según la diferencia de las almas que inspira; en un natural dulce enciende un fuego que es también como el del incienso que se quema ante el altar; pero las almas violentas son la presa de las llamas más terribles. Es un fuego cuya impetuosidad se aumenta con el viento de las pasiones, fuego que se eleva orgullosamente y que quema con la venganza causando mil estragos. Dryden, ved las cartas de miss Clarice.

ternura degeneró bien pronto en simple amistad; y Ninón hizo desde luego sobre el amor las reflexiones que en adelante decidieron de su conducta á este respecto (1).

En la embriaguez de sus deseos habíanse prometido aquella constancia eterna de que todos los amantes se creen tan capaces. Sin embargo los mutuos trasportes, las vivas agitaciones que hacen la dicha más fuerte, habían insensiblemente perdido su actividad. Ninón reconoció el amor en sus efectos. No lo vió ya si no como un movimiento ciego y maquinal que la política de los hombres se ha empeñado en ennoblecer según las nuevas reglas de decencia y de honor que se habían forjado arbitrariamente al separarse de su primera simplicidad.

Ese amor metafísico que no alcanzan las luces del espíritu ni los sentimientos del corazón le pareció tan poco real como los castillos encantados, los monstruos, las maravillas de la magia, de que están llenos nuestros poemas y novelas. Atreviése pues á arrancar al amor la máscara con que una convención particular al genio de cada nación había querido cubrir sus verdaderos rasgos; y esta pasión tan respetable según las primeras ideas que de ella se nos dan comúnmente, sólo se presentó á sus ojos como la sed y la necesidad del placer, ó, como dice el abate de Chateaufeuf (2) que lo sabía por ella misma, el amor no le pareció más que un gusto fundado en los sentidos, un sentimiento ciego que no supone ningún

(1) Véase en Platón lo que Sócrates dice que ha aprendido de la famosa Diótima á propósito del amor. Mucho respeto tenía ella por esta pasión que creía, como Ninón, que era el ídolo y la obra de los sentidos.

2) Diálogo sobre la música de los antiguos. Paris, 1725.

Siendo todos sus amigos casi todos los mismos, ellas se hicieron inseparables. En casa de una y otra sucesivamente se formaron aquellas asambleas ilustres donde se ponía cátedra del epicureismo más delicado y razonable. De cuanto había en la corte de más distinguido en las letras, de más cortés y más amable, procuró la amistad de aquellas dos célebres mujeres. Los condes de Miossens, después mariscal de Albret, de Palluan (1), el marqués Créqui, el comendador de Souvré, el marqués de Vades, el caballero de Grammont (2), M. de Toulangeon, su hermano Saint Evremond, el voluptuoso Desbarreaux, M. de Elbene (3), Sarrasin, Boisrobert, Desyvetaux eran sus amigos más celosos. Scarrón sobre todo en su más viva juventud contribuía mucho á los placeres de esta voluptuosa asamblea. El traje de abate que entonces ostentaba, no había de impedirle entregarse á toda la alegría de su espíritu, puesto que el estado más cruel, los dolores más agudos no pudieron acabar con ella en adelante.

(1) Conocido en lo sucesivo con el nombre de mariscal de Clerambaut.

(2) Saint-Evremond y el conde Hamilton lo dieron á conocer bastante. La alegría de su espíritu jamás desapareció; fué viejo en la corte sin ser ridículo. M. de Turenne, por lo que dice Ninón, no quería vivir más que para verle viejo.

(3) M. d'Elbene, de una familia originaria de Italia, fué uno de los más ilustres epicúreos de su tiempo. Estaba abrumado por los acreedores. Su mujer y él habían apostado cada uno como dote matrimonial más de ochenta procesos. Era un hombre muy singular; se había apasionado por el poema épico y por eso fué gran amigo de Desmarets; un día vino á verme (dice Ménage) y me rogó que le concediese una gracia, y esta gracia consistía en que yo hiciese un poema épico. Saint-Evremond le llamaba el Cunctator, según dice Ninón, la cual afirma en una de sus cartas, que murió en el hospital el año 168...

(dice á sus amigos) que nos han cargado de todo lo que hay de más frívolo, y que los hombres se han reservado el derecho á las cualidades esenciales : desde ahora me hago hombre. Y así lo hizo, é hizo bien, dice uno de nuestros ingeniosos escritores modernos (1).

Así pues no hay que juzgar á Ninón como á mujer sometida á mil pequeñeces y reparos. No tiene otra moral que la de los más honrados de su siglo, y de ella no la veremos apartarse.

Cierta conformidad de humor, de espíritu y, sobre todo, de amor al placer, la hizo trabar conocimiento con la célebre Marión de Lormes que, en una edad ya avanzada, conservaba aún encantos que la hicieron adorar hasta su muerte. Esta mujer amable á quien el cardenal de Retz, como hombre de sotana, trata *de algo menos que una prostituta*, había sabido hacerse perdonar las debilidades de su corazón en favor de otras mil buenas cualidades. Una feliz reputación de gusto y de talentos, tanto como las gracias de su figura la habían mantenido entre las gentes sin prejuicios en una consideración que es difícil de conservar con tan grande inclinación á los placeres. La misma selección de sus amantes la había distinguido mucho tiempo de las mujeres galantes de su siglo. D... fué el único que le afearon. Bien es verdad que este último, objeto del odio público, tenía que dañar la reputación de Marión de Lormes, sospechosa esta vez de no haberse rendido más que al interés. Ninón en cambio se respetó sobre todo siempre en este particular.

(1) Véase el fin de las Confesiones del conde de... 2.ª edición.

darle como amantes. Cierto que el amor, esa viva pasión é involuntaria, ese violento trasporte, ese extravío, esa embriaguez, ese engaño quizá de alma, no nombraba siempre á los dichosos. Pero Ninón consultaba casi siempre el delicado gusto de su sexo, que, cuando el corazón es dueño de escoger, lo rinde sólo á las gracias del arte ingenioso de la seducción, á esos talentos encantadores cuyo atractivo excusa las debilidades que provoca.

El gran prior de Vendome, prendado hacía mucho tiempo de los encantos de Ninón, no dejaba de perseguirla. Amante impetuoso veía con el mayor dolor que ella le hubiera preferido á los condes de Miossens y Palluam. De ellos se quejó amargamente, y Ninón, lejos de conmovirse con su reproches, escuchó los deseos de algún nuevo rival, poniendo así el colmo á la desesperación del gran prior, que, en su furor injusto, creyó poderse vengar por ese medio triste, pero harto común en los amantes desgraciados. Salía él de su casa cuando encontró ella sobre su tocador una especie de carta que abrió y donde leyó este cuarteto :

Indigna de mis fuegos, indigna de mis lágrimas
— renuncio sin pena á tu escaso atractivo — mi
amor te prestaba encantos, — ingrata, que tú no
tenías.

Era Ninón demasiado sensata para sentirse ultrajada con las muestras de un despecho tan poco razonable. Creyó mejor echarlo á broma y contentarse con responder al gran prior, con cuatro versos en la misma rima que él acababa de emplear contra ella. La tradición nos los ha conservado, son estos :

Insensible á tus fuegos, insensible á tus lágrimas,
— te veo renunciar á mi escaso atractivo, — pero

Su figura misma era entonces bastante buena (1) y pocas gentes eran más deseadas que él.

Esta sociedad de gentes amables había visto la dicha del conde de Coligny sin sentir esa baja envidia que hace nacer el exceso de amor propio. Pero vieron con placer que Ninón, hecha para pensar sólidamente y sin desigualdad, no sería susceptible de esas pasiones eternas que no dejan ninguna esperanza de suceder al amante preferido. Ninón misma después de su primera ruptura, les declaró altamente que tenía por cierto que las reglas y deberes del amor eran iguales entre los dos sexos; que sobre el particular no había que esperar de ella más que de la mayor parte de los hombres, y que reservaba la constancia y la fidelidad de que era capaz para otro sentimiento más puro : para la amistad, que durante toda su vida la hizo más célebre que el amor (2).

La nobleza francesa comenzaba á despojarse de las ideas románticas, fruto de la singular galantería de los reinados precedentes. De modo que el sistema de Ninón sobre el amor, fácilmente pareció razonable, sobre todo á gentes á quienes halagaba la esperanza de que les llegara la vez.

No hay que imaginarse, sin embargo, que todos sus amigos tuviesen sucesivamente el derecho de agra-

(1) Cuando yo pienso (dice en una carta á Marigny) que había nacido lo suficientemente bien hecho para merecer los respetos de los Boisroberts de mi tiempo.

(2) En vuestros amores sois siempre ligera, — Mas con los amigos segura y sincera; — Para vuestros amantes los humores de Venus, — Para vuestros amigos las virtudes sólidas... — Tan pronto es de la naturalidad de Elena — Con sus apetitos y sus incentivos — Como es la probidad romana — El honor, la regla y el orden.

(Carta de Saint-Evremond á M^{lle}. de Lenclós.)

negarse á los suspiros de este ilustre amante.

Picado de su resistencia, quiso él vengarse rindiendo sus homenajes á Marión de Lormes, cerca de la cual una fatalidad singular le hizo hallar obstáculos aun más fuertes. Retenida entonces por una inclinación violenta que por muchas razones guardaba secreta, le hizo sufrir dificultades que no podían dejar de irritar á un espíritu acostumbrado á vencerlas todas. Ninón misma, á lo que se dice, se vió comprometida á amansar tanta crueldad, y estuvo encargada de ofrecer á su amiga cincuenta mil escudos que ella rehusó. El cardenal de Retz pretende sin embargo, que consintió en fin, en rendirse á esta pasión, y fué algunas veces á visitar al cardenal, pero casi todo el mundo está de acuerdo en que el vivo gusto que ella tenía entonces por un joven consejero del parlamento (1), le hizo desdenar ofertas tan considerables.

En casos semejantes, el hombre de genio más elevado se porta como un hombre ordinario. El cardenal dejó de pronto de ver á Marión de Lormes y á Ninón, que no perdieron un amigo de tal rango y mérito, sin sentirse molestas y sin concebir aun más desprecio por esa pasión impetuosa que lleva el disturbio al mismo seno de la amistad.

El estado terrible á que se vió reducido Scarrón, fué para ella una nueva pena. Amiga tierna y compadecida, sintió todos los dolores de su amigo, que no la olvidó en la lista de gentes ilustres á quienes dió sus burlescos adioses (2) cuando se hizo trans-

(1) Jacques de la Vallée, sieur Desbarreaux.

(2) Adiós, aunque no seas rubia, — Doncella de quien habla todo el mundo, — Objeto encantador, bella Ninón, — La amante de Agamenón — Nada tuvo comparable — Á lo que

si el amor presta encantos — ¿por qué tú no se los pedías?

El más grande hombre que vivía entonces no tuvo más fortuna cerca de ella. Para hacerla sucumbir era preciso inspirarle más deseo que respeto y admiración. El abate de Raconis, su pariente, y el abate de Boisrobert, su amigo, que representaban ambos el mismo papel cerca del cardenal de Richelieu le habían hablado á menudo del mérito singular de Ninón, y la idea que de ella le dieron, le metió en ganas de verla y oirla. Boisrobert, que servía para más de una cosa á su amo, prometió satisfacer su curiosidad.

Lleno de los más vastos proyectos, que sus talentos superiores y su actividad llevaban siempre á cabo, el cardenal no había renunciado nunca á las expansiones de su corazón. El hombre grande sirve para todo. Á diario cultivaba el gusto que tenía por las letras, y á diario tenía momentos destinado á sus galanterías. Bien es verdad (á creer al cardenal de Retz) que en el arte de agradar era á veces menos dichoso. Tal vez corresponden á almas de un temple más común el arte y los talentos frívolos de la seducción.

En Rueil (1) fué donde el intrigante eclesiástico hizo ver á su amo á Ninón y su amiga, que, encantadas de juzgar de un hombre que llamaba la atención de la Europa entera asombrada, se habían prestado gustosas á los designios de Boisrobert. Las fiestas más galantes y más deliciosas, siguieron á este conocimiento. Pero Ninón, no dejándose deslumbrar, por el favor que tal intriga pudiera alcanzarle, osó

(1) Casa del cardenal.

zones que le habían hecho renunciar á sus antiguos placeres y á sus mejores amistades.

Este ilustre epicúreo, habiendo hallado un día en su puerta una muchacha desmayada (1), la hizo socorrer y entrar en su casa por un simple impulso de humanidad. Pero apenas volvió en sí y la examinó, sintió su corazón interesado. Era ella joven y bonita; y al recobrar el conocimiento, creyó deber demostrar su gratitud á su bienhechor, tocando en un arpa que tenía algunos aires que acompañó con el timbre de voz más seductor.

El filósofo, que había sido siempre entusiasta de la música, no pudo defenderse de este último atractivo; y concibió en seguida el designio de acabar sus días con la amable cantadora. No le fué muy difícil determinar á este partido á una muchacha cuya profesión era correr las tabernas de los barrios de París, con un hermano; pronto halló placer en hacer la dicha de un hombre enamoradoísimo que, en una de las mejores casas del barrio de Saint-Germain le proporcionaba la vida voluptuosa y tranquila que él mismo ha descrito en algunas de sus obras (2).

Aunque había pasado su vida en la corte como ayo de M. de Vendome y maestro de Luis XIII, siempre había dominado en él el gusto de la vida retirada. Las descripciones de la vida campestre le habían hecho preferir siempre este género de existencia á toda otra. Este gusto se decidió del todo con la joven Dupuis que, prestándose gustosa á sus caprichos, se vistió de pastora de teatro para figurar con su amante, que quiso representar con ella

(1) Se llamaba Dupuis, y era d'Étampes.

(2) Sus poesías no se encuentran más que en las colecciones; eran simples y sin elevación.

portar al barrio de Saint-Germain para tomar unos baños de que habla con una alegría tan poco compatible con el exceso de sus males.

De vuelta al Marais, y casi aniquilado por la cruel parálisis, que sólo le dejaba libre el espíritu, no tuvo desde luego otro recurso que hacer llevar su figura contrahecha á casa de sus conocimientos. Pero Ninón, yendo á pasar días enteros junto á él, atrajo bien pronto á su casa todo lo que había de más distinguido en la corte y la ciudad, haciendo así al pobre Scarrón el más señalado favor. No es de ella pues como se ve de quien el famoso caballero de Grammont había aprendido á malquistarse con sus amigos, cuando estaban enfermos.

No era Scarrón entonces el único de quien se veían privadas sus tertulias ordinarias. Tampoco veía hacía algún tiempo á un filósofo, un sectario de la voluptuosidad á Desyvetaux, en fin (1).

Sabía ella que asuntos de familia habían amenazado su fortuna de algún riesgo; y la situación en que había podido colocarle el suceso que ella ignoraba, aumentaba su alarma. Resolvió, pues, irlo á buscar y arrancarlo á la pena de que lo suponía devorado, á pesar de la alegría y prudencia de su carácter. Ninón se engañaba; Desyvetaux seguía siendo feliz. Permitaseme escribir aquí las singulares ra-

os hace amable. — Aquella ni tenía voz ni laúd — Y puso á los griegos en celo — De manera tan furiosa — Que á fe mía faltó poco — Para destruir el campo — É irritar al airado Héctor; — Una joven tan hermosa — Siempre promovió querrela. — Por miedo á que no ocurra otro tanto. — Tratad de no herir así — Y mandad á vuestros ojos — Que no causen tantas víctimas.

(1) Nicolás Vauquelin, muerto en 1648 á los 90 años.

cierta filosofía cuando teniendo todos los caracteres de la inocencia moral, no tienen contra sí más que la singularidad. ¿Y qué pueden tener nuestras diversiones de menos peligroso que el no parecerse á las de la multitud?

Ninón vió, con gusto, á la amable compañera de su amigo. Su figura, su espíritu, sus talentos la encantaron á ella también; y Desyvetaux, que le había parecido ridículo á primera vista, ya no le pareció más que dichoso.

No hizo, pues, esfuerzo alguno para atraerle á su antiguo plan de vida, que encontraba ella misma en aquel momento, mucho menos amable que el que él había abrazado. ¿Qué podía ofrecer de seductor en efecto, á personas que habían gustado placeres puros y naturales? Las vanas diversiones del mundo no simpatizan más que con la disipación, donde el espíritu, entregado á la seducción pasajera del arte, deja el corazón vacío en cuanto cesa la ilusión.

Semejantes reflexiones, debió inspirar á Ninón la rara filosofía de Desyvetaux, puesto que no dejó de ser su amiga, y, por el contrario, fué de cuando en cuando á divertirse con el espectáculo de su tierna mascarada que Desyvetaux conservó hasta el momento de su muerte. Hizo á la casi tan célebre como su vida, exigiendo de la Dupuis que tocase una danza favorita para que su alma pasara más deliciosamente (1). ¿Qué estudio enseña á ciertos hombres á

(1) Sócrates dice que las personas debían morir como los cisnes que, comprendiendo la ventaja que hay en la muerte, expitan cantando: *Providentes quid in morte boni sit, cum cantu et voluptate moriuntur*. Brantôme cuenta la historia de la muerte de M^{lle}. de Limeul, la mayor, una de las hijas de la reina, historia que tiene semejanza con la de Desyvetaux... Cuando se aproximó el momento fatal ella llamó á

el papel de Coridón á la edad de setenta años.

Ya muelllemente tendido sobre alfombra de verdadera escuchaba los sonos encantadores que su pastora arrancaba al arpa, mientras los pájaros enternecidos como él por la viva expresión de esta armonía, se escapaban de su jaula é iban á acariciar con sus alas el arpa de la Dupuis, y luego, más embriagados, á expirar en su seno. Esta pequeña galantería á que se les tenía amaestrados, era para el pastor filósofo un espectáculo delicioso que llenaba su corazón de la más dulce embriaguez. Imaginábase conducir con ella sus rebaños confundidos; sus conversaciones no eran, por decirlo así, más que tiernas églogas : el atractivo del placer que en ellas encontraban les había familiarizado con las expresiones y las ideas.

Cual fué la sorpresa de Ninón cuando encontró *al buen hombre* (1) bajo el disfraz original de pastor con una cachiporra en la mano, la zamarra al lado y el sombrero de paja en la cabeza (2). En un principio se figuró que las penas le habrían alterado la razón y el enternecimiento iba apoderarse de su corazón cuando Desyvetaux disipó su sospecha con la manera que tuvo de hablarle de su metamorfosis. Hay gustos y placeres que se justifican ante una

(1) Era el nombre que le daba siempre.

(2) Famoso personaje — Que no conoció más leyes que las del buen sentido. — Desyvetaux en nuestro tiempo — Pensó de una manera más elevada y sabia — Y hasta el fin de sus días — Llevó constantemente zurrón y cayado, — Y en los brazos de sus amores — Expiró dulcemente al son de la gaita. — Con dulces acordes — Para descender mejor á la mansión de los muertos — Supo hacerse cómodo el camino : — Y sensible á los placeres en su último suspiro, — Hizo de un momento horroroso un momento de placer — Que le llevó al Eliseo.

truyó bien pronto una idea tan mal fundada. Ninón voló junto á su madre; en cuanto supo su situación. Sin hacerse aun enemiga del placer, creyó deber dar treguas al goce. Amigos, conocimientos, tertulias, diversiones, ternuras, todo dejó de entreternerla. Cuidados entonces más caros á su corazón la ocuparon por completo, M^{me}. de Lenclós reconoció su error. Ella amaba tiernamente á su hija y de ella se vió amada. Nada podía prolongar sus días puesto que semejante placer no lo consiguió.

Por muy filósofo que fuera Ninón, no pudo resistir el espectáculo de una madre expirante; su alma se vió desgarrada por el dolor. ¡Dichoso el corazón cuya filosofía no alcanza á debilidades tan respetables! Ciertamente que aquella madre moribunda había dicho á su hija antes de morir cosas que su estado de languidez hacía penetrantes y capaces de asombrar á un espíritu cuya sensibilidad habían sacudido el dolor y las vigiliass. Apenas cerró los ojos M^{me}. de Lenclós cuando su hija concibió el proyecto de retirarse del mundo (1). La ausencia de M. de Lenclós la dejó dueña de su conducta; y algunos amigos que á pesar de sus órdenes consiguieron hablarle, no pudieron alejarla de este deseo. Ninón, perdida, desolada, fué á meterse en un convento de los alrededores de París, que miraba entonces como si fuera á ser su última morada (2).

(1) La desgracia ha convertido á muchos en devotos por cierto enternecimiento ó por una secreta piedad por sí mismo bastante á propósito para disponer á los hombres á una vida más religiosa. Saint-Evremond al duque de Olonne.

(2) Después que yo hubiera sabido... — Lo que se dice del hermoso y santo ejemplo — Que la Ninón da á todos los mundanos — yéndose con las monjas; — Cuántos lloros la pobre jovencilla — Ha derramado cuando su madre sin ella, —

reunir en su corazón sentimientos tan opuestos? ¿Cómo el que vivía para los placeres puede no sentir pena de abandonarlos? No debo olvidar decir que él llevó toda la vida en el sombrero una cinta amarilla *por el amor, decía, de la gentil Ninón, que se lo había dado.*

No debe extrañar que Ninón, habiendo tenido semejantes maestros, desde que empezó á pensar, se entregara á una filosofía tan contraria de los principios que había querido inculcarle M^{me}. de Lenclós. Mucho tiempo hacía que no vivía ya con aquella madre razonable á quien amaba sin embargo tanto, como era amada por ella. La disparidad de sentimientos la había necesariamente desunido; pero la naturaleza no podía perder ninguno de sus derechos en el corazón de Ninón. La grave enfermedad de su madre demostró esta verdad á todo París.

La señora de Lenclós, separada de su esposo y de su hija, tenía contra uno y otra esos prejuicios naturales de las personas que sacrifican todo á su piedad. La afición que veía en su hija por las cosas del mundo, hacía nacer en su espíritu una idea que ella creía consecuente, aunque fuera injusta. Le parecía que el amor á la voluptuosidad tenía que arros- trar á Ninón al olvido de todas las virtudes; y puesto que su hija no era devota, la creía desnaturalizada.

El estado peligroso á que llegó su madre, des-

su criado Julián que sabía tocar muy bien el violón : Julián — le dijo, — coged vuestro violón y tocad, hasta que me veáis muerta, la « *Derrota de los suizos* » y cuando lleguéis á « todo se ha perdido » repetidlo cuatro ó cinco veces con toda la tristeza que podáis; y cuando llegó el « todo es perdido » y fué repetido, se volvió del otro lado de la cabecera y dijo á las que le acompañaban : « Todo se ha perdido muy seriamente de esta hecha. » Y así murió.

damas del más alto rango no tuvieron dificultad en relacionarse con una mujer que reunía tantos encantos verdaderos. La erudición seca y estéril estaba desterrada de su sociedad. Y sobre todo, la afectación y esa metafísica de ingenio y de sentimiento con que algunos genios estrechos y estirados encontraban hasta su galantería, se habían retirado al hotel de Rambouillet, que Bayle llama *un verdadero palacio de honor* (1). Allí era sobre todo donde el preciosísimo de las expresiones, el retorcimiento de las ideas, la insipidez de los cumplimientos se perfeccionaban á diario á despecho de la razón y del buen gusto.

En casa de Ninón todo era verdadero, todo era agradable : si alguna vez se deslizaba allí algún hombre poco hecho al tono que reinaba, pronto se veía obligado á alejarse. La naturalidad y las gracias sencillas de la conversación asustaban á los que no conocen su mérito y la tertulia se encontraba al unísono. La justeza del discernimiento, la delicadeza del gusto de Ninón llegaban (permítaseme decirlo) á naturalizarse en todos sus amigos. En fin, si este carácter de franqueza amable, de amplia cortesía, de probidad dulce, de agrado y de gusto que distingue hoy á los franceses no le debe su principio, no puede negarse que ella lo llevará á la perfección, y se hiciera una ley de inspirarlo á todos los que gozaban del placer de vivir con ella.

Algunos compromisos que se sucedieron cercanos, excitaron entre dos rivales una querrela poco común; hallábase ella en un estado que avergüenza á las mujeres cuando no es el fruto de un lazo res-

(1) M^{lle} de Scudéry ha hecho en su novela de *Cyrus* una descripción de la pequeña corte de Rambouillet.

Sabido es que en el corazón humano el dolor más vivo y más legítimo se gasta con el tiempo. Saint-Evremond y Marión de Lormes supieron aprovechar de la calma que recobraron los sentidos de su común amiga gradualmente. Desesperada de su resolución, la bella de Lormes confiaba poco en sus esfuerzos; pero Saint-Evremond conocía demasiado el corazón de Ninón para imaginar que la triste vida que había abrazado, pudiera convenirle mucho tiempo. Ya era bastante haber conseguido verla y hablarle. Este primer paso hacia la amistad le respondía de los que aun le quedaban por dar. Y los dos al fin la volvieron al mundo que ella había abandonado por una especie de ligereza (decían ellos) de que en adelante no sería capaz.

El poco tiempo que había durado su retiro no había podido borrar de su corazón las impresiones de la voluptuosidad. Apenas volvió á ver este mundo encantador cuando se le despertaron todas, y no concibió cómo habían podido parecerle menos vivas durante algún tiempo. El amor entró pues, en su alma; pero el amor sin tiranía, sin disturbios, y sin ese vano cotejo de que por deseo de excusar sus debilidades, lo hace seguir la mayoría de las mujeres (1).

El placer que causó á sus amigos la vuelta de Ninón, está fuera de toda ponderación. Las mismas

Cirios encendidos y llevando escudos — Curas cantando sus fúnebres cantos, — Quiso ir en blancas tocas envuelta — Á servir una mesa modesta y sencilla.

SCARRÓN, *Epistola á Sarrasin*.

(1) ¿Fué hecho el amor para ser durable? — Es el fuego de un relámpago, — Un sueño encantador, frágil lazo, — Que no forma y rompe nada que sea razonable.

CHAULIEU, *Epistola del abate Courtin*.

La dicha de que Ninón vió gozar á este hijo no le permitió nunca arrepentirse de la debilidad á que debía él la vida. Feliz si en lo adelante no hubiera sido madre una segunda vez para sufrir la mayor de las desgracias.

La muerte del cardenal de Richelieu y la de Luis el Justo habían cambiado la faz del Estado. Los primeros años de la Regencia se señalaron sólo por los placeres de una corte amable y la dicha de todos los súbditos.

Los franceses, tan naturalmente amigos de los placeres como de la gloria, no se ocupaban más que en dividir sus corazones entre estos dos objetos.

Nadie fué amante que no sirvió á su rey
Nadie guerrero que no sirvió á su dama (1).

Que época dichosa para Ninón cuya alma viva y sensible no respiraba más que por y para la voluptuosidad. La naturaleza que parecía haberse complacido en formarla, le debía aquellos hermosos días de abundancia y de delicias que autorizaba una dulce política.

Todo gusto parecía inútil,
El dulce error no se llamaba crimen,
Los vicios delicados llamábanse placeres (2).

La nación francesa más avisada sobre los gustos de la sociedad por un comercio menos misterioso y menos interrumpido con las mujeres, y el amor y el cultivo de las letras, echaba los fundamentos de una gloria que, aumentando los conocimientos, los talentos y las artes, debía hacerla envidiar y pronto imitar

(1) Estancias irregulares sobre los primeros años de la Regencia, por Saint-Evremond.

(2) *Ibidem.*

petable y necesario al orden establecido por las fortunas. Ninón en fin de amante iba á ser madre. Y sea que la disputa que sobrevino entre el mariscal de Estrées y el abate de Desfiat sobre los derechos que pretendían ambos tener al niño pudiera divertirla, sea que en efecto no se creyera ella bastante segura en su decisión para arriesgarla, lo cierto es que no se pronunció por ninguno de los dos, y que después de muchas discusiones tuvieron que convenir en que sólo la suerte podía decidir á quien pertenecería aquel fruto del amor. Trayéronse tres dados y la fortuna se declaró por el niño, negándose al abate Desfiat, que hubiera hecho quizá menos por su dicha que el mariscal.

Ninón consintió con placer en ceder al mariscal de Estrées un bien porque tan interesado se mostraba; y consintió en privarse de él gustosa para abandonarlo á los cuidados tiernos y verdaderamente paternales que siempre tuvo por él.

El mariscal de Estrées destinó al servicio de la marina á este primer hijo de Ninón, que en adelante bajo el nombre de caballero de la Bossière, adquirió el grado de capitán de navío. Heredero de los talentos de su madre, tuvo para la música el mayor gusto y disposición. Terminó sus días en Toulón hace treinta años á la más avanzada edad, pero sin haber perdido la devoción decidida que siempre tuvo al placer. Su gabinete estaba lleno de toda clase de instrumentos y obras de los mejores maestros. Todos los músicos que, durante su estancia en Toulón venían de Italia á Francia, ó volvían á Italia, se apeaban en su casa donde eran perfectamente recibidos con tal de tener la complacencia de hacerle oír hasta qué punto de perfección llevaban sus talentos.

El joven M. de Vassé daba frecuentemente á Ninón fiestas en Saint-Cloud á las cuales iba siempre como amigo común el marqués de Sévigné. Conocía éste á Ninón : sabía que la galantería de su rival era un débil medio para sujetar un corazón que nunca había sido esclavo más que de sus propios gustos. El marqués de Sévigné creyó no faltar á la amistad, haciéndose oír; y Ninón no imaginó faltar á la gratitud, prefiriéndole á su generoso rival.

No hablo de la pena que ella sintió al saber que el marqués, poco después de su victoria había perdido la vida en un lance de honor que tuvo con el caballero de Albret. Sin duda que fué verdadera; pero un ligero fuego encendido por los sentidos y la ocasión no eterniza ningún dolor. No fué por eso más dichoso M. de Vassé. Había dejado de agradar, y él lo notó; por lo demás Ninón tuvo siempre la buena fe de decirlo; nada tenía por vergonzoso, en el comercio de la ternura, más que el arte y la mentira.

No era posible que el joven duque de Enghien que vivía entonces muy familiarmente con el conde de Miossens y Saint-Evremond no le hubiera oído hacer el elogio de su ilustre amiga. El hotel de Rambouillet que honraba con su presencia le había hecho siempre poca gracia; la famosa guirnalda de Julia (1) de que se ocupaban constantemente en aquella sociedad, no divertía nada al príncipe que, por lo demás con talento y conocimientos superiores, tenía en general poca afición á la poesía.

(1) Todos los ingenios que frecuentaban el hotel de Rambouillet formaron un día el propósito de hacer una guirnalda para M^{lle}. de Rambouillet, que se llamaba Julia d'Angennes. Cada uno escogió una flor é hizo versos sobre la que había preferido. M. Godean era uno de los concurrentes, y como era muy pequeño, le llamaban el enano de Julia.

de todo el universo. Pero aún no se veía más que la aurora de aquellos días reservados al más grande de nuestros reyes.

Entonces fué cuando Ninón cada vez más rodeada de cuanto de amable había en París no vió más que una verdadera felicidad en hacer dichosos; pero sin interés, sin bajeza y, como dice M. de Voltaire en su *Templo del gusto* :

Con aquel arte, aquella delicadeza
Que hace á la menos fiera belleza
Respetable en su debilidad.

Lo que hace concebir en Ninón el mérito superior que la distingue de todas las mujeres, es que arrastada por la embriaguez de su corazón en medio del torrente de sus debilidades, como nunca el gusto por aquellos placeres menos vivos pero más caros de la razón. Tierna para sus amantes, respetuosa de las conveniencias, siempre fiel á sus amigos, sus momentos, sus placeres, sus cuidados, sus atenciones, su corazón se repartían entre ellos : el amante más amable no tuvo jamás el derecho injusto de poseerla por completo. Y (si hemos de creer al *abate de Châteauneuf*) *sus amantes no tenían rivales más de temer que sus amigos.*

El marqués de Sévigné, que, por un gusto muy corriente en los hombres, no había encontrado en una mujer asaz bella, llena de talento, tal vez demasiado celosa de parecer estimable, los encantos propios para fijar su corazón, halló á Ninón mil veces más hechicera. La misma M^{me} de Sévigné, en una carta en que habla del amor de su hijo por Ninón, atestigua bastante, diciendo que había echado á perder á su padre, que esta pasión no le había sido más desconocida que indiferente.

sus profundos estudios y ocupaciones le dejaban. Cuando llegó á ser príncipe de Condé no cesó de darle pruebas de la más viva amistad; hasta encontrándose en la calle se le vió detener su carruaje y correr á saludarla á la portezuela del suyo.

El príncipe de Marsillac (1), menos filósofo entonces que más adelante, y lleno, por el contrario, de todos los vicios de la juventud de su tiempo (2), no pudo negar su admiración á las cualidades sólidas y estimables de Ninón, á quien veía mucho con el duque de Enghien; pronto trabó con ella una amistad que duró hasta su muerte. Nada en verdad era comparable al noble desinterés con que esta muchacha trataba á gentes tan por encima de ella. Nunca la menor consideración de las ventajas que pudiera sacar de sus ilustres relaciones, entró para nada en su conducta. Los impulsos de su corazón y el mérito que reconocía en sus amantes eran los sóloos motivos de su dicha.

La celebridad de Ninón, llevada al más alto grado, no podía dejar de excitar el odio y la envidia de algunas mujeres, sobre todo de aquellas que se llaman timoratas y que no tienen generalmente de la virtud más que una máscara que no saben siquiera hacer agradable. Se comprende todo lo que los celos y el talento de hacer daño, tan propio de su especie, podían hacerles imaginar contra una muchacha cuyo verdadero mérito quitaba á sus encantos parte de su poder. Las quejas más amargas, los gritos más mul-

(1) Después duque de La Rochefoucauld, nació el 15 de Diciembre de 1613 y murió el 17 de Marzo de 1680.

(2) M^{me} de La Fayette le transformó por completo. Ella decía que el duque de la Rochefoucauld le había dado talento pero en cambio, ella había reformado su corazón.

La casa de Ninón á la que se dignó hacerse llevar, le pareció bien diferente del templo académico que sólo frecuentaba él por costumbre y al cual renunció casi del todo. La seducción del corazón siguió en seguida á la del espíritu, y el vencedor de Rocroy no pudo defenderse de una ternura que hizo la gloria de una amante y la dicha de los dos.

Todos los héroes de Belona no lo son siempre de Venus; el alma más alta de nada sirve en esos combates en que el valor no toma parte (1).

El joven príncipe, hecho para la gloria más inmortal lo estaba menos para la voluptuosidad, á pesar de aquel aire robusto y las señales de fuerza que había recibido de la naturaleza : *pilosus aut fortis aut libidinosus* (dice un proverbio latino que Ninón conocía). ¡ Ah! monseñor, exclamó ella un día en sus brazos, *preciso que sedís bien fuerte*.

Vivió sin embargo mucho tiempo con ella en aquella unión en que le retenía tanto como el amor, la utilidad que de su trato sacaba. Ninón tan merecedora de estima como de amor empleaba su influencia sobre el corazón de sus amantes en regular su conducta, en inspirarles el verdadero gusto de los deberes de su estado. Qué impresión no harían sobre ellos los consejos de una muchacha encantadora llena de gracias, de sentimiento y de bellezas espirituales. Así la famosa Aspasia grababa en el corazón de Pericles aquel arte seductor de la palabra y las máximas más sanas de una política de que hizo tan gran uso.

Aquel joven héroe lleno de amor y de estima por Ninón pasaba junto á ella todos los momentos que

(1) Para tener el valor de Hércules no es preciso tener su vigor.

de discordia y de odio. Los impuestos necesarios para el sostenimiento de la guerra que se reprochaba al ministerio no haber terminado tan ventajosamente como podía en *Munster*, parecieron á algunos espíritus revoltosos un pretexto suficiente para servir á sus proyectos ambiciosos bajo el velo aparente del bien público (1).

Un ministro de paz, puesto que era de la religión, osó levantar la cabeza orgullosa en aquel tiempo de cábala y de sedición. Vióse pronto á este prelado inquieto, *medio soldado, medio pastor* (2), corromper con sus intrigas secretas la fidelidad de los grandes y del pueblo. Entonces, para servirme de una expresión de Cyrano, *vióse vomitar olas de espuma sobre la púrpura real y sobre la de la Iglesia*. Rimadores sin mérito y sin virtudes, vendieron miserablemente sus voces á los enemigos del Estado; sainetes injuriosos, libelos difamatorios fueron los manifiestos de esta guerra intestina que, pareciendo no levantarse más que contra un sólo hombre, hubiera arrastrado todo el reino á su ruina, si el cielo, que quería hacerlo pasar de este peligro terrible á la más alta grandeza, no hubiera soplado muchas veces entre los amotinados aquel espíritu de discordia, aquellas razones de intereses divididos que los hicieron las únicas víctimas de sus proyectos.

No había Ninón escatimado sus consejos á los amantes á quienes vió con pena arriesgar el respeto que debían á la majestad del trono; y la casa de

(1) Si ese es el modo de reformar y regir los Estados, felices aquellos en que domina la corrupción y el desorden.

BALZAC, *Carta á Conrart*.

(2) Carta 16 de J. Eoret, del 2 Septiembre 1605.

tipificados contra una conducta que ellas no eran dignas de imitar, llegaron hasta la reina regente, que se creyó en la obligación de poner orden en excesos que le pintaban con los colores más negros.

Ana de Austria envió pues á Ninón un capitán de sus guardias para darle la orden de retirarse á un convento, cuya elección se le dejaba sin embargo (1). Ninón, que vió en seguida de donde venía el golpe y preveía, no había de ser difícil á alguno de sus amigos quitar á la reina la prevención que contra ella tenía, recibió bromeando la orden y respondió al mensajero que agradecía cuanto era debido la bondad que tenía la corte de dejarle la elección de convento y que se decidía sin pena por él de los Franciscanos. *¡Vaya la pícara!* dijo Ana de Austria al saber cómo había recibido su orden, cuando M. de Guitaut, capitán de sus guardias le aseguró que no era más que una broma de Ninón, que merecía toda clase de consideraciones por las cualidades esenciales de su corazón y su talento. Este testimonio se vió luego apoyado por el de todos los señores que la conocían. De modo que la reina no pensó más en molestarla y hasta se quejó en lo sucesivo de las griterías inoportunas contra una persona considerada de los más grandes señores de la corte y sobre todo del duque de Enghien que ya entonces no pasaba por conceder ligeramente su estimación á las mujeres (2).

Á estos días dichosos, que el reino había pasado en la paz y la voluptuosidad, sucedieron pronto días

(1) La reina regente quería enviarla á las Arrepentidas, pero el célebre Bautru la dijo que no debía de enviarla allí, porque ni era joven ni arrepentida.

(2) ¿Cuál es el medio — dice M^{me} de Sévigné — de no sentirse halagada con la estimación del príncipe si no la prodiga con las mujeres?

el corazón más voluble y osar reaparecer aún como amante amado después de un diálogo de tres años! Era dominarlo todo haber evitado los peligros de una prueba tan comúnmente funesta á la ternura más viva. M^{me}. de Villarceaux sobre todo estaba furiosa y no podía disimular el odio que por Ninón le causaba la debilidad de su marido.

Un día de gran tertulia en su casa, algunas de sus amigas desearon ver á un niño suyo á quien amaba tiernamente, el cual apareció acompañado de su preceptor que nunca lo abandonaba. De los elogios de la figura se pasó á los del espíritu. Y M^{me}. de Villarceaux, encantada de las caricias que el niño recibía, quiso hacerle dar pruebas de su buena educación. Interrogad á mi hijo, dijo, sobre las últimas cosas que ha aprendido. Vamos, señor marqués, dijo en seguida el grave preceptor con un acento italiano que había comunicado un poco á su discípulo : *¿quem habuit successorem Belus rex Assiriorum?* Ninum, respondió el joven marqués. Al momento M^{me}. de Villarceaux, sin informarse de lo que había preguntado el preceptor, y notando solamente el perfecto parecido de la palabra que se acababa de pronunciar con el nombre de la que le había robado el corazón de su esposo, se puso terriblemente furiosa. ¡ Vaya una enseñanza, dijo, que se le da al niño, hablarle de las locuras de su padre! Juzgo por la respuesta del marqués de la impertinencia de la pregunta. El preceptor protestó inútilmente de no comprender el enojo de la señora, y que su señor hijo no podía haber respondido otra cosa que *Ninum*, que el hecho era conocido de todo el mundo. Nada pudo hacerla entrar en razón : inútiles fueron todos los esfuerzos para devolver la calma á aquella

Scarrón, que se hizo una de las reuniones de los facciosos no tuvo ya para ella ningún encanto. No le faltaba ya más que ver á M. de Lenclos, su padre, contrario al partido de la corte. No pudo dudar de esta desgracia al ver la amistad que trató con el coadjutor, centro de la tempestad que empezaba á estallar.

Por muchos esfuerzos que hicieran para engañarla sobre el verdadero interés público, ella descubría siempre las razones particulares que guiaban á los rebeldes, y tomó el partido de abandonar el teatro de las escenas peligrosas que iban á sobrevenir. El señor marqués de Villarceaux, entonces su amante, tenía una tierra bastante alejada de París que ella escogió para lugar de su retiro; y sea que entonces amara más tiernamente que nunca (1), sea que no pudiera sostener más tiempo el espectáculo de las desgracias de su patria, se dominó lo bastante para pasar en el campo cerca de tres años en una uniformidad de diversiones, poco á propósito para la vivacidad de su espíritu y la ligereza de su corazón.

Saint-Evremond, asombrado de una constancia que nunca había esperado de ella, le escribió á este propósito una elegía que se encuentra en sus obras y en la cual, haciéndole la pintura de sus antiguos placeres, le reprochaba la pasión seria que la ocupaba tanto tiempo y tan lejos de sus amigos. Pero su vuelta fué menos ocasionada por esta broma que por el fin de los disturbios de París, que había jurado no volver á ver hasta que estuviese tranquilo.

La dicha de M. de Villaceaux le había creado bastantes envidiosos. ¡ Qué triunfo para él haber fijado

(1) Cuando siente una vez, el corazón más ligero es el más constante. — El adiós de Mars.

puedo quejarme á la naturaleza. Pero ¡ay, cuán inútiles son mis penas! Vos que habéis de seguirme, aprovechad un tiempo precioso, y no seáis nunca escrupulosa sobre el número sino sobre la selección de vuestros placeres. Apenas terminadas estas palabras, tan contrarias á las que en caso semejante había dirigido M^{me}. de Lenclós á su hija, haciendo un esfuerzo para besarla rindió su último suspiro sobre su seno. Ninón perdía al más tierno de los padres; pero la tranquilidad de su muerte hacía menos espantoso el espectáculo. Aquella seguridad filosófica que M. de Lenclós había por lo menos afectado en su último instante no excitaba ninguno de esos movimientos que turban la imaginación y los sentidos en semejantes casos : según los principios mismos de Ninón, M. de Lenclós acababa de expirar como un sabio. Un dolor tan excesivo como inútil la hubiera hecho menos digna de ser su hija y su discípula.

Ninón no encontró después de esta muerte una fortuna tan considerable como hubiera podido serlo, si su padre no la hubiera derrochado en su amor á los placeres y en los varios apuros en que le había puesto su calidad de *Bravo* que un resto de ferocidad hacía aún estimar á los franceses; pero determinada á no ligarse jamás con aquella cadena que es tan raro encontrar mucho tiempo ligera ni siquiera soportable (1), tomó el partido de colocar á renta los bienes que le quedaban. Siete ú ocho mil libras de renta que obtuvo por este medio le parecieron suficientes para no temer las necesidades de la vida.

(1) Barbe era un albañil que se las daba de astrólogo; predijo á M^{me}. Scarrón que llegaría á ocupar un altísimo puesto, el cual perdería cuando el profeta muriese. Nada de esto se cumplió.

mujer celosa. Llevó el ridículo de esta escena todo lo lejos que podía ir. El rumor se esparció por toda la ciudad y llegó bien pronto á Ninón que lo rió largo tiempo en compañía de sus amigos y del mismo señor de Villarceaux. No es dudoso que, aficionada á contar los menores detalles de su vida, refiriera á Molière esta historia ridícula de la que el grande hombre que lo aprovechaba todo se acordó cuando escribió la condesa de Escarbaguas (1).

M. de Lenclós, libre de las funestas consecuencias que pudo traerle la indiscreción de militar bajo los estandartes escandalosamente rebeldes del coadjutor, volvió á ver á su hija con todo el placer imaginable. Su gran reputación era en cierto modo obra suya; alabábase él del éxito de sus lecciones y el mérito que le encontraba cada día se le hacía aún más querida. Ninón por su parte, en la esperanza de que el furor de las armas que había siempre poseído á su padre (2) no le daría ya ocasiones de perdición, gozaba con la más viva sensibilidad de la alegría de verlo entregado por completo á sus placeres, cuando una enfermedad inopinada pareció amenazar días que ella amaba tanto como los suyos propios. El estado de M. de Lenclós fué pronto desesperado. El se dió cuenta, y haciendo llamar á su hija que lioraba al verlo, quiso parecerle tan filósofo en su muerte, como creía haberlo sido durante su vida. *Acercáos, Ninón, le dijo con voz débil y casi expirante; ya véis que todo lo que ahora me queda es un recuerdo doloroso de los placeres que abandono. Su posesión no ha sido larga, y esto es lo único de que*

(1) Véase la escena 19.

(2) Tuvo cierta importancia entre los llamados bravos de aquel tiempo.

ponían misterio en esta intriga era poner traición. Á dos tenía pues que perdonar y los dos hallaron gracia ante ella. Tranquilizó á su amiga en sus temores y al marqués en su embarazo. No le faltaba más que ser su confidente, y su filosofía no le hizo hallar nada vergonzoso el serlo. Si en lo que se llama ruptura, infidelidad, escucháramos menos al amor propio, tendríamos menos amor, veríamos menos justicia en las quejas y transportes y nos portaríamos tan cuerdamente como Ninón.

M. de Villarceaux fué bien pronto reemplazado por un nuevo amante y otros sucedieron sin duda á éste. Pero no debo hablar en estas Memorias sino de los que tienen alguna particularidad : de no querer pasar ninguno, la cadena sería difícil de formar y tal vez fatigaría.

M. de Gourbille, llegado á una fortuna y una consideración bien grandes por su mérito y por su fidelidad á las casas de Condé y la Rochefoucauld, sentía por Ninón una pasión muy viva que ella había escuchado, cuando los servicios que podía prestar á sus bienhechores le obligaron á alejarse de París. El príncipe de Marsillac acompañaba al gran Condé que corría á una gloria, bien diferente de la que hasta allí había obtenido, puesto que tenía que ser funesta á su patria. M. de Gourbille era amante y francés y sin embargo hizo el esfuerzo de sacrificarlo todo á una especie de deber que le hacía violar el más sagrado de todos : el amor que se debe á la patria.

Antes de su partida fué preciso arreglarse para poner á cubierto un principio de fortuna que fué luego más considerable. En las circunstancias en que se encontraba podía ser peligroso para él tratar

Uno de sus asombros al volver de las tierras de M. de Villarceaux fué encontrar á Scarrón casado con la amable M^{lle}. de Aubigné. La situación en que esta joven se encontraba al casarse le hacía difícil encontrar un partido más ventajoso, pero no podía encontrar un hombre menos hecho que Scarrón para semejante lazo. Todo el talento y la alegría del mundo no bastan para formarlo, y esto era sin embargo lo único que podía ofrecer el célebre enfermo á una mujer tan encantadora, pero que por esta singularidad cumplía un destino que no había de tener igual.

Imposible tener más talento que la esposa, ó mejor, la compañera de Scarrón; y éste no tuvo mayor deseo que hacerla amiga de Ninón. Bastaba para ello que se viesen : su mutuo instinto, su viveza para reconocer el verdadero mérito tenían que ligarlas una á otra. Suponiendo que la historia de Barbé (1) fuese verdadera, M^{me}. Scarrón no parecía hacer gran caso; el placer privaba en su alma á toda otra clase de ambición.

El trato amistoso entre M^{me}. Scarrón y Ninón fué tan tierno que pronto no tuvieron más que un lecho para ambas, según dicen las Memorias del marqués de La Fare. Un incidente que separa á todas las mujeres no consiguió siquiera debilitar sus lazos; y Ninón vió sin cólera á M. de Villarceaux, aún su amante, mostrar por su amiga sentimientos que aquélla se hallaba bien pronta á escuchar. La infidelidad al principio es tímida. Se ocultaban de los ojos de Ninón, cuya presencia les estorbaba cada vez más. Notólo ella; puesto que huían, puesto que

(1) Hay buenos matrimonios, dice La Rochefoucauld; pero no los hay deliciosos.

incorrupible, no pensó ser más dichoso cerca de Ninón, que le había olvidado. Todo le parecía sospechoso después de lo que acababa de ocurrirle. Y cómo esperar de una mujer cuyas costumbres no eran irreprochables más honradez que de un hombre que vivía en la mayor austeridad. Hasta temió ir á ver por miedo de verse obligado á odiar lo que tanto había amado.

Ninón habiendo sabido que M. de Gourville estaba en París hacía algunos días, y sorprendida de no verle por su casa, lo envió á buscar diciéndole que estaba asombrada de su poco interés y que exigía que no difiriese más el venir á abrazarla. El fué, pues; pero avergonzado de la sospecha que había tenido al ver el acto de Ninón. Se hizo anunciar y Ninón corrió á sus brazos. ¡ Ah, Gourville! le dijo, me ha ocurrido una gran desgracia durante vuestra ausencia. Á estas palabras, M. de Gourville vuelve á caer en sus primeras alarmas : apenas osaba alzar los ojos á Ninón. Os compadezco si me amáis aún, añadió ella engañándose sobre la causa de su turbación, la desgracia es irreparable. He perdido el gusto que tenía por vos, pero no he perdido la memoria; y he aquí los diez mil escudos que me confiasteis al marchar. Lleváoslos, pero no me pidáis ya un corazón de que no puedo disponer hoy en vuestro favor. Sólo me queda por vos la amistad más sincera. M. de Gourville, á quien este doble proceder llenaba de admiración, no pudo dejar de suspirar aún; pero se hizo justicia : comprendió que un amor que había sacrificado él mismo por su ausencia, no tenía derecho alguno á quejas y se resolvió á limitar su dicha á la amistad preciosa que acababan de ofrecerle.

No pudo dejar de contarle la indignidad del gran

de ponerla en seguridad por los medios ordinarios; iba á declararse rebelde y el camino del depósito secreto le pareció el único que debía seguir.

Conocía á un gran penitenciario famoso por la regularidad de sus costumbres y que parecía merecer por lo tanto la mayor confianza. En su casa pensó al principio depositar veinte mil escudos que tenía en metálico. Pero su estima por Ninón, á quien iba á abandonar con toda la pena posible, le determinó á repartir esta suma entre ella y el eclesiástico. Llevó pues á casa de uno y otra diez mil escudos que les confió durante su ausencia. Ninón fué más sensible á esta prueba de estima de su amante de lo que hubiera sido al sacrificio de los motivos que le arrancaban de su amor.

M. de Gourville, de vuelta á París, fué primero á casa del gran penitenciario á reclamar su depósito. Cuál no sería su sorpresa cuando le respondieron santamente que no sabían lo que pedía, que no tenían conocimiento de tal depósito y que no tenían costumbre de recibir más que dinero destinado á ser distribuído entre los pobres, lo cual se hacía en seguida. En vano se quejó, protestó, se enfadó, no le opusieron sino la flema más desesperante y la fisonomía más contrita, el aspecto de la más rígida probidad. No dejaron de negar y obligaron á M. de Gourville á callar ofendiéndose de la temeridad de su demanda. La hipocresía no deja nunca de interesar en su favor el respeto sagrado del que lo tiene el valor de imitar. Y la prudencia hizo tomar á M. de Gourville un partido que no le aconsejaba la justicia ni el enojo de que estaba poseído.

Engañado tan cruelmente en la idea que se había formado de un hombre á quien todo París creía

antes á la singular disputa del mariscal de Estrees y el abate Deffiat. M. de Gersay, famoso por la temeridad de una pasión, que había tenido el atrevimiento de publicar en la corte (1), y quizá de fingir para servir á ambiciosos proyectos, fué el padre del segundo hijo que dió á luz Ninón; y más dichoso entonces que el mariscal citado, no sufrió ninguna contradicción para los cuidados que quiso darle. Tristes y crueles cuidados, puesto que terminaron, como se verá en la continuación de estas memorias, con el suceso más funesto.

Aquella reina del norte, tan célebre, tan mal conocida por las sátiras y libelos de un partido que había abandonado, como por los elogios exagerados de aquel que parecía haber preferido á la corona; aquella soberana ilustre cuya abdicación disputan las mismas ciencias á otros motivos que, sin tener una parte verdadera en ella, pudieran disputársela con tanta justicia; Cristina, en fin, quiso ver esta ciudad famosa que retenía en su seno el genio y las gracias de todas las artes; vino á París en 1656, y Ninón fué casi la única mujer á quien honró con su visita. El mariscal de Albert y algunos literatos que hacían la corte á esta reina, hicieron un retrato tan ventajoso de Ninón que no tuvo á menos el dar este paso. Lástima es no conocer la conversación que tuvieron estas dos mujeres de un talento tan extenso y tan cultivado. La tradición no nos ha conservado más que una frase de Ninón hablando de las *preciosas*, á quienes llamó las *jansenistas* del amor. Esta definición encantó á la reina que la recordó siempre con placer y que tuvo por ella más estima de la que

(1) Por la reina Ana de Austria, en 1649.

penitenciario y la pérdida que acababa de tener con un hombre de una reputación tan alta. No me asombráis, dijo ella, pero no por eso he debido yo pareceros sospechosa. No os pregunto lo que habéis pensado; quizá me ofenderíais no engañándome: sin embargo, la diferencia de nuestros estados y nuestras reputaciones no decía nada contra mí.

La conducta de Ninón en esta coyuntura le hizo mucho honor sin duda por comparación con la que había seguido el piadoso eclesiástico. Retener un depósito es una cosa afrentosa; pero ¿puede decirse que es honorable devolverlo? ¿Ha de reconocerse la virtud en semejantes deberes?

Ninón hubo de asombrarse y hasta ofenderse de que la alabaran por semejante acción. No estaba ella hecha para parecerse á aquella mujer galante de Roma, llamada *Oclacia*, á quien *Vitellius Varro*, su amante enfermo de muerte, había dejado á título de deuda ficicia una suma pagable por sus herederos y que ella exigió al propio Vitelio cuando lo vió sano, sirviéndose de la confesión que él había hecho de haberla recibido en préstamo (1). *Symphronia*, la gracia y la musa de su siglo, negó públicamente en justicia depósitos que le habían sido confiados (2); pero estas bajezas de corazón no deshonoraban á Ninón. La probidad más escrupulosa no podía pasar en ella por virtud; tan poco esfuerzo le costaba.

Uno de los amantes que sucedieron á aquel de que acabamos de hablar, volvió á ponerla en ese estado crítico que había dado lugar muchos años

(1) *Aquilius Gallus*, famoso juriconsulto, descubrió el fraude, y escribió un tratado sobre el dolo y la mala fe, que fué muy elogiado por *Cicerón*.

(2) *Salustio*.

dicha y ya no se sacrificó más que al amor de los placeres y de las artes; bien es verdad que el talento parecía corromperse cada vez más. La afectación, las falsas bellezas en lugar del buen sentido y la razón, habían hecho entre algunos pequeños talentos y la mayoría de las mujeres una fortuna peligrosa, cuando Molière, con sus *Preciosas Ridículas*, vino á pulverizar á estos enemigos de la bella naturaleza contra los cuales Ninón no había dejado nunca de declarar y de servir de ejemplo. Había ella sido de las primeras en aplaudir los felices comienzos de este astro de la comedia cuyos primeros rayos anunciaban todo el brillo que debía alcanzar un día. Los señores de Bachaumont (1) y Chapelle, en calidad de los más célebres voluptuosos de París, eran entonces sus amigos íntimos: este último, cuyas poesías fáciles y naturales le hacen aun inimitable en las letras, no había ocultado el amor que ella le inspirara. Pero Ninón, como se verá, fué ingrata. Los talentos amables no bastan siempre para vencer.

Á Chapelle debió su conocimiento con Molière que descubrió fácilmente en ella el verdadero talento de todos los tiempos y la razón de todas las edades.

Esta amistad que acababa de formarse entre ellos no hizo más que estrecharse en lo adelante por la estima de que se penetraron mutuamente. La naturaleza les había dado por decirlo así los mismos ojos. Molière había nacido para ilustrar á su siglo con sus escritos, como Ninón con sus consejos y

(1) El presidente de Coigneux decía de su hijo Bachaumont, que era gemelo: « Mi hijo es la mitad de un hombre, y sin embargo quiere hacer lo que haría un hombre entero. Á pesar de su constitución débil y delicada y de lo aficionado que fué á los placeres, murió en 1702 á los setenta y nueve años.

le habían inspirado. No mirando el lado galante de Ninón, la encontraba perfecta; ambas aspiraban igualmente al verdadero mérito y sus corazones tenían que sentir la dulzura de este lazo secreto, de esta simpatía que notaron entre sus espíritus.

Ninón no se enorgulleció de un suceso de que cualquiera otra se hubiera ensoberbecido quizás y que envidiaron seguramente todas las mujeres. El espectáculo de una reina filósofa la había asombrado, pero el honor de recibirla en su casa, por muy halagüeño que fuera, no despertó su orgullo. El esplendor de las dignidades y el nacimiento no deslumbró los ojos que saben distinguir la verdadera luz de todos los falsos brillos que se le puedan ofrecer; el mérito real de Cristina fijó mucho más su atención que una corona de que la reina había hecho tan poco caso. Ocurría con frecuencia á Ninón tratar de cosas vanas el *escudo de Aquiles*, el *bastón de mariscal de Francia* y la *Cruz de un Obispo*.

Nunca los franceses habían sido tan galantes y espirituales. Una corte feliz y brillante que atraía un joven héroe en el trono, sólo respiraba el placer bajo su mirada. La naturaleza debía agotarse por él en milagros de toda especie. Ya algunos prodigios habían anunciado la gloria de este monarca; y entonces surgían uno tras otro para hacer increíble á la posteridad la grandeza de los tiempos que iban á transcurrir.

Una paz ventajosa con España, un matrimonio, cuyas consecuencias previstas ya por el cardenal Mazarino, tenían que ser felices para Francia; el Aquiles del siglo, devuelto por el mismo tratado á su patria, á su príncipe y, sobre todo, á su gloria, terminaron todas las inquietudes de la corte. Todo fué

había sido un piadoso impostor. Acompañó su narración de reflexiones tan profundas, proyectó sobre esta clase de caracteres una luz tan natural y clara, que Molière al dejarla dijo, con una modestia, tan rara hoy como su talento, que si su comedia no hubiera estado hecha, no la hubiera jamás emprendido después de oír á Ninón, tan incapaz se creía de encontrar nada para la escena tan característico como el hipócrita de su amiga. También fué en una cena con ella y M^{me}. de la Sablière donde se hizo la cómica recepción del *Enfermo imaginario*. Cada uno aportaba su frase : Despreaux mismo, que era uno de los convidados, no creyó deshonar su razón prestándose á la broma. Pero volvamos á las galanterías de Ninón, que no se han agotado.

Una de sus máximas favoritas era que *convenia hacer provisión de víveres y no de placeres, y que éstos habia que tomarlos al día*. Así no se la vió interrumpir un tren de vida deliciosa que hacía su felicidad y la de los hombres bastantes dichosos para agradecerle. M. de Saucourt, famoso sobre todo por su talento, que si no sirve siempre, nunca perjudica con las mujeres (1), pasó por estar bastante bien con ella. Pero su reputación poco común se lo hizo envidiar probablemente por tantas rivales, que no tuvo necesidad de su inconstancia ordinaria para dejar á un hombre á quien quizá esta vez hubiera querido retener.

La ligereza de su corazón aumentaba constantemente con el amor al placer, y esto es bien natural.

(1) Contra ese fiero demonio — Nada puede la mujer — Y á todas las tiene contentas; — ¡Hasta á la suya!

Benserade, por M. DE SAUCOURT,
representando un demonio.

reflexiones. Así decía á Saint-Evremond *que daba gracias á Dios por su talento todas las noches, y le rogaba todas las mañanas que le preservara de las tonterías de su corazón.* ¡ Qué título para Ninón la amistad constante del más grande hombre que han tenido las letras francesas ! ¡ Qué elogio el que le hace con ocasión de su obra maestra y, por consiguiente, de todos los teatros !

Sabidas son las cábalas y gritería que se levantaron contra la comedia del *Tartufo* (1). El sufragio de Luis XIV, el de algunos prelados de su reino y el del mismo legado, no pudieron imponerse á los que temblaban de verse desenmascarados por esta obra; acabaron por detener el éxito, haciendo prohibir las representaciones en nombre de la justicia. Durante el curso de estos obstáculos fué Molière á á leer su pieza á Ninón á quien se complacía en consultar todo lo que hacía : la miraba (dice á menudo) como la persona sobre quien el ridículo hacía la más viva y pronta impresión.

Ninón, encantada de una obra que debía inmortalizar á su ilustre amigo, para hacerle ver hasta qué punto había retratado la verdad, quiso contarle una aventura presenciada por ella y cuyo héroe

(1) He aquí una anécdota, relativa á este libro, que muy pocos conocen :

« Molière no sabía qué nombre dar á su impostor cuando un día que se hallaba en casa del nuncio con dos eclesiásticos, cuyo aspecto mortificado, pero falso, daba muy bien la idea del carácter que quería pintar, se presentó un vendedor de trufas; uno de estos piadosos eclesiásticos, que sabía un poco el italiano, rompió el devoto silencio que guardaba, y cogiendo las más bellas exclamó gozoso : ¡ Tartufo! Tartufo! signor nuncio ! Molière, que todo lo observaba atentamente, tuvo la idea de dar el nombre de Tartufo á su impostor, porque la escena que acababa de pasar le parecía muy graciosa. »

tancias se lo hacen necesario. Por lo demás, no pensaba ella todavía en engañarlo; la ocasión no estaba presente, no podía ofrecerse; él merecía quizás una resistencia. He aquí lo que Ninón se decía rápidamente como todas las mujeres en semejante caso. Porque Ninón era mujer al cabo, á pesar suyo.

Sea de ello lo que quiera, el enamorado marqués con las respuestas de Ninón, hubiera podido tranquilizarse si sus temores no hubieran sido tan vivos. Tal era la situación de M. de la Châtre, cuando se le ocurrió un expediente nuevo que él imaginó estar por encima de la inconstancia más decidida. Escuchad, Ninón, le dijo; vos sois sin contradicción por mil maneras una mujer extraordinaria; lo que puede tranquilizarme ha de serlo también; quiero interesar en mi dicha algo más que el amor mismo. Exijo que me firméis un billete por el cual os comprometáis á guardarme la fidelidad más inviolable. Voy á dictároslo en la forma más sagrada de los juramentos humanos. No os dejo sin haber obtenido esta prenda de vuestra constancia, necesaria á mi reposo. En vano le representó Ninón que lo que pedía era demasiado singular, demasiado loco, el marqués fué terco y venció todas las consideraciones. Preciso fué escribir y firmar lo que nadie hasta entonces había quizás escrito. Provisto de este título corrió adonde su estado le llamaba.

Pasados apenas dos días de la partida del marqués vióse Ninón perseguida por uno de los hombres más peligrosos para la promesa que había hecho. Tiempo hacía que éste hablaba de su amor y era persona capaz de inspirarlo; sabía que su rival estaba ausente; las primeras resistencias no le asustaron; su ardor, por el contrario, se aumentó con ellas, y

Hay corazones privilegiados en quienes la consecución del objeto no extingue la ternura; pero qué pocos son esos corazones. La franqueza de Ninón, el privilegio que creía tener de gozar de todos los derechos de los hombres entre los cuales se contaba, no le daban ninguna inquietud sobre su conducta. Á sus amantes correspondía temblar ó avenirse á su manera de amar, que puede no estimarse aunque entonces estaba á la moda lo mismo que hoy. No se avergonzaba de eso todavía, hasta se bromeaba algunas veces, como se verá por el rasgo siguiente.

El marqués de la Châtre era, hacía algún tiempo, el amante favorecido, cuando su deber llamándolo lejos de Ninón, comprendió lo que una separación podía tener de horrible con ella. Un francés no duda nunca entre la gloria y lo que ama, y quizá no ama de verdad más que el honor. Sin embargo, sintió miedo, gimió, y la dicha de que gozaba aun no pudo tranquilizarle sobre lo que su ausencia le hacía temer. En vano Ninón quiso curarlo de sus sospechas. No, cruel, respondió; váis á olvidarme y á traicionarme; conozco vuestro corazón, me alarma, me espanta; aun me es fiel, lo sé, lo veo, no me engaáis en este momento. Pero yo mismo os hablo de mi amor, ¿quién os lo recordará cuando yo haya partido? El amor que vos sabéis inspirar, Ninón, es muy diferente del que sentís. Siempre estaréis presente á mis ojos, la ausencia es para vos el término de la ternura. Todos los objetos lejos de vos van á parecerme odiosos; todos van á interesaros. Ninón no pudo menos de convenir interiormente en que el marqués tenía razón; pero no se asesina así un corazón tan tierno y vivo como el suyo. ¡Y cómo una mujer no conocería el arte del discípulo! Mil circuns-

grosa si hubiera tenido la falsía de ocultarse ó de disimular. Pero su buena fe en este punto se imponía á todos sus amigos; lo que la hacía estimable y encantadora por tantos otros motivos, disipaba en ellos estas nubecillas de galantería un poco fuerte que sus enemigos se empeñaban en agrandar. Se ve en las recopilaciones de cantares de aquel tiempo que no fué más bien tratada que un gran número de mujeres tan distinguidas en la corte por su alcurnia como por su belleza. Si la licencia de estas canciones no permite transcribirlas, tampoco quiere la verdad que yo finja ignorarlas. La única quizás que puede darse á conocer fué compuesta por M. de Tourcille, de la Academia francesa, cuyo estilo ampuloso y aceptado no había podido unir el difícil voto de Ninón á todos los que usurparon entonces la traducción de Demóstenes y su prefacio. No había ella siquiera disimulado el fastidio que la lectura de esta obra le causó, y el académico creyó deberse vengar con el epigrama siguiente :

En un discurso académico — Lleno de griego y de latín — Qué ha de encontrar Ninón que le agrade.
— Las figuras de la retórica — Son bien sosas después de las del tretino.

Las mujeres (dice M^{me} de Sévigné) *tienen permiso de ser débiles, y se sirven sin escrúpulo de este privilegio.* Era esto tratarlas bien; porque hubiera podido decir que nunca *habían abusado tanto* como entonces. El amor del placer había entrado demasiado en las almas; no había ya límites, y Ninón no era más que lo que la mayoría de las mujeres tenían á gala el ser.

Me guardaré bien de justificar aquí su corazón que abandonaba demasiado al torrente de sus deseos y menos aun aquella libertad con que hablaba de las cosas más sagradas. La seguridad que puede dar una

pronto se hizo tan elocuente y vivo que llegó al corazón de Ninón. Sus ojos la traicionaron. Nada es menos fácil á una mujer que ocultar la turbación de ciertos momentos; lo notaron, y fué vencida antes de haber previsto los peligros del combate.

Cuál no sería el asombro del vencedor cuando Ninón, compartiendo las dulzuras de la victoria, con una voz incierta y próxima á desvanecerse pronunció dos ó tres veces estas palabras : ah... ah... qué buen billete tiene la Châtre. Se comprenderá que la explicación que pidió de este enigma le iluminó sobre el amor del marqués y de la probidad de su ligera amante. Halló tan graciosa esta singularidad que no supo guardarla secreta, y el billete de la Châtre se hizo pronto en boca de todo el mundo un proverbio que se aplicaba y se aplica aún á todas las cosas con las cuales no es cuerdo contar (1).

Ninón no fué en un principio bastante filósofa en esta ocasión para no molestarse por la indiscreción de su nuevo amante. Pero él se arrojó á sus plantas y la hizo olvidar su disgusto. Ninón no se acordó de la querrela sino en el momento de dejarle, y corriendo tras él, le gritó desde lo alto de la escalera : *por lo menos, señor conde, no hemos hecho las paces.*

Algunos rasgos de esta especie le crearon una reputación de coquetería, que la hubiera hecho muy peli-

(1) M. de Voltaire, temiendo que un rasgo tan gracioso se perdiera, hizo uso de él en su comedia *La Prude*, acto primero, escena III, tomo VIII de la edición de Dresde.

Blanford. — Bromead menos, querido, sabed — Que á sus virtudes he destinado mis días, — Que es mía, que ha prometido por el amor que me tiene — Que conmigo se casará — Que me espera para unir vuestras suertes.

El caballero Mondor (riendo). — ¡ Qué buen billete tiene el amigo Blanford !

una honradez que observar. El conde corrió á casa de Ninón, *y mitad por fuerza, mitad por destreza* (dice la marquesa), *retiró las cartas de aquella pobre diabla,* que fueron quemadas en el acto.

Un trato que había empezado con escenas de esta vivacidad debía ser parece duradero. La marquesa tembló, pero su hijo la tranquilizó pronto, haciéndole saber que lo había dejado. *La enfermedad de su alma* (dice su madre) *había caído sobre su cuerpo, creíase á sí mismo como el buen Esón, quería cocerse en una caldera con yerbas finas para fortalecerse un poco.* Ninón, por su parte, no lo trataba nada bien; era, según decía ella, un hombre por debajo de la definición; era un alma de papilla, un cuerpo de *papel mojado, un corazón de dulce helado.* Tal era el amante que había robado á la heroína del teatro y á quien pronto puso en la clase de los amigos, pero tan íntimo, que todos creyeron que se entendían, hasta que ella declaró á los que aún los sospechaban que estaban engañados, *que nada malo había entre el conde y ella, y que eran absolutamente como hermana y hermano*

En este tiempo aproximadamente fué cuando Ninón dijo dos ó tres buenas frases, que se han salvado del olvido. Habiendo cambiado la moda de los peinados, se adoptó una que se llamaba *Hurlubelú.* Esta moda no sentaba bien á todas las mujeres. La misma M^{me.} de Sévigné dice que se veían algunas *que estaban para abofetearlas.* M^{me.} de Choiseul era quizá de este número; y viéndola Ninón dijo que *parecía un ramillete de confitería.* Esta comparación era sin duda bien gráfica; la marquesa dice en sus cartas que la encontraba *excelente.*

La segunda frase, conservada en las mismas cartas, tuvo por objeto á M^{me.} *Dufrénoy,* mujer del primer

cierta filosofía no debe al menos ponerse por encima de las razones humanas que le hacen un crimen de publicarla. Fácil sería demostrar (si fuera este el sitio de semejante demostración) que sólo el respeto que cada uno debe á la sociedad debe proscribir los pretendidos descubrimientos que el espíritu puede hacer contra las máximas generalmente aceptadas en un estado en materia de política y, sobre todo, de religión. La filosofía de Ninón es inexcusable á este respecto, y M^{me}. de Sévigné pone de su parte á todas las personas honradas cuando en una de sus cartas se queja de verla tan peligrosa en un asunto de tal importancia.

Que justo motivo de alarma para esta madre razonable ver á su hijo, joven aún, y por la facilidad natural de su carácter, susceptible de todas las impresiones, seguir á una mujer amable que le hacía un crimen de su simplicidad, y que sin cesar quería llevar su corazón al olvido de los principios que había recibido.

El conde empezaba á amarla; los consejos de la marquesa su madre, y de M^{me}. de La Fayette, no consiguieron arrancarlo á esta inclinación. Era seductor, lleno de talento; Ninón lo escuchó en seguida, y sabiendo que era amado de la famosa Champ-Mélé, exigió que le sacrificara las cartas que de ella había recibido. ¡Qué no harán los celos! Ninón quería hacer de ellas un uso vergonzoso; quería enviárselas al marqués de Tonnerre, á quien esta actriz célebre engañaba por el joven conde, *á fin de hacerle dar*, decía, *un buen correazo*. Pero M^{me}. de Sévigné, á quien su hijo confió la debilidad que había tenido de entregar las cartas, lo avergonzó por este sacrificio cruel y le hizo convenir en que *aun en las cosas deshonestas hay*

blemente no era otra cosa que los encantos de la conversación de aquella princesa.

Confesaré que no puedo creer á Ninón capaz del hecho que voy á contar y de que me han instruído algunas memorias particulares. El águila de la Cátedra á quien M^{me}. de Sévigné llama en algún sitio el Gran Pan, se había creado la más alta reputación. Esto fué, á lo que se dice, lo que inspiró á Ninón el proyecto singular de saber si su corazón era tan puro como su elocuencia. Había visto en sus cadenas á casi todos los héroes, todos los grandes hombres de su tiempo, y le pareció que el padre Bourdaloue merecía aumentar la lista. Fingió pues, estar mala y le mandó llamar. Al llegar el padre encontró á una mujer adornada con cuanto de más seductor puede tener el arte de la coquetería. Recibiólo ella con todas aquellas gracias que sólo hace peligrosas el amor de las cosas mundanas y que apenas son notadas por los ojos que se elevan á menudo al cielo. Veo, le dijo él, que vuestra enfermedad está sólo en el corazón y en el espíritu; vuestro cuerpo me parece perfectamente sano. Ruego al gran médico de las almas que os cure; y salió inmediatamente.

Si esta anécdota es verdadera, es vergonzosa para Ninón. La mentira, el atrevimiento y la indecencia están llevadas aquí demasiado lejos. Y lo que me hace pensar que es una historia imaginada á capricho, es que encuentro una canción del mismo tiempo, dirigida á Ninón, donde se habla en verdad de un predicador que la había encontrado en alguna parte y exhortá-dola á cambiar de vida; pero en la cual, lejos de decir que ella lo había atraído á su casa con ningún pretexto, aparecía precisamente lo contrario. He aquí la copla :

secretario de M. Louvois, que no disgustaba á este ministro. Era una *ninfa y una divinidad* (dice M^{me}. de Sévigné, que no la encontraba sin embargo tan bella como á su hija), el gran crédito de su amante había redundado sobre ella. El rey la nombró dama del lecho de la reina, cargo nuevo que se creó para ella. Esta plaza, que la ponía por debajo de la azafata, mas por encima de las camaristas, indispuso á muchas mujeres que se desencadenaron contra ella. Ninón, testigo de tan amargas quejas, dijo que el *ministro había hecho aquí como Calígula, que nombró cónsul á su caballo*.

M^{lle}. de Scudéry fué la tercer víctima de sus bromas; su fealdad era casi tan célebre como su talento (1). Ninón, viéndola, dijo que parecía una *selen-tona*, frase extraña que entonces pareció muy graciosa y lo parecería quizás aun tanto si estas salidas no lo perdieran todo al contarse.

Así se divertía Ninón á costa de todos los ridículos; era casi tan famosa por estos rasgos como M^{me}. de Cornuel, su amiga (2). La alegría de su espíritu brillaba sobre todo en la mesa, donde era tan animada, que se decía de ella que estaba ebria desde la sopa, aunque casi nunca bebía más que agua. Allí sobre todo prodigaba ese licor (3) que Homero hace repartir á Elena para encantar á sus convidados y que pro-

(1) Ved la obra de Bachaumont y de Chapelle.

(2) El epitafio de la célebre M^{me} Cornuel, muerta en 1694, termina con estos versos : « Á pesar de su fría vejez — Su ingenio ligero y encantador — Tuvo de la brillante juventud — Todo el fulgor y la alegría — En que vivió incesantemente — En fin para decir pronto — Cuan grande fué su mérito — Diré que tuvo la estimación de Lenclós.

(3) Le Nepenthes.

de Pecour le inquietaban; no se atrevía á quejarse dudando todavía de la desgracia que tanto temía, y un día, queriendo ofender á este rival indigno de él, recibió una contestación tan osada y tan decidida que le impidió seguir gozando de la incertidumbre que le sostenía.

Pecour se había mandado hacer un traje muy parecido á algunos de los uniformes de aquel tiempo. El conde de Choiseul, al verle vestido de esa manera, le hizo algunas preguntas irónicas y comprometedoras, de esas que en los tiempos actuales acreditan el talento ó el ingenio del que las dirige. Pecour no pudo sustraerse á la vanidad que su triunfo secreto le inspiraba, y como el conde le preguntara bajo qué bandera iba á prestar sus servicios, ó á qué cuerpo se había agregado, le contestó volviéndole la espalda con altivez : « Monseñor, mando un cuerpo en el que vos servís hace mucho tiempo. »

El conde, prevenido por sus sospechas, comprendió en seguida lo que esta respuesta tenía de cruel y humillante para él. No pensó en volver á ver á Ninón como no fuera para colmarla de insultos; pero así que la vió aplacóse su indignación. La naturaleza es avara y no prodiga todos sus dones á la misma persona; el conde no brillaba por los del espíritu. ¡ Qué amante para Ninón ! El conde era un hombre que no sabía más que suspirar, que nada tenía de vivo, de animado en sus querellas, que no embellecía ninguno de sus sentimientos (1). El respeto, la admiración, no son opuestos al fastidio. Largo tiempo hacía que Ninón sufría las persecuciones del conde, cuando cediendo á su

(1) Ninón decía frecuentemente que para hacer el amor hacía falta cien veces más talento que para mandar ejércitos.

Ninón, pasa los días en el juego : — Corre donde el amor te lleva; — El predicador que te exhorta, — Si estuviera en tu cuarto, — Te hablaría de otra manera.

Sin duda era más gracioso que Ninón hubiera mandado á buscar al Padre Bourdaloue y formado designios sobre su corazón, demasiado simple era que hubiera sido encontrada y que su conversación fuera efecto de la casualidad. Con esto se comenta, se añade y se forma una historia á capricho que desgraciadamente se conserva é induce á error á los que dan demasiada fe á semejantes cuentos. Tal es la fuente de mil anécdotas escandalosas de que la historia de todos los tiempos y países se ve llena.

Tal vez habrá gentes que deseen que la anécdota siguiente tenga tan poco fundamento. Hasta aquí no hemos visto á Ninón sino amante de un puesto y de un mérito superior (1), y los talentos de Pecour (2) serán junto á estos una débil excusa para ella.

Sea lo que fuere, es sabido por gentes bien instruidas de la historia de aquel tiempo, que este bailarín famoso no le desagradó y hasta que fué el rival dichoso del conde de Choiseul, que llegó á ser mariscal de Francia (3).

Menos célebre por su valor que por una reconocida probidad y por sus sólidas virtudes, este amante no encontraba en Ninón más que los estériles sentimientos de estimación y respeto de que era digno, pero que no podían satisfacer á un amor como el suyo. Es un caballero muy digno (decía Ninón), pero no me infunde el menor deseo de amarle. Las frecuentes visitas

(1) *Principiis placuisse viris non ultima laus est.* (HORACIO.)

(2) Célebre bailarín.

(3) En 1693.

de comunicar á los que la rodeaban. Y así como en otro tiempo — según nos cuenta la historia — los dichos amantes de la Emperatriz Teodora se distinguían por los gustos singulares que ella les inspiraba (1), nada tan sencillo como el conocer á los jóvenes caballeros de la corte que habían sido presentados y admitidos en casa de Ninón por ese aire de distinción y noble desenvoltura que debían á sus lecciones y más todavía al deseo de agradarla. M. de Gersay, que destinaba á su hijo á empleos en que las gracias físicas y las gracias intelectuales podían ser necesarias, no quiso hacerle perder lecciones tan útiles y á las que tenía mejor derecho que cualquier otro.

El caballero de Villiers sentía todo con prodigiosa vivacidad. Del agradecimiento que creía deber á M^{lle}. de Lenclós pasó pronto á sentimientos que no se atrevía á expresar. Mucho tiempo la amó en silencio con esa tierna atención que pone un amante joven en todas las perfecciones del objeto amado. Á cada instante se le presentaba una nueva razón de amarla más y su misma madre contribuía á ello. La discreción á que se había comprometido no la impedía testimoniarle alguna involuntaria preferencia como la de retenerle con más placer que á los demás; en muchas ocasiones no supo él qué pensar de algunas miradas que traslucían la ternura. ¿Podía el caballero adivinar qué género era el de esas miradas? Era joven, excitable, enamorado; se equivocó y algunos suspiros que no pudo retener al lado de ella, fueron el primero é inocente lenguaje de aquella horrorosa pasión.

(1) Véase el segundo fragmento de la historia secreta de Procopio.

ordinaria vivacidad, le dijo sin poderse contener, lo que Cornelio dijo á César al separarse de él :

¡ Cuántas virtudes me hacéis odiar !

Con este rasgo satírico del que pocas personas son dignas en la actualidad, Ninón logró desengañar al conde demostrándole la inutilidad de sus esfuerzos para conmovérle y dió una prueba más de que no despreciaba el amor para entregarse sin gusto y sin elección á todos los amantes que la deparaban sus encantos.

La naturaleza, que había prodigado á Ninón todos los dones que distribuye tan desigualmente entre las mujeres, le concedió uno verdaderamente extraordinario, tan extraordinario, que probable es que el caso de Ninón no vuelva á presentarse : el ágradar á una edad en que el talento no puede suplir la pérdida de la belleza. Pasados los sesenta años, Ninón fué codiciada y llegó á inspirar una pasión tan funesta que la privó de un hijo á quien amaba tiernamente y la abismó en el más horrible de los sufrimientos.

M. de Gersay se encargó de este hijo y le dió el nombre de caballero de Villiers. Á pesar de que no quería que conociese á su madre y de haber obtenido de ésta la promesa de que guardaría este secreto, la buena educación que ella le hizo dar la llevó á procurar para su hijo el placer de verla y oírla con la frecuencia que sus otras ocupaciones podían permitirselo.

Ninón recibió á su hijo en su casa, porque acostumbraba á recibir á los jóvenes de elevado nacimiento á quienes los padres rogaban que admitiera en el número de sus amigos para que adquirieran el sello de mundana distinción que ella tenía el arte

las vió como garantías de su triunfo. « ¿Es posible? — exclamó — ¿Quién hace correr esas lágrimas? ¿Es la compasión? ¿Es el amor? ¿Va mi suerte á cambiar? ». « Es horrible — respondió ella. — ¡ Insensato! ¡ Dejadme ¿Por qué tanto emponzoñar los restos de una vida que detesto? » « ¡ Qué modo de hablar! — replicó el caballero. — ¿Qué veneno puede esparcir sobre la más bella existencia la dulzura de hacerme feliz? ¿Es esta la Ninón tierna y filosófica? ¿Sólo contra mí adopta esa virtud que basta á su sexo para creerse estimable? ¿Qué figuraciones han cambiado su corazón? Yo os lo diré. Lleváis la crueldad hasta el extremo de combatiros á vos misma; cien veces he visto en esos ojos menos dureza que la que tanto me entristece. Hablad. ¿Es el odio, ó es la indiferencia lo que hace correr vuestras lágrimas? ¿No os atrevéis á confesar una sensibilidad que siempre nos honra? » « ¡ Basta, caballero! — exclama Ninón. — Pretended mi más afectuosa amistad; de ella sois digno : he aquí la causa de esas miradas que os han engañado y de estas lágrimas que ahora derramo. Pero no os jactéis de haberme inspirado amor. Lo sé: vuestros deseos son el efecto de una presunción demasiado ligera. Conocéis mi corazón; debe quitaros toda esperanza; llegaría á odiairos si le hablaseis de vuestra ciega pasión. No os escucho más; marchaos y dejad que me arrepienta de las bondades que tan mal habéis interpretado. »

El estado de furor y desesperación en que se sumió el caballero después de esa conversación causó á Ninón un vivísimo dolor de madre desgraciada, horriblemente desgraciada. Se arrepintió de no haber dado el golpe final á aquellos tan violentos deseos; pero cerraba su boca la promesa hecha á M. Gersay.

Ninón, alarmada por este amor que su hijo disimulaba cada día con menos cuidado, usó contra él primero el rigor y luego la ausencia: todo fué inútil. La primera necesidad de un amante de ese carácter y de esa edad es la de ver al objeto amado. Y cree conseguirlo no deseando ser amado y forzando al corazón á un completo silencio. ¿Quién no cree al principio amar con la suficiente delicadeza, con el suficiente desinterés para que semejantes sacrificios no sean más que pequeños esfuerzos? Por muy impetuoso que fuera el caballero, supo contenerse para no parecer indigno de una gracia que había obtenido con sus lágrimas y juramentos. ¡Juramentos de no amar que animaba y dictaba el más violento amor! Ninón se equivocó.

Insensiblemente y quizá muy á pesar suyo, el caballero perdió de vista las condiciones á que se había sometido. Ninón, á quien el primer peligro advirtió lo fatal del amor de su hijo, vió renacer aquel fuego mal apagado; sus suspiros, sus miradas, sus tristezas la traicionaron; se creyó en el deber de hacer nuevos esfuerzos; y haciéndole un día pasar á su gabinete: « Levantad hacia mí los ojos — le dijo — ¡insensato! Hace más de sesenta y cinco años que vine al mundo. ¿Me conviene dar oídos á una pasión como el amor? ¿Es á mi edad cuando la mujer ama y es amada? Volved en vos, caballero; ved lo ridículo de los deseos á que me queréis arrastrar. »

Estas palabras, que hacían aparecer á Ninón á los ojos de su hijo lo mismo que siempre la había visto, no cambió aquellos deseos que aumentaban en intensidad por momentos; las lágrimas llenaron los ojos de la madre desgraciada; y el joven Villiers

pues, los sentimientos que habéis debido inspirarme. M. de Gersay, vuestro padre, por un exceso de delicadeza y de cariño por vos, quería que ignoraseis el nombre de vuestra madre. ¡ Ah, hijo mío ! ¡ Por qué fatalidad acabas de arrancarme el secreto ! Ya sabes á qué grado de oprobio te han llevado las terribles circunstancias de la vida ; quería ocultar eso á tu delicadeza ; no lo has permitido ; reconoce á tu madre, hijo mío, perdonándola el haberte dado la vida.

Ninón, llorando abrazaba con fuerza al caballero, él parecía anonadado por lo que acababa de oír. Pálido, tembloroso, inanimado, apenas pronuncia una vez el dulce nombre de madre. Él mismo se causa horror, no siente el grito imperioso de la naturaleza, se abrasa en su criminal ardor y siente los movimientos de su corazón que palpita con fuerza. Levanta los ojos hacia su madre, luego mira al suelo, suspira, se levanta, se desprende de sus brazos y huye con precipitación. Ante su vista extraviada se ofrece un jardín y en la espesura del primer bosquecillo que encuentra, lleva la mano á la cruz de la espada, la mira sin el menor estremecimiento y precipitándose sobre ella, cae en la sangre que á borbotones arroja su herida.

¡ Qué horrible espectáculo para Ninón que seguía de cerca á su hijo y lo ve sumirse en una muerte espantosa ! La suerte cruel quería añadir á su desgracia la horrible circunstancia de verle expirar. Sus ojos apagados se volvieron hacia ella y Ninón leyó en ellos el amor. El caballero moribundo parecía querer hablarla y los esfuerzos que hizo para pronunciar algunas palabras precipitaron su último suspiro (1).

(1) Le Sage, en su novela *Gil Blas*, tomo tercero, ha pin-

No pensó más que en obtener de éste el permiso de descubrir un secreto que ya no podía guardar y M. de Gersay fué el primero que la dió ese consejo.

Escribió, pues, al caballero, diciéndole la hora á que debía ir á su casita del barrio de San Antonio para hablar con ella. ¡Cuánto esmero puso él en su arreglo personal! ¡Cuántas imágenes de amor ardiente cruzaron por su mente! La encontró sola; pero ¡cuánta tristeza, cuánto abatimiento observó en sus ojos! Se echa á sus pies, la coge la mano, la baña con sus lágrimas. « Desgraciado, exclama Ninón, dejándose caer en sus brazos hay destinos contra los cuales nada puede la prudencia humana. ¿Qué no habré intentado yo para devolver la calma á vuestros sentidos enardecidos? ¡Qué misterio me obligáis á descubrir! » « ¿Pretendéis engañarme todavía? interrumpió él. ¿Acaso no veo en vuestros ojos ese amor que de vos me atrevo á esperar? En esas palabras obscuras reconozco vuestra injusticia; esperáis curarme; pero desengañaos, el triunfo cruel que buscáis está más allá de todas vuestras fuerzas juntas, más allá de todos los artificios, más allá hasta de la razón. » Y no escuchando más voz que la de su amorosa embriaguez, el caballero intenta llegar hasta la última temeridad del enamorado. « Deteneos, le dice indignada Ninón; ese horrible amor no pisoteará los más sagrados deberes; deteneos, os digo, sois un monstruo, temblad de espanto; ¿puede el amor habitar en lo que vos llenáis de oprobio y vergüenza? ¿Sabéis quién sois? ¿Sabéis quién soy yo? Esta amante á la que tanto perseguís... » « Esa amante?... » « Esa amante es vuestra madre, responde Ninón; me debéis la vida, es mi hijo el que suspira á mis pies, el que me habla de amor; ved,

que debían sustituirse las palabras que emplea el sacerdote con estas otras : « Hay que dejar sus amores. » Lo que escribió á Saint-Evremond nos demuestra que se avergonzó de sus debilidades. « Todo el mundo me dice que puedo quejarme del tiempo menos que otras, pero sea lo que sea, si alguien me hubiera propuesto semejante vida me hubiera ahorcado. Sin embargo, siempre digna de ser amada, perseguida en todo tiempo por gentes encantadas de su mérito, tuvo hasta el fin de su vida momentos en que no pudo rehusarse — á despecho de la moral y de las reflexiones — á los atractivos de un agradecimiento poco limitado.

El ilustre abate de Chaulieu, ese Anacreonte de nuestro tiempo, á quien llamaron cuando hizo su entrada en el gran mundo « el poeta de la buena compañía », parece haber sido más feliz que su maestro Chappelle con M^{lle}. de Lenclós á la que no pudo dejar de amar. El priorato de Fontenay á donde ella acompañó más de una vez á la duquesa de Bouillon y al caballero de Orleáns, vió suspirar frecuentemente á este poeta ingenioso á quien la duquesa abrumaba con burlas sobre la falta de esos talentos reales que tan útiles son en el amor.

De todos modos casi se puede afirmar que M^{lle}. de Lenclós no fué indiferente á aquellos suspiros; sin embargo, desde entonces se dijo que no tuvo amantes oficiales. El barón de Banier (1), hijo del célebre general succo había sido el último de los amantes de Ninón, conocidos con ese nombre.

Chappelle hizo algunas tentativas, y no pudiendo vencer su resistencia, confió á su ingenio el injusto

(1) Muerto en Inglaterra, en 1683.

Los gritos que había arrancado á esta madre infortunada, el espectáculo del hijo bañado en sangre atrajeron gentes que la impidieron entregarse á la desesperación. Su hijo no vivía ya, era preciso ocultar al público una historia tan funesta, y el dolor inmenso que la sobrecogió no fué obstáculo para que adoptase las medidas convenientes para que nadie se enterase de lo que había sucedido.

La razón y la filosofía en vano la ofrecieron consuelos de un suceso que ella no pudo prever ni evitar. El golpe era terrible para Ninón que en medio de sus debilidades había conservado siempre una dominante pasión por la meditación profunda y seria, lo cual hizo decir á Saint-Evremond que « moriría de reflexión ».

Entonces fué cuando más se ocupó de hacerse querer de sus amigos y cuando se contentó, como dice Saint-Evremond, con la comodidad y el reposo después de haber sentido con tan gran intensidad las amarguras de la fatalidad. Á la disipación, á la ligereza de Ninón sucedió la grave firmeza de M^{lle}. de Lenclós y hasta su muerte no se la dió más que este último nombre.

Aunque nunca fué bastante dueña de la inclinación victoriosa que la naturaleza le había dado, por la voluptuosidad de los sentidos, parece que hizo algunos esfuerzos para combatirla. Y se sabe que á propósito de las cenizas que en cierto día del año se extienden sobre la frente de los cristianos, decía

tado esta horrible catástrofe bajo los nombres supuestos de la vieja Inesilla de Cantarilla y del joven D. Valerio de Luna. No se ha creído apropiado imitar aquí el tono de broma con el cual Le Sage termina esta anécdota funesta : « Valerio se castiga como otro Edipo, con la diferencia de que el tebano se cegó por el dolor de haber consumado el crimen y el castellano se atrevió por el sentimiento de no poder cometerlo.»

irreligiosa de aquel rey de Aragón que deseaba haber formado parte del consejo de la divinidad en el momento de la creación. Entonces dijo ella que entre los consejos que hubiera dado á la divina Providencia no se hubiera olvidado de suplicar que en vez de colocarse las arrugas en donde aparecen cuando la vejez las llama, se colocaran en el sitio donde los dioses del paganismo habían ocultado el punto vulnerable de Aquiles. Verdad es que ella se quejó mucho menos que otras de los estragos que en la belleza causa el tiempo.

Por eso, dice Saint-Evremond, la naturaleza comienza á hacer ver que es posible no envejecer. Aunque llegó á la edad llamada comúnmente de la decrepitud, Ninón nunca se volvió fea; conservó todos sus dientes y casi todo el fuego de sus ojos y toda su historia se podía leer en ellos — según decían los que la conocieron en los últimos años de su vida.

La aventura de Noctámbulo ó del negrito que se apareció á M^{lle}. de Lenclós cuando contaba veinte años para asegurarla una eterna belleza y la conquista de todos los corazones, tenía más verosimilitud que la necesaria para ser creída por todos los aficionados á lo maravilloso; hasta es posible que el abate Servien que había hecho correr esta historia cuando ella contaba sesenta y cinco años, encontró personas que le disputaron la invención de esa galantería.

Nada tan notable en aquella época como la sociedad de M^{lle}. de Lenclós por la elección distinguida de las personas que la componían. M^{mes}. de la Fayette y de la Sablière, á la primera de las cuales ella comparaba con esas ricas campiñas tan fértiles en frutos y á la segunda con un lindo parterre esmal-

cuidado de castigar á la ingrata. No todas las almas se dejan corromper por esa filosofía cuya base parece ser la voluptuosidad. La habilidad de unir al amor de los placeres el de la sabiduría humana hace inimitable á Epicuro y peligroso para casi todos. M^{lle}. de Lenclos era casi la única que gozaba de la felicidad de no haber alterado aquella doctrina.

Todo París había visto los versos que el amor por M^{lle}. de Lenclos arrancó á Chapelle (1) : nadie ignoraba que él había sido uno de los más fervientes admiradores de las cualidades que tan estimable hacían á Ninón; sin embargo, no se avergonzó de desmentirse hasta el punto de herir á la vez los derechos del amor y de la amistad queriendo dejarla en ridículo como se ve en estos versos :

Que nadie se admire — Si ella razona — Con la virtud sublime — Del divino Platón. — Porque si bien contamos — Ella pudo vivir — Al mismo tiempo que él.

M^{lle}. de Lenclos rió con sus amigas esta sátira de Chapelle; era incapaz de la mezquindad de ofenderse por tan poca cosa; por eso fácilmente se comprende el efecto que tales burlas producían. Ninón aprendió mucho tiempo antes, que la vejez, como decía su amigo, M. de La Rochefoucauld, es el infierno de las mujeres. Demasiado filósofo para sentir la pérdida de un bien que estimaba en muy poco y al cual había preferido siempre la fuerza del talento, ella veía con tranquilidad cómo ese bien se desvanecía. En uno de sus momentos de alegría, de aquellos momentos en que se abandonaba á los encantos de su imaginación riente y fecunda, fué cuando imitó la frase

(1) Véase la obra *Poetas completas de Chapelle*.

; y enfermo muchas veces. Componían su reunión todos los días los hombres ilustres que la conocieron en su juventud y los de la nueva corte, que por su talento no eran inferiores á los anteriores. La calle des Tournelles (1), en la que habitaba desde mucho antes, era una de las más frecuentadas de París; á sus mejores amigos se les conocía con el nombre de « pájaros de las torrecillas. »

En aquella época era un horror el poder usar ese título. Especialmente el conde de Charleval se honraba mucho con aquel nombre que le recordaba la felicidad de que había gozado casi siempre viviendo familiarmente con la mujer más extraordinaria y más amable de su tiempo. Su amor decidido por la voluptuosidad dulce y tranquila, la delicadeza de su ingenio y su talento indiscutible le habían valido toda la confianza de M^{lle}. de Lenclós. Á una edad muy avanzada su espíritu había conservado todos los encantos de la juventud y su corazón toda la bondad y toda la ternura deseables en los verdaderos amigos. Tal es el elogio que de él hace M^{lle}. de Lenclós en una carta que escribió á Saint-Evremond comunicándole la muerte de este amigo incomparable que ella sintió con una sensibilidad digna de su corazón (2). « Su vida, dice Ninón, y la que yo llevo ahora tienen mucha semejanza. Tener una pérdida así es más que morirse una misma. »

Sus cartas y sus poesías cayeron después de su muerte en manos de su sobrino. M. de Ris, primer

(1) Torrecillas.

(2) M. de Charleval, aunque de complexión débil, vivió noventa años; murió en 1693. « La naturaleza que le había dado un cuerpo tan delicado y tan hermoso le dió un espíritu igual á su cuerpo. » (VIGNEUL DE MARVILLE.)

tado de flores que encantan la vista, se encontraban allí con el ilustre La Rochefoucauld que hasta su muerte honró á M^{lle}. de Lenclós con la más constante amistad y con la más cariñosa estimación. M^{me}. de Sevigné, M^{me}. de Griguan, M^{me}. de Coulanges, M^{me}. de Torp, la duquesa de Bouillon, preferían su casa á todas las demás y nunca se cansaban de ver y oír á Ninón.

Los versos que sobre el restablecimiento de su salud hizo el abate Requier-Desmarais, nos dicen el peligro que de perderla corrieron sus amigos (1); una enfermedad á su edad tenía que ser cruel y aunque pareció que su restablecimiento era completo, la pérdida de una parte de sus fuerzas la hizo pensar en lo dulce que es la vida después de haber estado á punto de verse privada de ella.

Las reuniones se verificaban en invierno, á las cinco de la tarde, en una habitación adornada con retratos de sus amigos más notables, de sus mejores amigas y con cuadros de los mejores pintores. En el verano vivía en otra casa cuyas ventanas daban al « boulevard » y en la cual había un salón en que estaba pintada al fresco toda la historia de Psiché. Pero por mucho gusto que tuviera en hablar con sus amigos les había acostumbrado á retirarse á las nueve, hora en que Ninón gozaba del reposo de que tan necesitado estaba su temperamento debilitado

(1) Clusina, que en todo tiempo — Disfrutó del amor y de la estimación — De toda persona distinguida; — Que siempre con buen sentido — Supo en todas las edades — Hacer un uso justo — De los placeres de cada una; — Que en su trato encantador — Supo aliar amablemente — La charla agradable — Con la cortesía y la profundidad — Y á quien el cielo dotó de un espíritu recto y sabio — Clusina, gracias al cielo ha recobrado la salud.

viejo, quiso mejor estar entre gentes acostumbradas á su lupa y á sus cabellos blancos que reaparecer en una corte en la que temía no ser reconocido más que por el conde de Grammont (1).

M^{lle}. de Lenclós había mantenido correspondencia con su antiguo amigo; y cuatro años antes de rechazar su indulto, ella le escribió para saber si una obra, que apareció bajo su nombre, y que llevaba el título de « Reflexiones acerca de la doctrina de Epicuro » era suya. M. de Saint-Evremond contestó que él no era el autor (2). Algún tiempo después él la dirigió, bajo el nombre de « Moderno Leoncio », su discurso sobre la « Moral de Epicuro á la que juzgaba más natural y cómoda que el autor de las « Reflexiones. » Afirmaba que Epicuro no había querido recomendar una voluptuosidad más pura que la virtud de los estoicos, voluptuosidad sin alma y sin movimiento ó, como él decía, voluptuosidad sin voluptuosidad.

La narración que hace á M^{lle}. de Lenclós de la vida de ese filósofo á quien ella había amado siempre, era de algún modo, la historia de sus placeres y de la moral que ella había seguido siempre, quizá menos por principios que por el instinto de razón al cual obedeció en la elección de las cosas que sirvieron de goce á sus sentidos. « Muchos no creerán, dice M. de Saint-Evremond, que Epicuro haya dejado pasar tanto tiempo filosofando con Leoncio y con Temista; pero si amó el placer como voluptuoso, recomportó como sabio. Indulgentemente con los impulsos de la naturaleza, contrario á los esfuerzos, no creyendo siempre

(1) Fué antes de la declaración de guerra de 1689 cuando el conde escribió á Saint-Evremond que era dueño de volver á la patria.

(2) El autor era Sarrazín.

presidente del Parlamento de Normandía. Y este magistrado, dice Vigneul de Marville, no sé por qué mal pensamiento no quiso que el público saboreara obras tan bellas. » Se puede juzgar de la pérdida que las bellas letras sufrieron por el encanto y la facilidad de algunos fragmentos que han llegado á nosotros á pesar de la modesta indiferencia que la fama inspiraba al autor y de los injustificados temores de su heredero. La canción que escribió con el nombre de « Los pájaros de las torrecillas » con que se designaba á los amigos de M^{lle}. de Lenclós, no es bastante conocida; ¡ qué idea tan encantadora da de la sociedad de su amiga !

Ya no soy pájaro de los campos,
Soy pájaro de las torrecillas
Que siempre habla de amor
Y que compadece á las tórtolas
Por no besarse más que én primavera.

La desgracia y el alejamiento de M. de Saint-Evremond no hicieron que M^{lle}. de Lenclós olvidara á su antiguo amigo; y en su tiempo en que él deseaba que la corte le llamase para salir del destierro á que él mismo se había condenado, ella empleó la influencia de las gentes que gozaban de altos honores, para obtener el indulto del hombre de más ameno trato que ella había conocido. Saint-Evremond no tenía que reprocharse más que de haber procedido con ligereza contra un ministro. MM. de Lionne, de Lanzun y el inimitable conde de Grammont, los tres amigos de M^{lle}. de Lenclós, se pusieron á la cabeza de los que con más interés gestionaban la vuelta de Saint-Evremond á su patria; pero sus tentativas fueron inútiles y nada se consiguió de Luis el Grande, hasta que este filósofo, encontrándose demasiado

rándola el conocimiento de M^{lle}. de Lenclós, cuando ella fué á Francia con el doctor Morelli para restablecer su salud.

Hija del famoso conde de Rochester, M^{me}. de Sandwich, joven, pero con el talento é ingenio heredados de su padre, tuvo el arte de no parecer extraña en un círculo tan exigente, como el de casa de Ninón. Ésta, reconociendo en su joven amiga el mérito que tanto la elevó algún tiempo después, la vió partir con sentimiento. « M^{me} de Sandwich — dice M^{lle}. de Lenclós en una de sus cartas — me ha proporcionado mil plácemes por la felicidad que de agradarla he tenido; no creía yo que fuera muy á propósito para el trato con una mujer de su estado. Tiene más talento y más mérito real que todas las mujeres de Francia. »

En cuanto al recuerdo que M^{me}. de Sandwich conserva de su antigua amiga basta decir que cuarenta y seis años no han amortiguado ese recuerdo y que el nombre de M^{lle}. de Lenclós despierta en su corazón todos los días los sentimientos de cariño y admiración que concibió por ella á fines del otro siglo.

No hablaríamos aquí de M. de Remond, conocido por el sobrenombre de « el griego » si no fuese una prueba de la solicitud con que ella procuraba formar el corazón y el espíritu de los que frecuentaban su casa. El poco éxito que obtuvo con M. Remond la hizo arrepentirse más de una vez del cuidado que había puesto en su empresa. « He sido la víctima de su erudición griega — decía. Le he expulsado de mi reunión, porque comprende la filosofía y el mundo de un modo muy equivocado, y porque no es digno de una sociedad como la mía. Cuando Dios hizo al hombre se arrepintió; lo mismo puedo yo decir respecto á Remond. »

que la castidad es una virtud, viendo en la injuria un vicio, quería Epicuro que la sobriedad fuese una economía del apetito y que la comida que se hacía no pudiese perjudicar á la que se debía hacer... Prescindía en las voluptuosidades de la ingratitude que las procede y del disgusto que las sigue.»

M. de Saint-Evremond podía tener este concepto de Epicuro; pero pintaba á su amiga con toda fidelidad, y al trazar el retrato del filósofo griego se pintaba él mismo.

M^{lle}. de Lenclós debió reconocerse en el cuadro y se felicitaría, sin duda alguna, de parecerse tanto al más famoso sectario de la voluptuosidad. « El buen sentido, decía á sus amigas, no tiene otra mira que la de conseguir la felicidad, y para esto no hay más que gustar de todo sin prevención.» M^{lle}. de Lenclós nunca tuvo otras máximas y nunca fué infiel á las que profesaba; por eso se jactaba de conocer á fondo el precio de una vida voluptosa.

La obra que Saint-Evremond acababa de enviarle la había tranquilizado por completo respecto al temor que tuvo de que no fuese, como se creía en París, el autor de las tristes *Reflexiones sobre la doctrina de Epicuro*... Vió con alegría que continuaba siendo digno de su amistad y que su corazón era el mismo. La correspondencia que cambiaron en el resto de su vida fué una confianza mutua de la felicidad de que gozaban — amar y gozar de los placeres á una edad en que los demás no respirando más que disgustos y fastidio los esparcen sin cesar alrededor de ellos.

Se recomendaban á las personas dignas de este honor. La condesa de Sandwich habla agradecidísima del servicio que la prestó Saint-Evremond procu-

era que allí se encontrase al famoso M. de Fontenelle, que gozaba ya de gran reputación en la literatura y cuyo ingenio le hacían deseable en todas partes.

Amigo del célebre M. Huyghens, uno de los grandes matemáticos del pasado siglo, se presentó á M^{lle}. de Lenclós durante su estancia en París cuando fué nombrado embajador de los Estados generales en Francia; el placer que sintió al verla y sobre todo al oirla cantar acompañándose del laúd, excitó en su corazón tal entusiasmo que no pudo resistir al deseo de testimoniárselo por el siguiente cuarteto. Estos versos, aunque presentados á M^{lle}. de Lenclós por M. de Fontenelle, fueron compuestos en lengua extranjera por M. Huyghens, que era mucho más geómetra que poeta, y por eso tenían que ser muy extravagantes, razón por la cual los transcribimos en las presentes memorias.

Ella tiene cinco instrumentos que me enamoran;
Los dos primeros, las manos; los otros dos, los ojos;
Para el quinto, único que queda,
Hay que ser muy ágil.

« Las mujeres corren detrás de M^{lle} de Lenclós — dice M^{me}. de Coulanges en una de sus cartas (1), — queriendo saber el secreto de su perpetua seducción. ¿Después de eso se puede odiar la vejez? » Esta reflexión, no se la hacía M^{lle}. de Lenclós que sentía muy poco la pérdida de sus placeres antiguos, porque la amistad había adquirido en ella derechos tan fuertes y tan sagrados como el amor. Lo que escribía entonces M^{me}. de Coulanges se encuentra desmentido por una carta de M^{me}. de Sevigné á M. de Coulanges : « Cor-

(1) Véase la colección de cartas escogidas, pág. 33.

Algunas memorias particulares ponen en la cuenta de M. Remond la singular anécdota que por lo general se atribuye al abate Gedoyn. Pero ¿cómo suponer que estando tan disgustada del primero de estos hombres volviese por él á ser Ninón aunque fuera por un instante? Se había propuesto ser M^{lle}. de Lenclós y no es presumible que Remond hiciese reaparecer á la antigua Ninón. El abate Gedoyn reunía condiciones más á propósito para obtener esta victoria tan extraordinaria, cosa que él nunca desmintió rotundamente.

Salió de los Jesuítas con el abate Fraguier, en 1694, cuando M^{lle}. de Lenclós contaba setenta y nueve años. Los dos hicieron en seguida conocimiento con ella y con M^{me}. de la Sablière; y los dos, admirados del profundo mérito que las reconocieron, sintieron el deseo de intimar con ellas para dar á sus talentos lo que el estudio del claustro no les había dado todavía. El abate Gedoyn intimó con M^{lle}. de Lenclós cuyo gusto y buen sentido eran guías muy seguros. El agradecimiento se unió muy pronto á la estima y á la admiración; y el joven discípulo sintió deseos que no serían reales, pero los expresó de tal modo que en un corazón casi apagado hizo brillar una débil chispa de aquel fuego en que había ardido en otros tiempos. El término de ochenta años, en el cual M^{lle}. de Lenclós prometió poner fin á sus rigores, no espantó al enamorado abate, que conocía el axioma de Friné (1) y que obligó á su protectora á cumplir su palabra en el tiempo que ella fijó.

Siendo la casa de M^{lle}. de Lenclós el lugar de reunión de todas las notabilidades de la época, natural

(1) *Mulli bibunt fecem ob vini nobilitatem.*

cuentemente á una persona que á los ochenta y cinco años, y á pesar de sus enfermedades gozaba de la misma viveza de ingenio y del mismo gusto, delicado y perfecto que habfan contribuído á su gran reputación — mucho más que sus encantos y debilidades. Pero M^{lle}. de Lenclós que habfa nacido para la libertad y que nunca habfa sabido sacrificar su filosofía tranquila á la esperanza de más alta fortuna, contestó agradeciendo á su amiga sus ofrecimientos y diciéndola que era demasiado tarde para aprender el arte de disimular y de contenerse, arte que nunca conoció. Todo lo que de ella se pudo obtener fué que un día iría á la tribuna de la capilla de Versalles, porque Luis el Grande pasaría por allí para satisfacer la curiosidad que tenía de ver por lo menos una vez á aquella admirable maravilla de su reino.

Lo más notable de los últimos años de su vida fué la visita que la hizo el joven Arouet, todavía niño. M^{lle}. de Lenclós le examinó con singular atención y pareció sorprender en las respuestas ingeniosas y vivas del niño el talento prodigioso que debía elevarle un día á la categoría del genio. La pasión por los versos y el amor á la gloria se anunciaban en él y M^{lle}. de Lenclós procuró con sus consejos aferrarle más á esos elevados sentimientos; la amistad que sintió por él la indujo á legarle por testamento una suma destinada á comprar libros. ¡Qué penetración la de M^{lle}. de Lenclós! ¡Qué feliz *début* el de M. Voltaire!

La salud de M^{lle}. de Lenclós se debilitaba por momentos; desde que se vió lo suficientemente enferma para temer á la muerte, se atrevió á contemplarla con tranquilidad; quiso cumplir con los deberes del momento terrible y lo hizo con perfecta tranquilidad.

binelli — dice — me comunica maravillas de la buena compañía de hombres que encuentra en casa de M^{lle}. de Lenclós; pero aunque no tuviera más compañía que la de las mujeres, podría consolarse recordando sus triunfos amorosos.

La colección de cartas á que pertenecen las anteriores nos dicen que en 1696 la salud de M^{lle}. de Lenclós volvió á resentirse. « Nuestra amable Lenclós — dice M. de Coulanges — tiene un catarro que no me agrada. » Y algún tiempo después en carta dirigida á la misma persona, dice : « Nuestra pobre Lenclós tiene fiebre que por las noches aumenta extraordinariamente y un dolor á la garganta que inquieta á sus amigos. » Se debilitó más, pero su filosofía la conducía á « contentarse con el día en que se vive, olvidando al otro día el que le ha precedido y conformarse con un cuerpo gastado como con un cuerpo agradable ». Así pasaba el resto de su vida cuyo término veía aproximarse sin espanto. « Si yo creyera — decía — como M^{me}. de Chevreuse, que al morir vamos á hablar con nuestros amigos como si aun viviéramos, pensaría en la muerte con deleitación.

M^{me}. Scarrón — que entonces se titulaba marquesa de Maintenón — y que según M^{me}. de Sevigné « había intimado con el rey por un trato amistoso y por una conversación libre y sin sutilezas — no olvidó nunca á M^{lle}. de Lenclós, su antigua amiga, que la había visto sin sorpresa y sin envidia pasar á la brillante situación que gozaba desde hacía tiempo. M^{me}. Scarrón se acordó de su amiga del modo más halagador para la vanidad de ésta.

Ofreció á M^{lle}. de Lenclós una habitación al lado de la suya en Versalles; su intención, según se dijo, era la de procurar al rey el placer de ver y oír fre-

CARTAS
DE NINÓN DE LENCLÓS
AL MARQUÉS DE SÉVIGNÉ

Se dice que la última noche de su vida (1), no pudiendo dormir, compuso estos cuatro versos que extrañan, por las circunstancias en que fueron concebidos : « No viene á ofrecerse una vana esperanza — Que pueda quebrantar mi valor. — Estoy en edad de morir. — ¿Qué haría en el mundo? »

(1) Murió el 17 de Octubre de 1706.

CARTA PRIMERA

Yo, marqués, ¿encargarme de vuestra educación, guiaros en la carrera en que váis á entrar? Es demasiado exigir de mi amistad por vos. Ya sabéis que cuando una mujer que no está en la primera juventud parece tomar cierto interés por un joven, se dice que quiere lanzarlo al mundo; y no ignoráis la malignidad con que la gente se sirve de esta expresión. No quiero yo exponerme á que se me aplique. Todo lo que puedo en vuestro servicio es ser vuestra confidente. Me daréis parte de todas las situaciones en que os encontréis; yo os diré mi pensamiento en todo caso y trataré de ayudaros á conocer á vuestro propio corazón y el de las mujeres.

Sin embargo, y por mucho placer que vea en este comercio, no me disimulo las dificultades de mi empresa. El corazón, que será el objeto de mis cartas, tiene tantos contrastes, que cualquiera que de él habla, parece necesariamente caer en muchas contradicciones. Creemos tenerlo y no abrazamos más que una sombra. Es un verdadero camaleón; visto desde puntos distintos, presenta colores opuestos y que no por eso dejan de existir juntos en el mismo sujeto.

CARTA II

Sí, marqués, os cumpliré mi palabra y en todas las ocasiones os diré la verdad aunque á mi propia costa fuera. Tengo más firmeza de espíritu de lo que imagináis, y mucho temo que en el transcurso de nuestro trato lleguéis á pensar que llevo esta virtud hasta la severidad. Pero recordad entonces que sólo tengo de mujer la forma y que soy hombre por el corazón y el espíritu. He aquí el método que seguiré con vos. Como no deseo otra cosa que ilustrarme yo misma, antes de comunicaros mis ideas, pienso exponérselas al excelente hombre en cuya casa cenamos ayer. Verdad es que él no tiene muy buena idea de la pobre humanidad. No cree en virtudes ni en fantasmas. Pero este rigor mitigado por mi indulgencia por las debilidades humanas, os dará, creo, la especie y la dosis de filosofía que hace falta en el trato con las mujeres. Vengamos á lo demás de vuestra carta.

Desde que habéis entrado en el mundo, nada os ha ofrecido, decís, de lo que imaginarais encontrar en él. El disgusto y el tedio os persiguen. Buscáis la soledad y en cuanto la tenéis os cansa; no sabéis,

Preparaos pues, á leer mil rarezas. Pero en fin, os mostraré mis ideas, que podrán pareceros más singulares que verdaderas; vos las apreciaréis. Tengo, por lo demás, un escrúpulo en el ánimo. Preveo que no podré ser bien sincera sin maldecir un poco de mi sexo. Mas vos queréis saber lo que pienso sobre el amor y todo lo que le concierne, y me siento bastante valiente para hablaros con franqueza.

Ceno esta noche en casa de M. de La Rochefoucauld con M^{me}. de la Sablière y la Fontaine. Si queréis ser de los nuestros, este último os regalará con dos nuevos cuentos que, me dicen, no desmerecen de los anteriores. Venid, marqués... Y sin embargo ¿no tengo nada que temer del comercio que proyectamos? ¡Es tan pícaro el amor! No, examino mi corazón y está ocupado en otra parte; los sentimientos que por vos tiene se parecen más á la amistad que al amor. En todo caso, si se me fuera la cabeza, ya veríamos de salir del paso lo mejor posible.

Vamos pues, á seguir juntos un curso de *moral*. Sí, señor, de moral. Pero no os asuste la palabra; sólo se tratará de galantería, que harto influye en las costumbres, para que no merezca un estudio particular... Nuestro proyecto me sonríe infinitamente. Sin embargo, hablándoos con razón á menudo ¿no os aburriré alguna vez? Es una de mis inquietudes; porque ya lo sabéis, soy una razonadora despiadada cuando me pongo. Con otro corazón del que me conocéis hubiera sido el filósofo más completo del mundo. Adiós, empezaremos cuando os plazca.

serían demasiado buena compañía. No nos convienen riquezas si no en proporción de nuestras necesidades : y lo mejor para vos es, creo, acercaros á las que unen á una figura amable, dulzura en el trato, alegría en el humor, gusto por los placeres de sociedad, y á quienes el amor no asusta.

Á los ojos de un hombre razonable parecen demasiado frívolas, me diréis : ¿pero creéis que se las debe juzgar con tanta severidad? Persuadíos, marqués, de que si desgraciadamente adquirieran más solidez en el carácter, ellas y vos perderíais demasiado. ¡ Exigís en las mujeres cualidades serias... y no las halláis en un amigo ! Os lo diré todo. No necesitáis vosotros de nuestras virtudes, sino de nuestro entusiasmo y nuestras debilidades. El amor que pudiera inspiraros una mujer estimable por todos conceptos, sería demasiado peligroso para vos. Hasta que podáis pensar en algo serio no debéis procurar si no divertir os con las hermosas, pasajera mente, por que con las otras, os lo predigo, tendríais mal fin.

Si no pensarais más sólidamente que la mayoría de los jóvenes, os hablaría en otro tono ; pero veo que estáis próximo á caer en el exceso contrario á su ridícula frivolidad. Preciso es pues, que os unáis á una mujer que como un niño amable os divierta con agradables locuras, caprichos ligeros y todos esos bellos defectos que hacen el encanto de un trato galante.

¿Queréis que os diga lo que hace al amor peligroso? La idea sublime que de él nos forjamos á veces. Pero en verdad exacta, el amor tomado como pasión, no es más que un instinto ciego que hay que saber apreciar ; un apetito que os inclina por un objeto mejor que por otro sin que se pueda dar

en una palabra, á qué atribuir la inquietud que os atormenta. Yo voy á sacaros del apuro, que mi cometido es deciros mi pensar sobre todo lo que pueda deteneros. No sé si á veces me haréis preguntas tan embarazosas para mí como para vos mismo.

El malestar que sentís no tiene otra causa que e vacío de vuestro corazón. Ese corazón está sin amor, estando hecho para sentirlo. Tenéis precisamente lo que se llama necesidad de amar. Sí, marqués; la naturaleza al formarnos, nos ha dado una porción de sentimientos que tienen que ejercitarse sobre algún objeto. Vuestra edad es propia para las agitaciones del amor : mientras este sentimiento no llene vuestro corazón, os faltará siempre algo : la inquietud de que os quejáis, no acabará. En una palabra, el amor es el alimento del corazón, como los manjares lo son del cuerpo; amar es cumplir el voto de la naturaleza, satisfacer una necesidad. Pero si es posible, haced de modo que el amor en vos no llegue hasta la pasión. Para preservaros de esta desgracia casi me atrevería á aprobar el consejo que os dan de preferir á la compañía de mujeres capaces de inspiraros tanta estimación como amor, el comercio de aquellas otras que procuran ser más divertidas que sólidas. Á vuestra edad, no pudiendo pensar en un compromiso serio, no hay por qué buscar un amigo en una mujer; basta con encontrar una querida amable.

El trato de las mujeres de grandes principios ó el de aquellas á quienes los agravios del tiempo obligan á no hacerse valer sino por las grandes cualidades, excelente para un hombre que, como ellas, está de regreso. Para vos, esas mujeres, me atreveré á decirlo,

CARTA III

Diga yo lo que quiera ¿os aferráis á vuestro primer sentimiento? ¿Queréis por amante una persona respetable que pueda ser al mismo tiempo vuestra amiga? Sentimientos son estos que merecerían elogios si en la práctica pudieran procuraros la dicha que de ellos esperáis; pero la experiencia prueba que todos esos grandes males no son más que puras ilusiones. Hablar de cualidades serias para una diversión. Me inclino á creer que las novelas os han trastornado los sesos. ¡Pobre marqués! Se dejó deslumbrar por la frase sublime de los diálogos; pero mi querido niño, ¿qué pretendéis hacer de esas quimeras de la razón? Yo diría de buen grado: ¡Qué buena moneda, y qué lastima que no pueda entrar en la circulación!

Cuando queráis estableceros, buscad una mujer sólida, llena de virtudes y de grandes principios. Todo eso conviene á la dignidad del himeneo; quiero decir, á su gravedad. Pero ahora que lo que necesitáis es un asunto de corazón, guardaos de ser grave y creed lo que os digo: conozco mejor que vos mismo vuestras necesidades. Los hombres dicen general-

la razón de su gusto. Considerado como unión de amistad cuando la razón lo preside, no es una pasión, no es ya amor, es una estima afectuosa en verdad, pero tranquila, incapaz de sacaros de vuestra situación; si marchando tras las huellas de nuestros antiguos héroes de novela, os eleváis á los grandes sentimientos, veréis que este pretendido heroísmo no hace del amor más que una locura triste y á menudo funesta. Es un verdadero fanatismo; pero si lo despojáis de todo lo que la opinión le presta, pronto será vuestra dicha y vuestro placer. Creed que si fueran la razón ó el entusiasmo quienes formaran los asuntos del corazón, el amor se haría insípido ó frenético. El único medio de evitar estos dos extremos es seguir el camino que os indico. Tenéis necesidad sólo de que os diviertan y solamente en las mujeres de que os hablo encontraréis lo que para ello se necesita; vuestro corazón quiere estar ocupado, ellas lo llenarán. Ensayad mi receta y os sucederá bien... Os había prometido razón y me parece que os cumplo la palabra asaz exactamente. Adiós; acabo de recibir una encantadora carta de M. de Saint-Evremond: he de responderle. Quiero á la par participar de las ideas que os he expuesto; y mucho me enganñaré si no las aprueba.

Tendré mañana en casa el abate de Chateauneuf y quizás á Molière. Releeremos el *Tartufo*, donde ha de cambiar algunas cosas: creed, marqués, que todos los que no convengan en lo que os acabo de decir tienen algo de ese personaje.

CARTA IV

¿Sabéis, marqués que acabaréis por enfadarme? Dios mío, qué poco talento tenéis á veces. Veo por vuestra carta que no me habéis entendido. Fijaos bien; no os he dicho que tomarais por querida un objeto despreciable. No es tal mi pensamiento. He dicho que actualmente no tenéis necesidad más que de una unión de corazón, y que para hacerla agradable no debéis fijaros únicamente en las cualidades sólidas. Vuelvo á repetirlo; en amor, los hombres no necesitan más que divertirse; y creo que puedo hablar de la materia. Un rasgo de humor, un capricho oportuno, una querella sin sentido común, todo eso hace más efecto en ellos y los sujeta más que toda la razón imaginable y que la solidez de carácter.

Alguien (1) á quien estimáis por la justeza y la fuerza de sus ideas, decía un día en mi casa, que *el capricho estaba en las mujeres junto á la belleza para ser su contraveneno*. Yo combatí esta opinión con tanta viveza que fácilmente se vió que mi sentir era

(1) M. de La Bruyère.

mente que buscan en el amor las cualidades esenciales. ¡Qué ciegos son y qué lamentables si las encontraran! ¿Qué ganarían con ser edificados? Diversión es lo que necesitan. Una querida tan razonable como la exigís, sería una esposa por la cual sentiríais un respeto infinito, convengo, pero entusiasmo, ninguno.

Una mujer estimable por todos conceptos os sujeta demasiado, os humilla demasiado para que la améis largo tiempo. Obligado á estimarla y aun á admirarla á veces, acabáis por dejar de amarla. Tanto virtud es un reproche demasiado discreto, una crítica demasiado importuna de vuestros errores, para no revolver al fin vuestro orgullo : y en cuanto se le mortifica, adiós el amor. Haced un exacto análisis de vuestros sentimientos, examinad bien vuestra conciencia y veréis que digo la verdad. No tengo más que un instante para deciros adiós.

poco de vencer y ser vencido. En vano gime la razón. No podéis comprender cómo semejante duendecillo os subyuga tan tiránicamente. Todo os dice que el idolo de vuestro corazón es un conjunto de caprichos y de locuras; pero es un niño mimado á quien no podéis dejar de amar. Los esfuerzos á que la reflexión os obliga para desataros no consiguen las más veces que apretar vuestra cadena; porque el amor no es nunca tan fuerte como cuando se le cree próximo á romperse en el enardecimiento de una pelea. Vive en las tempestades; en el todo es convulsivo. ¿Se le quiere reducir á régimen? languidece y expira. En una palabra, he aquí lo que he querido decir : no toméis por querida á una mujer que sólo tenga cualidades sólidas; pero que á veces domine en ella el humor y haga callar á la razón : de otro modo no diré que tenéis amores sino que estáis casado. Es mi última palabra.

precisamente la máxima contraria; y estoy persuadida en efecto de que el capricho no está junto á la belleza si no para reanimar sus encantos, para hacerlos valer, para servirle de aguijón y de condimento. No hay sentimiento más frío y que dure menos que la admiración. Nos acostumbramos fácilmente á ver los mismos rasgos por regulares que sean, y cuando un poco de picardía no les da vida ni acción, su propia regularidad destruye pronto el sentimiento que han excitado. Un matiz de humor puede solamente proyectar sobre una bella cara la variedad necesaria para prevenir el tedio de verla siempre en la misma situación. En una palabra; desgraciada de la mujer demasiado igual : su uniformidad es sosas y molesta. Es siempre la misma estatua; un hombre tiene siempre razón con ella. Es tan buena; tan dulce, que quita á las gentes hasta la libertad de pelearse; ¡ y esta libertad es á veces un placer tan grande!

Poned en su lugar una mujer viva, caprichosa, decidida (todo ello, sin embargo, hasta cierto punto), y todo cambiará de aspecto. El amante encontrará en la misma persona el placer de la variación. El humor es una sal en la galantería, que la impide corromperse. La inquietud, los celos, las querellas, las reconciliaciones, los despechos son el alimento del amor. Variedad encantadora que llena y ocupa un corazón sensible harto más deliciosamente que la regularidad en el proceder y la enojosa igualdad de lo que se llama un buen carácter.

Sé cómo hay que gobernaros á los hombres. Un capricho os pone en una incertidumbre que os cuesta tanto trabajo y pena disipar como el conseguir una nueva victoria sobre otra mujer. Una brusquedad os agita. No dejáis de combatir, pero así no dejáis tam-

morado. ¿Se puede en efecto estarlo sin dejarse arrastrar por la fuga de una inclinación impetuosa y sin sentir todas las revoluciones que necesariamente ocasiona? No, sin duda. Y ¿quién puede ver todas esas agitaciones en el objeto amado sin un secreto placer? Lamentando sus injusticias, sus arranques, no sentimos menos deliciosamente en el fondo que somos amados, y amados con pasión, y que esas mismas injusticias son una prueba de ello, tanto más convincente cuanto que es involuntaria. He aquí, marqués, lo que hace el encanto secreto de las penas que sufren á veces los amantes y de las lágrimas que vierten. Pero si vais á creer que quise deciros que una mujer de mal humor, una caprichosa, una furiosa puede haceros dichoso, desengañaos. He dicho y lo repetiré que se han menester la desigualdad, los caprichos, las travesuras en un comercio galante para quitarle el desmayo y perpetuar la duración; pero pensad que tales condimentos no surten este efecto más que cuando el propio amor es su fuente. Si el humor nace de un fondo de brusquedad natural ó de un carácter inquieto, envidioso, injusto, soy la primera en decirlo, no formará más que una mujer aborrecible, no ocasionará más que querellas repugnantes. Los amores se convierten entonces en un verdadero suplicio del que hay que librarse lo más pronto posible.

CARTA V

¡ Oh ! convengo con vos, marqués ; una mujer que no tiene más que humor y caprichos, es de un trato bien espinoso y que cansa al fin. Convengo aun en que esas desigualdades deben hacer del amor una larga querrela, una tempestad continua. No es por tanto á una persona de este carácter á quien os aconsejo uniros. Vais siempre más lejos de mis ideas. No os he pintado en mi última carta sino una mujer amable y que se hace aun más por un matiz de desigualdad, y vos me habláis de una mujer huraña que no dice más que cosas desagradables. Qué lejos estamos de la verdad. Cuando he hablado de humor, he entendido únicamente aquel que da un gusto violento, inquieto y un poco celoso ; aquel, en una palabra, que nace del amor mismo, y no de la dureza natural que se llama ordinariamente *mal humor*. Cuando es el amor quien hace á una mujer injusta, cuando sólo él causa sus impertinencias, cuál será el amante poco delicado para quejarse. Esas mismas impertinencias no prueban la violencia de la pasión. Por mi parte, siempre creí que todo el que sabe contenerse en los justos límites no estaba más que medianamente ena-

vencer las inclinaciones para condenar á todos los que son poco razonables ú honrados. ; Cuántas mujeres no hemos visto que han conseguido destruir en su corazón una debilidad que las habla sorprendido apenas notaron que el objeto de su afecto era indigno de ellas ! ; Cuántas han ahogado el amor más tierno y lo han sacrificado á las conveniencias de un acomodo ! El tiempo y la ausencia son remedios á los que no resiste una pasión por viva que sea ; insensiblemente se debilita y se extingue por completo. Sé que para salir con honor de una empresa semejante, no hace falta menos que toda la fuerza de la razón : comprendo también que las dificultades de que imaginamos llena una tan gran victoria que no os dejan valor bastante para acometerla ; de modo, que aunque yo diga que no hay inclinaciones invencibles en el terreno especulativo, confesaré también que hay muy pocas vencidas en la práctica y esto ocurre, porque ni siquiera se trata de conseguirlo. Sea de ello lo que quiera, imagino que, tratándose aquí sólo de una galantería, sería locura torturaros por destruir la inclinación que sintierais hacia una mujer más ó menos amable ; pero puesto que aun no estáis prendado de ninguna, persisto en que tuve razón en indicaros el carácter que creí más capaz de haceros dichoso. Sería sin duda de desear que los sentimientos delicados, que el mérito real, tuvieran más poder sobre vuestros corazones, que fueran capaces de llenarlos y de fijarlos para siempre. Pero la experiencia nos prueba que no es eso. No razono pues, sobre lo que debíais ser si no sobre lo que sois en efecto ; mi designio es daros á conocer el corazón tal cual es, y no tal como yo quisiera que fuese. Soy la primera en sentir la depravación de vuestro gusto por indul-

CARTA VI

¿Con que creéis, caballero, haberme opuesto un razonamiento invencible, diciéndome que no somos dueños de dar el corazón á quien queramos, y que por consiguiente no sois libre de escoger el objeto de vuestra devoción? ¡Moral de ópera! Abandonad ese lugar común á las mujeres que creen diciéndolo justificar todas sus debilidades. Preciso es que tengan algo á qué agarrarse : semejantes á aquel buen caballero de que habla nuestro amigo Montaigne que atarazado por la gota hubiera sentido infinito no poder gritar : *maldito jamón*. Es un golpe de simpatía, dicen ellas, es más fuerte que yo... ¿Somos acaso dueños de nuestro corazón? Y á tan buenas razones ya no os permitido replicar. Han acreditado tanto estas máximas que el tratar de combatirlas es echarse todo el mundo encima. Pero esas mismas máximas no encuentran tanta aprobación si no porque todos tienen interés en que sean aceptadas. Nadie desconfía de que semejantes excusas lejos de justificar las faltas, sean una confesión de que no queremos corregirnos. Por mi parte me tomo la libertad de no ser de la opinión de la multitud. Me basta que no sea imposible

CARTA VII

Y ¿quién duda, marqués, de que sea el mérito esencial el que consigue agradar á las mujeres? La cuestión es saber qué idea ponéis en esa expresión. Llamáis mérito esencial á la solidez del talento, la justeza del discernimiento, el alcance de la erudición, la prudencia, la discreción, qué sé yo, toda esa carga de virtudes que más consiguen estorbarnos que hacernos felices. En ese caso no nos entendemos. Reservad todas esas cualidades para el trato con los hombres que han convenido en aceptarlas. Pero para la galantería cambiad todas esas virtudes por otros tantos agrados, único mérito que se lleva en esa tierra, única moneda que en ella tiene curso, y guardaos bien de decir que sea falsa. El verdadero mérito consiste quizás menos en una perfección real, que en la convencional. Es mucho más ventajoso tener las cualidades que convienen á los que queremos agradar, que poseer aquellas que creemos realmente estimables. En una palabra, hay que seguir las costumbres y á veces hasta los defectos de los pueblos en que tenemos que vivir si queremos vivir agradablemente.

¿Cuál es el destino de las mujeres, cuál su papel

gente que parezca con vuestras faltas. Pero no pudiendo reformar los vicios del corazón, quiero al menos, enseñaros á sacar el mejor partido posible; no pudiendo haceros sabio, trato de haceros dichoso. Serer ha dicho hace mucho tiempo : que destruir las pasiones sería tratar de aniquilarnos : regularlas es lo que hace falta. Son en nuestras manos lo que los venenos en la farmacia; preparados por un químico hábil, se convierten en remedio bienhechor.

de la exactitud geométrica de vuestro talento, de la fidelidad de vuestra memoria, etc.? Si no tenéis, marqués, más que esas ventajas, ú algunos talentos agradables no las dulcifican, he recogido sus votos : lejos de agradarles, les pareceréis un censor temible y la timidez que les ocasionaréis desterrará el entusiasmo que se hubieron permitido si fuerais de otro modo. Como en efecto, atreverse á ser amable con un hombre que os inquieta por su sangre fría, que os examina, que no se entrega. No estamos contentas si no con los que se arriesgan con nosotras. En una palabra, demasiado circunspección hace sobre el alma de los demás lo que un viento frío sobre un hombre que sale de un cuarto caliente. Quiero decir, que la reserva en que nos encerramos estrecha las puertas del corazón de los que nos rodean y no osan desahogarlo.

Guardaos pues bien, marqués de llevar el hielo á la galantería, no queriendo mostrar más que vuestras bellezas. Debéis haber leído que se agrada más por amables defectos que por cualidades esenciales. Las grandes virtudes son piezas de oro de que se hace menos uso que de la pequeña moneda.

Esta idea me trae el recuerdo de esos pueblos que, en lugar de nuestros metales, no tienen más que conchas como signo de sus cambios. ¿ Creéis que esos pueblos no son tan ricos como nosotros con todos los tesoros del nuevo mundo? Parece al principio que esta riqueza es una verdadera pobreza; pero pronto nos desengañamos al reflexionar que los metales no tienen otro valor que el que les atribuimos. Nuestro oro sería entre esos pueblos moneda falsa. Las cualidades que llamáis esenciales son lo mismo en la galantería, no hace falta más que rodajas. ¿ Qué importa cuál sea el signo convencional con tal de que se haga el comercio?

entre vosotros? Agradar. Luego los encantos de la casa, las gracias de la persona; en una palabra, todas las cualidades amables y brillantes, son los únicos medios de conseguirlo. Las mujeres las poseen en grado sumo y quieren que se les parezcan por estas cualidades. En vano las tacharéis de frivolidad, ellas quedan siempre bien, puesto que están destinadas á haceros dichosos. ¿No debéis, en efecto, á los encantos de nuestro trato, la dulzura de nuestras costumbres, vuestros placeres más satisfactorios, las virtudes sociales, vuestro bienestar en fin? Tened buena fe. ¿Las ciencias solas, el amor de la gloria, el valor, la amistad misma, de que hacéis con razón tanto caso serian capaces de haceros perfectamente felices ó hacéroslo creer al menos? No sin duda. Nada de todo eso podría sacaros de la tediosa uniformidad de que os veríais víctimas, y seríais los seres más lamentables. Pero las mujeres se han encargado de disipar esa languidez mortal con la alegría picante que ponen en su trato, con los encantos de que han sabido llenar la galantería. Una alegría loca, un amable delirio, una embriaguez deliciosa, son las únicas cosas capaces de despertar vuestra atención, y de haceros notar que sois dichosos: porque, marqués, hay buena diferencia entre gozar sencillamente de la dicha, y saborear el placer de gozarla. La posesión de lo necesario no da gusto á un hombre; lo superfluo es lo que lo hace rico y le hace sentir que lo es. No son las cualidades superiores las únicas que os hacen amables; es quizá un verdadero defecto el no ser más que esencial. Para ser festejado hay que ser agradable, divertido, necesario á los placeres de los demás. Os advierto que no se llega más que así, sobre todo con las mujeres. ¿Qué queréis, decidme, que hagan ellas de vuestro saber?

CARTA VIII

De esta hecha, marqués, os llegó la hora. La pintura que me hacéis de vuestra situación, me anuncia que estáis enamorado. La joven viuda de que me habéis hablado es, en efecto, muy capaz de interesar á cualquiera. El caballero de... me ha hecho de ella un retrato muy ventajoso. Pero apenas comenzáis á sentir algunas inquietudes, me hacéis ya un crimen de los consejos que os he dado. La turbación que el amor lleva al alma y los otros males que ocasiona, os parecen, decís, más de temer que de desear, son los placeres que puede proporcionar. Cierto que muchas buenas gentes piensan que las penas del amor son por lo menos iguales á sus placeres. Pero sin entrar aquí en una disertación enojosa sobre si tiene ó no razón, si queréis que os diga mi pensar, el amor es una pasión que no es ni buena ni mala por sí misma : depende de que los sujetos que la sienten la determinen en bien ó en mal. Todo lo que diré en su favor es que tiene una ventaja ante la cual los disgustos que se la imputan no admiten comparación. Y es que nos saca de nuestra situación, nos agita, lo cual es satisfacer una de nuestras más urgentes necesidades. Creo

En fin, he aquí mi conclusión. Si es cierto, como no podéis dudarlo, que sólo debéis esperar vuestra dicha de las condiciones agradables en las mujeres, tened por seguro que no las ágradaréis si no por ventajas análogas á las suyas. Lo repito; los hombres nos cacareáis vuestras ciencias, vuestra solidez, etc. Pero decidme, ¿cuál sería vuestro tedio, vuestro disgusto de la vida si os vierais obligado á no ser más que sabios y sórdidos, á no vivir sino con filósofos? Os conozco; pronto os cansaríais de ser admirados; y tales como sois, os pasaríais antes sin virtudes que sin placeres. No os entretengáis pues en daros por hombre esencial en el sentido en que lo entendéis. El verdadero mérito es el que estiman las gentes á quienes queremos agradecer. La galantería tiene sus leyes aparte : marqués, los hombres amables son los sabios en ese país.

Os oigo desde aquí; vais á abrumarme con vuestros grandes principios y á decirme que nadie es dueño de detenerse donde quiere. Considero á los que piensan como vos del mismo modo que al hombre que cree interesado su honor en mostrar un gran dolor con ocasión de una pérdida ó de un accidente que los demás creen de importancia; este hombre sabe mejor que nadie los medios de consolarse, pero en su llanto encuentra goces deliciosos. Le gusta sentirse capaz de llevar el sentimiento hasta la exageración, y esta reflexión le enternece aún más. Procura alimentar su dolor y hace de él un ídolo al cual inciensa por costumbre. Iguales todos los amantes de los grandes sentimientos, imbuídos por las novelas ó por los moralistas gazmoños, hacen cuestión de honor el espiritualizar su pasión. Exagerando la delicadeza, caen en una superstición galante, á la que se aferran como á su propia obra, y consideran como una vergüenza rebajarse al sentido del vulgo en estas cuestiones y volver á ser hombres. Guardaos bien, querido marqués, de incurrir en tamaña ridiculez. Ese modo de conducirse en el siglo que corremos es el que emplean unos cuantos estúpidos. Antes el amor debía ser razonable; se quería que fuese grave y se le estimaba en proporción á su dignidad. Pero el exigir dignidad á un niño, ¿no es quitarle todas sus gracias? ¿No es hacer de él un triste viejo? ¡Cuánto compadezco á nuestros abuelos! Lo que era en ellos una mortal languidez, un melancólico frenesí, es en nosotros una alegría loca, un amable delirio. Eran tan insensatos que preferían el horror de los desiertos y de las rocas á los encantos de un parterre esmaltado de flores. ¡Cuántos prejuicios ha derruido el hábito de reflexionar!

háberoslo ya dicho, nuestro corazón está hecho para la agitación; removerlo, es cumplir el voto de la naturaleza: ¿Qué sería la juventud sin amor? Una larga enfermedad; no existiríamos, *vegetaríamos*. El amor es á nuestros corazones lo que los vientos á la mar. Excitan á menudo tempestades, causan á veces naufragios. Pero también son los vientos los que la hacen navegable; agitándola, la conservan, y, si la hacen peligrosa, al piloto toca saber maniobrar.

Vuelvo á mi texto; y aun cuando vuestra delicadeza se sienta herida, por mi franqueza, añadiré, que á más de la necesidad de ser agitados, sentimos otra física y maquinal que es la causa primera y necesaria del amor. Quizá no está demasiado bien á una mujer gastar este lenguaje. Comprenderéis que no hablaría á todo el mundo tan claramente; pero aquí no hacemos lo que se llama *bella conversación*, filosofamos. Si mis propósitos os parecen demasiado razonados para una mujer, recordad lo que es decía últimamente. Desde que tuve uso de razón me puse á examinar cuál de los dos sexos salía mejor librado en el reparto. Vi que los hombres no se habían tratado mal en la distribución de los papeles, y me hice *hombre*.

Si yo estuviera en vuestro lugar, no me preguntaría si el enamorarse es bueno ó malo, porque es lo mismo que preguntarse, si es bueno ó malo el tener sed; además, ¿se va á prohibir á todo el mundo que beba, porque hay algunos que se emborrachan? Puesto que no sois dueño de no tener deseos inherentes á la construcción mecánica de vuestro ser, muy diferente de nuestros antiguos novelistas, no os aburráis con meditaciones y paralelos sobre las ventajas del amor. Haced el amor como os he aconsejado. No tomadlo como pasión y sí como entretenimiento.

CARTA IX

Habéis tomado muy á lo serio lo que os decía en mi última. He blasfemado contra el amor; le he degradado llamándole necesidad. Según vos, pensáis más noblemente. Lo que os pasa es la prueba de ello; nada imagináis más allá del sentimiento puro y delicado de vuestro corazón. Ver á la condesa, decirle frases dulces, oír su voz argentina, prodigarla mil pequeñas atenciones : he aquí la extensión y el término de vuestros deseos, y todo eso constituye para vos la suprema felicidad. Lejos de vos esos sentimientos groseros con los que substituyo vuestra sublime metafísica. Sentimientos hechos para las almas terrestres, ocupadas únicamente con los placeres sensuales. ¡ Cuán grande mi error ! ¿ Cómo imaginar que la condesa se dejase amar por motivos tan poco dignos de ella ? Si ella supusiera en vos semejantes pensamientos, ¿ no os expondríais infaliblemente á su odio, á su desprecio, etc., etc. ?

¿ No son esos los inconvenientes que oponéis á mi moral ? ¡ Pobre marqués ! Os habéis equivocado sobre las verdaderas causas de vuestros sentimientos. Prestadme toda vuestra atención ; quiero sacaros del

La prueba de que los grandes sentimientos no son más que quimeras del orgullo y de la prevención, es que en nuestros días no vemos ese gusto de mística galantería, esas pasiones gigantescas. Á la opinión mejor formada unís el ridículo; muchas veces los hombres os asombráis al ver que por ciertas ideas habéis sentido hasta idolatría y, sin embargo, se pasa el entusiasmo y las calificáis sin vacilar de ridículas; las ideas pasan como las modas. Ya os convenceréis al fin de que el amor para ser verdadero y para hacernos felices, lejos de ser tratado como un asunto serio, reclama la alegría y la ligereza. Nada os hará apreciar tan bien mi afirmación como la continuación de vuestra aventura. Porque yo creo que la condesa es la menos susceptible de una pasión triste. Con vuestros grandes sentimientos terminaréis por molestarla. Os lo advierto.

Mi indisposición continúa. De buena gana os diría que no salgo en todo el día; pero ¿no equivaldría eso á daros una cita? Sin embargo, si quisierais venir á decirme lo que pensáis del *Bajazet* de M. Racine, os lo agradecería. Se dice que la Champmeslé se ha excedido á sí misma.

Releo mi carta, marqués, y esta lectura me infunde mal humor contra vos. Veo que la verdad es una enfermedad que se adquiere por contagio. Pensad cuánta vais á poner en el amor, porque la comunicáis hasta á las que quieren desengañaros. Es cosa rara. Para probaros que el amor debe ser tomado alegremente, ha sido preciso adoptar un tono serio.

tesis que acabo de sostener, se puso furiosa. Pues qué — me dijo con indignación, — ¿pretendéis que una mujer virtuosa y que tiene intenciones tan honestas como la de casarse, se rija por consideraciones tan extrañas? Capaz sois de pensar que yo que por virtud me he casado tres veces y que por cuidar á mis maridos nunca he querido dormir en otra cama, he obrado así para procurarme lo que llamáis placeres. Si eso creyeráis, os equivocaríaís por completo. Nunca he rehusado el cumplimiento de los deberes de mi estado; pero os aseguro que la mayor parte del tiempo me prestaba á ello por complacencia ó por distracción y siempre murmurando contra las importunaciones de los hombres. Se ama á los hombres y se casa una con ellos por sus cualidades de corazón y espíritu y nunca una mujer, si no es de esas que no quiero nombrar, se fija en otras cualidades... La interrumpí y, más por malicia que por otra cosa, llevé más lejos aún el razonamiento. La hice notar que lo que ella decía era una prueba más de la exactitud de mis ideas. La razón que deducís — la dije — de las aspiraciones legítimas al matrimonio, prueba que los que las tienen tienden al mismo objeto que los amantes vulgares, tal vez de mejor fe, con la sola diferencia de que quieren una ceremonia más. Estas palabras acabaron de indignar á mi adversaria. Unís — me dijo apartándose de mí — la impiedad al libertinaje. Cuando se separó de mí me informé. ¿Hubierais adivinado, marqués, que esta mojígata tan delicada había tenido con sus maridos, los tres jóvenes y vigorosos, tan frecuentes distracciones que los enterró en muy poco tiempo?

Volved de vuestro error; abandonad vuestra quimera. Guardad para la amistad la delicadeza de los

error, pero con el tono que conviene á la importancia de lo que voy á decir. Estoy inspirada; siento la presencia del Dios que me anima. Me frote la frente con el gesto de la persona que medita profundas verdades y va á decir grandes cosas. Voy á razonar su forma. Los hombres por una rareza inconcebible se avergüenzan de seguir la inclinación recíproca que la naturaleza ha dado á los dos sexos. Sin embargo, se han dado cuenta de que en absoluto no podían ahogar su voz. ¿Qué han hecho para salir de este apuro? Han sustituido la exigencia humillante de satisfacer una necesidad con las apariencias de un afecto enteramente espiritual. Insensiblemente se han acostumbrado á entretenerse con mil pequeñeces sublimes; no era bastante y han llegado á creer que todo ese frívolo accesorio, obra de una imaginación calenturienta, se basaba en la esencia de su inclinación. Del amor han hecho una virtud ó, por lo menos, le han dado las apariencias. Pero destruyamos ese prestigio y pongamos un ejemplo.

En los comienzos de su amor, dos amantes se creen animados de los más delicados sentimientos. Agotan las finezas, las exageraciones, el entusiasmo de la más rebuscada metafísica y se embriagan por algún tiempo con la idea de sus excelencias. Pero sigámoles en sus relaciones; bien pronto la naturaleza recobra sus fueros y la vanidad, satisfecha con esas frases alambicadas, deja al corazón la libertad de sentir y expresarse, y despreciando los placeres del amor, llega un día en que esos amantes se asombran de encontrarse en el mismo punto que un campesino que hubiera comenzado por donde ellos han terminado.

Una gazmoña, ante la cual yo defendía un día la

CARTA X

¿Os ha impresionado lo que la condesa os ha dicho de su virtud y de la delicadeza que exigiría de un amante? ¿Pensáis que siempre será tan severa como os parece que lo es ahora? Lo que os he dicho no os convence. Hasta creéis hacerme gracia dudando de los principios que os he expuesto. Si os atrevierais los condenaríais irremisiblemente. Os creo de muy buena fe cuando empleáis ese lenguaje. No es vuestra la culpa si todavía no veis claro en vuestros propios asuntos; á medida que avancéis, la nube se disipará, y notaréis con sorpresa la verdad de lo que he dicho.

Mientras la sangre fría se conserva ó la pasión no ha llegado todavía al grado á que os conducen sus progresos, todo parece grave; la esperanza del menor favor es un crimen y temblando se permite el amante la caricia más inocente. Al principio nada se pide ó tan poco que la mujer se crea obligada á concederos la pequeñez perdida. Para obtener esa minucia se promete no pedir más y, sin embargo, mientras se hacen esas promesas continúa el avance y la familiaridad; ella os permite esa charla libre y des-

sentimientos. Tornad el amor tal cual es; cuanto más le prestéis de nobleza y dignidad más peligroso le haréis. Cuanto más sublime sea la idea que de él forméis tanto más injusta será en realidad. Creed á un hombre que conoce bien el corazón (1) : el que crea amar á su amante por amor de ella misma, se equivoca.

(1) M. de La Rochefoucauld.

y aprovechó la ocasión para decirle algunas galanterías sobre los encantos que nada habían perdido todavía de su frescura. Ella, riendo, no hizo caso del cumplido. Sin embargo, con la conversación, los dos se conmovieron un poco; algunas torpezas, de que ella al principio no se enteró y luego desconcertada fingió no enterarse, se convirtieron en decididos ataques; se turbaron, se enternecieron, y cuando ella creía todavía que aquello era un juego sin consecuencias, era ya culpable. Grandes fueron la sorpresa y el apuro después de un extravío semejante. Nunca pudieron comprender cómo fueron tan lejos sin tener el menor presentimiento. Tentada estoy de gritar aquí: ¡Mortales que os fiáis demasiado de vuestra virtud, temblad con este ejemplo! Por mucho valor que sea el vuestro hay instantes desgraciados en que la más virtuosa es la más débil. La razón de eso está en que la naturaleza vela siempre, tiende siempre á su fin. La necesidad de amar es una parte del ser de la mujer.

Lo que vuestra amable condesa os dice puede ser sincero actualmente, aunque en esos casos una mujer siempre exagera; pero se ilusiona demasiado si piensa conservar hasta el fin sentimientos tan severos y delicados. Estas metafísicas no difieren en el fondo de las otras. Sus apariencias son más imponentes, su moral más austera; pero examinad sus acciones y veréis cómo sus amores terminan como los de la mujer menos delicada. Un día, refiriéndome á ellas, decía yo á la reina de Suecia (1), que eran las jansenistas del amor. Debéis ponerlos en guardia, marqués, contra lo que las mujeres dicen en ese punto. Los

(1) Ninón vió á esta princesa en el viaje que hizo á Francia Véanse los autores citados en la carta preliminar.

envuelta que parece de importancia tan nimia que se la toleraría á otro hombre cualquiera; pero lo que parece de tan pocas consecuencias hoy, comparándolo con lo concedido ayer, es muy considerable en comparación con lo que se obtuvo el primer día. Una mujer tranquilizada por vuestra discreción no ve la gradación insensible de sus debilidades. Es tan dueña de sí misma y las minucias exigidas son tan fáciles de rehusarse, que cuenta poseer la misma fuerza cuando se la proponga algo más grave y llega á vanagloriarse de que su resistencia aumentará en proporción de la importancia de los favores que la exijan. De tal modo confía en su virtud que provoca el peligro con sus habilidades, ensaya sus fuerzas y quiere saber hasta donde pueden conducirla algunas ligeras complacencias. Llena de imprudencia acostumbra su imaginación á lo que terminará por seducirla. ¿Cuánto camino no recorrerá creyendo que no ha cambiado de posición? Y si por reflexión sobre el pasado se sorprende de haber concedido tanto, no lo será menos el amante de haberlo obtenido.

Voy más lejos aún. Estoy persuadida de que á veces no es preciso el amor para hacernos sucumbir. Conoci á una mujer de quien nunca se sospechó una aventura amorosa. Quince años de matrimonio no habían alterado su afecto por el marido; se les podía citar como modelo de casados. Un día en el campo, tanto se entretuvieron las amigas, que se vieron obligadas á acostarse en casa del matrimonio. Por la mañana ella estaba sola en su habitación, cuando un hombre, á quien trataba con bastante confianza, entró para dirigirla el cumplimiento que se hace en esos casos. Él se ofreció para ayudarla en su tocado con esos pequeños servicios de ninguna importancia,

CARTA XI

Estoy encantada de vuestra carta, marqués! ¿Sabéis por qué? Porque me ofrece una prueba evidente de lo que os anunciaba estos últimos días. Habéis olvidado toda vuestra metafísica. Me pintáis los encantos de la condesa con una complacencia que demuestra que vuestros sentimientos no son tan delicados como queríais hacer creer y como vos creíais de buena fe. Decídmelo francamente; si vuestro amor no fuese la obra de los sentidos, ¿tendríais tanto placer al describir su talle, sus ojos, que os encantan, y la boca que con tan vivos colores me pintáis? Si sólo os sedujeran las cualidades del corazón y del espíritu, hay una mujer de cincuenta años que en este respecto vale tal vez más que la condesa. La veis todos los días. ¿Por qué no os enamoráis de ella? ¿Por qué olvidará cien mujeres de su edad, de su fealdad y de su mérito que representarían el papel que vos representáis con la condesa? ¿Por qué deseáis con tanta pasión que os distinga más que á los demás? ¿Por qué inquietarse cuando les hace la insignificante cortesía? ¿La estima por los otros, disminuirá la que tenga por vos? ¿Se conocen en la metafísica las rivalidades y los celos?

bellos sistemas que exponen tan pomposamente no son más que vanos fantasmas para admirar á los que se dejan engañar. Á los ojos de un hombre experimentado toda esa serie de frases estudiadas no es más que una jactancia de la que se burla y que no le impide conocer los verdaderos sentimientos de las mujeres de ese carácter. Sus censuras al amor, la resistencia que le oponen, el poco gusto que afectan por sus placeres, el miedo que le tienen, todo eso no es amor, es rendirle un homenaje á su manera, es ocuparse de él. Sabe tomar en ellas mil formas diferentes; vive de su propia derrota, parece que se destruye para reinar mejor. ¡ Qué carta ! pero querer justificar su extensión, es alargarla más. Adiós.

CARTA XII

¡Es tomar las cosas muy á pecho, marqués!
¿Dos noches sin dormir? Eso es verdadero amor, no hay duda. Habéis hablado con los ojos, habéis expresado claramente vuestros sentimientos y no os ha hecho caso: esa conducta pide venganza. ¿Es posible que después de ocho días de astenciones y asiduidades, tenga el corazón tan bárbaro que no os dé la más pequeña esperanza? Una resistencia tan larga es hasta inverosímil. La condesa es una heroína del siglo pasado. Si ahora comenzáis á impacientaros, imaginad lo que hubierais tenido que sufrir en el caso de continuar aferrado á vuestros grandes sentimientos. Pero, hablando seriamente. ¿son justas vuestras quejas? Llamáis á la condesa, ingrata, insensible, desdeñosa, etc. ¿Con qué derecho habláis así? ¿No creeréis lo que os he dicho cien veces? El amor es un capricho involuntario hasta en el que lo siente. ¿Por qué el objeto amado ha de estar obligado al menor agradecimiento por un sentimiento ciego y nacido sin su consentimiento? Sois bien raros. Os ofendéis si una mujer no corresponde á las miradas que os dignáis dirigirla. Vuestro or-

No lo creo. Yo tengo amigos y no siento celos cuando aman á otra mujer. La amistad es un sentimiento que nada tiene de los sentidos; el alma sola recibe la impresión y el alma nada pierde de su precio entregándose á varios á la vez. Haced el paralelo con el amor y sentiréis la diferencia entre un amigo y un amante; confesaréis que en el fondo soy un poco más razonable de lo que habíais creído al principio, y que bien puede ocurrir que tengáis un alma tan terrestre como la de muchos á quienes habéis acusado de poco delicados. No quiero hacer el proceso de los hombres nada más; soy franca y creo que si las mujeres fueran sinceras, reconocerían que no son más delicadas que vosotros. Si ellas no pensasen más que en los placeres del alma, si no esperasen agradar más que por el espíritu y el buen carácter, ¿dedicarían á agradar por los encantos corporales? ¿Qué hace al alma un bello cutis, una cintura elegante, un brazo bien formado? ¡Cuántas contradicciones entre sus verdaderos sentimientos y los que ostentan! Miradlas y os persuadiréis de que su único propósito es el de hacerse valer por los encantos sensibles, porque á los demás no les conceden importancia. Escuchadlas, y os parecerá que la belleza de su cuerpo no les importa gran cosa. Pero yo quiero disipar vuestro error en este respecto, á pesar de que ellas no tardarán en desengañaros y os inspirarán sentimientos opuestos por completo á los que hoy abrigáis.

Debo ir esta noche á casa de M^{lle}. de Raymond para oír á los dos Camus y á Itier, que nos darán un concierto; allí estarán también M^{mes}. de la Sablière, de Salins y de Monsoreau con M^{lle}. de Tiennes. ¿Faltaréis á una reunión así?

CARTA XIII

¿Os enfadáis, marqués, porque hablo, humorísticamente del estado en que os halláis? Queréis que mire vuestra aventura como cosa seria; me guardaré bien de ello. ¿No observáis que soy consecuente con mis principios? Hablo con ligereza de una cosa que creo frívola ó simplemente divertida. Cuando se trate de un asunto del cual dependa una felicidad duradera, ya veréis como adopto el tono que convenga. No quiero compadeceros, porque estoy persuadida de que no hay motivo para ello. Con un juego de imaginación, lo que os parece pena puede convertirse en placer. Para triunfar, servíos de mi receta y os irá muy bien. Y vamos al segundo párrafo de vuestra carta.

Estáis asombrado — me decís — de las frialdades de la condesa, que no creéis sinceras. Según vos, la culpa es de la indiscreción de los amigos. Lo bueno que de vos dejo á éstos, ha sido la causa principal de la inclinación que por ella sentís. Reconozco á los hombres en ese rasgo. La palabra más insignificante escapada á una mujer, les hace creer que ella piensa en ellos con miras amorosas. Todo lo atribuyen

gullo sublevado la acusa de injusta, como si tuviera la culpa de que no produzcáis en ella ningún efecto. ¿Es responsable la condesa de no haber perdido el seso como vos habéis dado comienzo á vuestras extravagancias? Dejad de acusarla y de quejaros y tratad de comunicarla vuestra enfermedad. Os conozco; sois seductor. Tal vez muy pronto, demasiado pronto para su tranquilidad, sienta ella de acuerdo con vuestros deseos. Creo que la condesa tiene todo lo necesario para subyugaros y para inspiraros los goces que para vuestra felicidad os deseo. Pero no la creo susceptible de una afección seria. Viva, locuela, inconsecuente, dominante, decidida, no dejará de preocuparos más tal vez de lo que quisierais. Una mujer dócil y acariciadora terminaría por fastidiaros. Hay que trataros militarmente para que no os aburráis y levantéis el vuelo. Si no se os trata así, pronto nos menospreciáis, os erigís en tiranos y acabáis por desdeñarnos, porque os disgustáis y porque sois inconstantes. ¿Habéis encontrado acaso lo que os hace falta en esa pequeña amante que causa vuestro doloroso martirio? ¡Pobre marqués! ¡Cuántas tormentas tendréis que soportar! ¡Cuántas querellas preveo! ¡Cuántos juramentos, cuántos desdenes! Esa agitación se convertirá en suplicio, si os empeñáis en conducirlos como héroe de novela; en cambi6, os sucederá lo contrario, si os portáis como persona razonable. ¿Debo continuar escribiéndoos? Los instantes que empleéis en leer mis cartas serán otros tantos hurtos al amor. ¡Cuánto me agradaría ser testigo de vuestra aventura! Para una persona de sangre fría, ¿hay espectáculo más divertido que las convulsiones de un hombre enamorado?

No os dejéis arrastrar por una falsa idea; la condesa puede haber hablado bien de vos con el solo designio de haceros justicia y sin llevar más lejos su intención; tened la seguridad de que sois injusto cuando la acusáis de falsedad con respecto á vos. Además, ¿porqué no querríais que ella os disimulase su inclinación, si se la hubierais inspirado? ¿No son dueñas las mujeres de ocultar sus sentimientos? ¿No justifica su conducta, el mal uso que hacéis de la certidumbre de ser amados?

á sus méritos; su vanidad se apropia de todo y de todo saca provecho. Á creerlos, nunca aman más que por agradecimiento, y las mujeres, en este respecto, no son más razonables que los hombres; de modo que la galantería es un comercio en el que queremos que los otros hayan sido los iniciadores y nosotros nos creemos sus deudores. Sin embargo, ¿cuántas veces no ocurre que el que cree amar por reconocimiento, es el iniciador de las relaciones? Si dos amantes quisieran hablar con sinceridad del comienzo y de los progresos de su pasión, ¿cuántas confesiones no se harían? Elisa, á quien Valero decía una galantería superficial, ha contestado, quizá sin darse cuenta, de un modo más afectuoso que el usado ordinariamente para recibir los meros cumplimientos. Esto es bastante para que la vanidad de Valero se exalte y se ponga tierno con Elisa. El fuego se acentúa por las dos partes, estalla y ya hay una pasión en forma. Si dijeran á Elisa que ella es la que ha empezado, nada le parecería tan injusto y, sin embargo, nada sería tan verdadero. De eso deduzco que el amor es casi siempre menos la obra de esa simpatía, calificada de invencible que la de nuestra vanidad. Observad el nacimiento de todas las relaciones de amor; comienzan por alabanzas recíprocas. Se dice que es la locura la que conduce al amor; yo diría que es el halago, y que no se puede obtener el corazón de una bella, si antes no se paga tributo á la vanidad. Unid á todo eso la necesidad que tenemos de amar y que tanto nos ilusiona. Semejantes á esos entusiastas que, por la fuerza de su imaginación, creen ver realmente los objetos que sólo existen en su mente, nos figuramos en los otros los sentimientos que en ellos deseamos encontrar.

mar que hayáis enternecido ese corazón de roca? Mucho me alegro de que sea así; pero me río al veros interpretar los sentimientos de la condesa. Compartís con los demás hombres un error del que hay que desengañaros, por muy halagador que para vos sea ese error. Todos creéis que vuestro mérito enciende las pasiones en el corazón de los hombres y que las cualidades de corazón y espíritu son las únicas causas del amor que sienten por vosotros. ¡Qué error! Si creéis en él es porque satisface vuestro orgullo. Pero observad sin prevención el motivo que os determina y reconoceréis que os engañáis y que nos engañáis; que bien mirado sois las víctimas de vuestra vanidad y de la nuestra; que el mérito de la persona amada no es más que la ocasión ó la excusa del amor y no su verdadera causa; que todas esas sublimidades de que blasonan lo mismo los hombres que las mujeres, no son más que el disfraz del deseo de satisfacer esa necesidad que es el primer móvil de la pasión. Os digo una verdad dura y humillante, pero verdad al fin. Las mujeres entramos en el mundo con esa necesidad indeterminada de amar y si amamos á uno antes que á otro — digámoslo de buena fe, — cedemos menos al conocimiento del mérito que á un instinto maquinal y casi siempre ciego. Esto se prueba fácilmente recordando que á veces nos enamoramos locamente de desconocidos ó al menos de hombres á quienes no conocemos á fondo para darles nuestro corazón, y así nuestra elección ya es imprudente en su origen. Nos enamoramos siempre sin un examen suficiente; por eso comparo el amor con el apetito que se siente por un plato más que por otro sin poder dar la razón de la preferencia. Disipo cruelmente las quimeras de vuestro amor propio, pero os digo la verdad. Estáis

CARTA XIV

No, marqués; la curiosidad de M^{me}. de Sévigné no me ha confundido. Al contrario, me agrada que haya leído las cartas que os escribo. Creía sin duda que eran cartas amorosas y se habrá convencido de que no hay tal cosa. Así sabrá que soy menos frívola de lo que se había imaginado y tendrá de Ninón otra idea muy distinta de la que ha tenido hasta ahora. Porque no ignoro que ella habla de mí de un modo no muy halagüeño (1). Pero su injusticia no influirá para nada en la amistad que os profeso. Tengo la suficiente filosofía para consolarme de no obtener el sufragio de las personas que me juzgan sin conocerme. Ocurra lo que ocurra, continuaré hablándoos con mi sinceridad ordinaria. Estoy segura de que M^{me}. de Sévigné, á pesar de su gran delicadeza, será muchas veces de mi opinión, aunque no lo parezca.

Y vamos á lo que os interesa.

Después de penas y cuidados infinitos ¿podéis afir-

(1) M^{me}. de Sévigné, en sus cartas de M^{lle}. de Lenclós da una idea menos favorable que las de otros autores de su tiempo, porque le atribuía la disipación en que el marqués de Sévigné pasó los primeros años de su vida.

juzgad de mi amistad, puesto que á costa de mi sexo procuro iluminaros en estas cuestiones. Quanto más conozcáis á las mujeres, menos locuras os harán cometer.

orgullosa del amor de una mujer, porque creéis que ella supone mérito en el objeto amado; la hacéis demasiado honor, ó mejor dicho, tenéis muy buena opinión de vos mismo. Creedme, no es por vosotros por lo que os amamos; hay que hablar con sinceridad; en amor no buscamos más que nuestra propia felicidad.

El capricho, el interés, la vanidad, el temperamento, la inquietud del corazón cuando está desocupado; esos son los grandes sentimientos que queremos divinizar. No son las grandes cualidades las que nos conmueven; si entran por algo en las razones que nos determinan en vuestro favor, no es el corazón el que recibe la impresión, es la vanidad; y la mayor parte de las cosas que nos agradan en vos, bien apreciadas, os hacen con frecuencia ridículos y despreciables. Pero ¿qué queréis? Necesitamos un adorador que nos mantenga en la idea de nuestra superioridad; nos hace falta alguien que satisfaga nuestros caprichos; necesitamos un hombre. El azar nos presenta á uno antes que á otro, le aceptamos, pero no le escogemos. Creéis ser objeto de un desinteresado afecto, creéis que las mujeres os aman por vosotros mismos. ¡Pobres víctimas! Sois los instrumentos de sus placeres ó los piquetes de sus caprichos. Es preciso, no obstante, hacerlas justicia: si sois lo que acabo de decir no es por intencionado impulso de ellas. Los sentimientos que expongo aquí, no los comprenden claramente; con la mejor fe del mundo imaginan que su pasión tiene por base las grandes ideas de que se alimentan su vanidad y la vuestra; por eso sería injusticia acusarlas de falsedad en amor; pero sin saberlo, se engañan y os engañan.

Ya veis los importantes secretos que os descubro,

por deprimir á las mujeres. He querido que comprendierais que las mujeres en ese respecto, sin ser más culpables que los hombres, son más peligrosas, porque están habituada á ocultar sus sentimientos mejor que vosotros. En efecto, vosotros declararéis muy pronto cuál es el objeto de vuestro amor y ellas no. Sin embargo, cuando os aseguran que su inclinación por vosotros está fundada en el reconocimiento de vuestro mérito y buenas cualidades, son sinceras — ya os he dicho que estoy persuadida de ello. Ni siquiera dudo de que cuando se dén cuenta de una disminución de delicadeza en su manera de pensar, procurarán ocultárselo á sí mismas. Pero los motivos de que os he hablado no existen menos en el fondo de sus corazones; son las verdaderas causas de la inclinación que sienten por vosotros, y por muchos esfuerzos que hagan para creer que su amor obedece á causas completamente espirituales, su deseo en nada altera la naturaleza de las cosas. Ellas disimulan esa deformidad moral con tanto cuidado como el que emplearían para ocultar unos dientes que desfiguraran una cara hermosa y expresiva. No se atreverían á abrir la boca ni aun estando solas, y en fuerza de ocultar á los demás ese defecto y hasta á ellas mismas, llegarían á olvidarlo ó á no concederle importancia. Á pesar de todo, convengo con vos, en que perderíais mucho si ellas y vosotros os mostraseis como sois. El mundo ha acordado representar una comedia; y confesar los verdaderos sentimientos sería impropio de un actor, sería sustituir lo que se ha convenido fingir con el carácter real. Gocemos del encantamiento sin querer conocer el encanto que nos seduce. Anatomizar el amor es curarse de él. Psyché lo perdió, porque quiso conocerlo. Á punto estoy de creer que esta fábula es una

CARTA XV

En verdad, marqués, que no comprendo cómo podéis soportar el tono serio que empleo á veces para escribiros. Parece que es mi propósito arrebatáros las ilusiones agradables para sustituirlas con mortificantes verdades. Sin embargo, es necesario que yo prescindiera de la manía de decir cosas desagradables. Comprendo que son más á propósito para agradar las mentiras halagüeñas que las frases excesivamente razonadas : pero mi carácter es como es, bien á pesar mío. Hoy siento en mí un acceso de filosofía y es preciso que os resolváis á sufrir la granizada de moral que os preparo. En lo sucesivo os prometo más alegría. Y contesto á vuestra carta.

No cambiaré de modo de pensar aunque censuréis la opinión que acerca de mi sexo exponía en mi carta anterior. ¿Es culpa mía si la conducta de las mujeres me proporciona verdades desagradables que mostráros. Por otra parte, ¿no sabéis que una mujer es el ser que habla peor de las mujeres?

Quiero justificarme muy seriamente de los cargos que me hacéis. No soy envidiosa ni injusta. Si he hablado de mi sexo más que del vuestro, no ha sido

tal ó cual manera. Pero después de todo han tomado el mejor partido : el de explicarlo todo en su provecho, indemnizarse con la imaginación de su miseria real y acostúmbrase, como creo habérselo ya dicho, á divinizar todos sus sentimientos. Como todas lo encuentran muy bien para su vanidad, nadie se ha ocupado de reformar este uso, ni siquiera de examinar si era un error. Adiós. Si queréis venir esta noche, encontraréis en mi casa gentes que, por su alegría, os desquitarán de la seriedad de mis palabras.

lección para el que quiere analizar los placeres.

Quiero corregirme. Si yo os he dicho que no estáis en lo cierto al enorgulleceros con la elección que hacen las mujeres y con sus sentimientos por vosotros; si he dicho que los motivos que las determinan nada tienen de sublimes, añadido ahora que ellas se equivocan del mismo modo, si imaginan que el amor que las declaráis y que las sirve de galardón, es producido siempre por la fuerza de sus encantos ó por la impresión de su mérito. ¿Cuántas veces ocurre que esos hombres que las atacan tan respetuosamente, que hacen gala de sentimientos tan delicados, tan halagadores para la vanidad, que parece que respiran por ellas y para ellas, y que no tienen otro deseo que la felicidad de la amante, cuántas veces, repito, esos hombres que alardean de tan hermosos sentimientos, son impulsados por razones completamente opuestas? Estudiad, penetrad en el fondo de esas almas y veréis en el corazón de éste, en lugar de un amor desinteresado, los deseos más imperiosos; en el de aquél el ansia de vuestra fortuna, la gloria de tener una mujer de una clase elevada; en un tercero encontraréis motivos aun más humillantes: serviréis para dar celos á otra mujer á quien ama realmente. Habrá intimado con vos para contraer un mérito, despidiéndoo ruidosamente. ¿Qué más os he de decir? El corazón es un insoluble enigma. Es un compuesto extraño de las cosas más opuestas. Creemos conocer lo que pasa en él y sólo conocemos el efecto, pero ignoramos la causa. Aunque exprese sentimientos con sinceridad, no hagáis mucho caso de ella. Puede suceder que sus impulsos tengan causas contrarias á la que creemos sentir. Así los hombres y las mujeres no saben casi nunca á punto fijo lo que les hace querer ó sentir de

tanto más respeto le exigimos. Alguno diría : ¡ Por Dios! no supongáis tanta virtud por piedad á nosotros. Capaces seréis los hombres de ponernos en la necesidad de anteponer á todo nuestra virtud. No consideréis nuestra conquista como una cosa de importancia excepcional; guardaos de pensar en nuestra caída como en un asunto de difícil solución. Acostumbrad por grados á nuestra imaginación á veros dudar de nuestra indiferencia. Frecuentemente el medio más seguro de ser amado es aparentar que se está convencido de ello. Una manera de pensar despreocupada nos infunde confianza. Desde que vemos á un amante — completamente persuadido de nuestro reconocimiento — tratarnos con las atenciones que exige la vanidad, terminaremos sin notar que procederá lo mismo aunque esté seguro de nuestra inclinación por él. ¿Qué confianza no nos inspirará? ¿De qué avances en su empresa no podrá jactarse? Pero si él nos hace comprender que está en guardia, ya no será nuestro corazón lo que defenderemos; no será la virtud la que combatirá, sino el orgullo, y el orgullo es el más cruel enemigo que encontraréis en las mujeres. Nos empeñamos en disimular nuestro consentimiento en dejarnos amar; poned á una mujer en situación de decirse que no ha cedido más que á una especie de violencia ó de sorpresa, persuadidla de que nada ha perdido á vuestros ojos, y os respondo de su corazón. Tratad á la condesa como lo exige su carácter : es alegre y bulliciosa y por la alegría se la conduce al amor. Que ni ella misma se dé cuenta de que os distingue, y sed tan jovial como ella loca. Estableceos en su corazón sin advertirla de vuestro designio. Nos amará sin saberlo; y algún día se admirará de haber recorrido tanto camino sin sentirlo apenas.

CARTA XVI

¿Es posible lo que me escribís, marqués? ¿Qué la condesa persiste en trataros con tanto rigor? ¿Creéis que la despreocupación con que recibe todas vuestras galanterías anuncia una indiferencia que os desespera? Me parece que he adivinado el nudo del enigma. Os conozco. Sois alegre, locuelo, atrevido con las mujeres cuando no os interesan. Pero las que os impresionan — lo he observado, — os vuelven tímido, cualidad que podría seducir á una burguesa y que ahora es inútil, porque al corazón de una mujer de mundo hay que atacarlo con otras armas. La condesa tiene experiencia. Creedme y abandonad á los Cupidos las frases sublimes, los bellos sentimientos, dejadles alimentar el tiempo que quieran su amor prudente y romancesco. Yo os digo en nombre de las mujeres : la mayor parte de nosotras prefieren ser tratadas un poco bruscamente que con exageradas atenciones. Los hombres fracasan muchas veces más por su torpeza que por los obstáculos que oponga la virtud á sus deseos.

Cuanto más tímido se nos muestra un amante, tanto más se interesa nuestro orgullo por aumentar su timidez; cuanto más miramiento á nuestra resistencia,

á la condesa; sois vos el que pone dificultades. Un poco más de astucia por vuestra parte y todo quedaría perfectamente. Acordaos de lo que os decía M. de La Rochefoucauld : un hombre distinguido puede enamorarse como un loco, pero nunca como un estúpido.

Por otra parte, cuando comparáis vuestro respeto y vuestra estimación con los aires libres y casi indecentes del caballero, cuando sacáis la consecuencia de que debía preferiros, no os podéis figurar lo desviado que vais en vuestros razonamientos. El caballero es galante nada más y lo que dice no tiene valor. La frivolidad, la costumbre de acercarse á todas las mujeres hermosas que ve le hacen hablar. En sus aventuras, el amor juega un papel muy insignificante. Como la mariposa, en cada flor se detiene un instante. Una diversión pasajera es su objeto. Tanta frivolidad no alarma á una mujer; goza, por el contrario, con el pequeño peligro que corre escuchando á un hombre así. La condesa sabe apreciar en lo que valen las frases del caballero; le conoce como hombre cuyo corazón está seco. Las mujeres aficionadas á los problemas de la metafísica amorosa saben de sobra la diferencia entre un amante de esa clase y un hombre como vos. Por eso seréis siempre más temible y más temido. Pregonáis vuestra estimación afectuosa y yo os respondo de que no hay tal cosa y la condesa no lo ignora. Nada tiene un fin tan poco respetuoso como esa pasión. Á diferencia del caballero exigís reconocimiento, preferencias, reciprocidad, hasta sacrificios; la condesa ve esas pretensiones, y si no las distingue netamente en la nube que todavía las envuelve la naturaleza, le da el presentimiento de lo que podrá costarla el

CARTA XVII

Con seguridad, marqués, que vais á creerme más cruel aún que á la condesa. Si ella es la causa de vuestros malos ratos, yo hago algo peor: me entran ganas de reir. Conozco vuestras penas tan bien como vos y el apuro en que os halláis me parece muy grande. En efecto, ¿cómo aventurar una declaración de amor á una mujer que se complace en alejar todas las ocasiones? Tan pronto parece enamorada, como es la mujer de mundo más inatenta á todo lo que hacéis para agradarla. Escucharía con gusto y respondería alegremente á las frases atrevidas y á los requiebros de un caballero cualquiera, de un preceptor insignificante; con vos habla seriamente ó con aire distraído; si adoptáis un acento tierno y afectuoso os contesta una broma ó cambia de conversación. Todo eso os intimida, os inquieta y os desespera. ¡Pobre marqués!... pues bien, os aseguro que eso es amor. Las distracciones que afecta y la inatención de que se disfraza os dan á comprender que en el fondo no es indiferente. Pero vuestra falta de habilidad, las consecuencias que deben seguir á una pasión así, el interés que se presta á vuestra situación, intimidan

al comenzar nuestra correspondencia. Pocas cosas digo en mis cartas que no hayan sido materia de conversación en la sociedad de mis amigas. Rara vez os expongo ideas sin haber recogido opiniones autorizadas sobre su mayor ó menor exactitud. Unas veces consulto á M. de la Bruyère, otras á M. de Saint-Evremond ó al abate de Chateauneuf. Admirad mi buena fe; podría atribuirme la gloria de lo que os escribo y confieso francamente que pertenece por entero á las personas que recibo en mi casa. Y ya que hablo de hombres de mérito distinguido, os diré que M. de La Rochefoucauld acaba de enviarme recado para que vaya á verle. Iré mañana. Deberais encontraros allí; no ignoráis cuánto os estima. Adiós.

concederos la más pequeña facilidad de avance en una pasión que sin género de duda comparte ya. Rara vez examinan las mujeres las razones que las determinan á entregarse ó á resistir. No las divierte indagar ni definir; pero sienten y el sentimiento en ellas es certero, porque ocupa el lugar de las luces y de las reflexiones. Es una especie de instinto lo que las advierte en caso de necesidad y las guía mejor que la razón más clara. Vuestra bella Adelaida quiere gozar — todo el tiempo que pueda — del *incógnito*. Este proyecto está en armonía con su conveniencia y, sin embargo, pienso que no es obra de la reflexión. No ve que la pasión contenida al exterior causará más impresión y hará más progresos en el interior : dejadla echar profundas raíces y dad á ese fuego, que quiere permanecer oculto, el tiempo de devorar el corazón que lo contiene.

Convenid, además, marqués, en que os habéis equivocado de dos maneras : habéis creído que respetabais á la condesa más que al caballero; ved por el contrario que los requiebros de éste son sin consecuencias en tanto que vos queréis el corazón de la bella. Por otra parte, os habías figurado que el aire distraído, indiferente que finge con vos era una prueba, un presagio de vuestra desgracia. Desengaños. No hay más prueba de una pasión que los esfuerzos que se hacen por ocultarla. Desde el momento que la condesa os corresponde con dulzura á algunas muestras de vuestro amor y que os ve sin cólera dispuesto á confesaros con ella, su corazón se interesa, os ama. Os doy mi palabra.

¡ Ah! Me olvidaba de contestar precisamente al párrafo de vuestra carta, que me concierne. Sí, marqués, sigo constantemente el método que me prescribí

que debéis acatar. Con vuestro aspecto circunspecto y pretendidamente respetuoso parecéis un hombre que medita algo de mucha importancia, un hombre que quiere jugar una mala partida, como se dice vulgarmente. Vuestras demostraciones son inquietantes para una mujer que conoce las consecuencias de una pasión como la vuestra. Pensad que si la dejáis percibir los preparativos de un ataque, la encontraréis siempre sobre las armas. ¿Habéis visto alguna vez que un general deseoso de sorprender una plaza anuncie con sus movimientos al enemigo por qué lado va á iniciar el ataque? ¿O es que en el amor, lo mismo que en la guerra se pregunta al vencedor si debe sus triunfos á la fuerza ó á la astucia? Vence, recibe la corona, quedan satisfechas sus aspiraciones, es feliz; seguid su ejemplo y experimentaréis los mismos efectos. No descubráis todo el alcance de vuestros propósitos más que cuando nada pueda oponerse al éxito; que el combate se haya dado y que la victoria esté asegurada antes de que hagáis vuestra declaración de guerra; imitad á esos pueblos belicosos cuyas intenciones y propósitos sólo se saben por los estragos que dejan en su camino.

CARTA XVIII

He reflexionado acerca de la situación en que os halláis y sobre el apuro que tan indeciso os trae y tanto os preocupa. Pero, después de todo, ¿creéis que sea necesario hacer en forma una declaración de amor? ¿Es que habéis leído en nuestros antiguos novelistas que en la galantería se procedía con la misma regularidad que en los tribunales? Eso sería portarse con demasiado formulismo. Creedme, dejad — como os decía en mi anterior — que el fuego se encienda y que tome cada día más incremento y veréis que sin deciros que os amáis avanzaréis más que si os hubiereis arrullado con declaraciones de las que empleaban nuestros abuelos. Confesiones de amor, que son en absoluto inútiles y que esparcen en una pasión días nebulosos. Suspended por completo los avances. Tened esto muy presente, marqués : una mujer se persuade de que es amada mucho mejor por lo que adivina que por lo que se le dice. Proceded como si hubiereis hecho la declaración que tanto os preocupa ó imitad al caballero tomando su aire desenvuelto y superficial. La conducta que delante de vos sigue con él la condesa es una ley

con esas palabras. ¿Queréis que os diga el verdadero valor de sus frases? Está impresionada é interesada por vuestra pasión, pero las quejas y las desgracias de sus amigas la han convencido de que las amorosas protestas de los hombres casi siempre son falsas. No concibo lo injustas que son en este respecto; porque yo, que no gusto de halagarles, estoy segura de que en estas ocasiones casi siempre son sinceros. Se enamoran de una mujer, es decir, sienten deseos de poseerla; les seduce el cuadro encantador que de esta posesión se forjan; piensan que las delicias que imaginan nunca terminarán; creen que el fuego que les devora no se apagará ni debilitará; es una cosa que les parece imposible. Nos juran con la mejor fe del mundo que nunca dejarán de amarnos; dudar de ello sería inferirles una injuria mortal. Sin embargo, prometen más de lo que pueden cumplir. No ven que su corazón no puede siempre estar lleno con el mismo objeto. Cesan de amar sin saber por qué. Y son hasta lo suficientemente buenos para tener escrúpulos de su sufrimiento. Dicen por espacio de mucho tiempo que todavía aman, sin ser ya verdad y se baten en retirada. Después de mucho dudar ceden al disgusto y son tan inconstantes como enamorados antes, con la misma buena fe en su inconstancia de ahora como en su amor de antes. Nada más sencillo. La fermentación que un amor naciente excitada en sus corazones era causa del encanto que las seducía; el encanto se ha disipado y al encanto sucede la sangre fría, ¿qué podemos imputarles? Contaban con la posibilidad de cumplir su palabra. ¡Cuántas mujeres se felicitan de la versatilidad de los hombres, porque por ella dan libre carrera á su ligereza!

CARTA XIX

Sin enfadarme, querido marqués, os oigo asegurar que amáis y jurar por todo lo más sagrado para los amantes que jamás dejaréis de amar. ¿Creeréis mis profecías una vez siquiera? Os tratarían mejor si fuereis razonable y os limitaseis á los sentimientos de la simple amistad. El nombre de amante que adoptáis asusta á la condesa. No disputéis por los nombres con tal de que la cosa sea la misma en el fondo y seguid el consejo que M. de La Sablière os da en este madrigal :

Belisa no quiere amante
Sólo quiere un amigo fiel
Que la atienda, que la ame, que la mime
Que la encuentre hasta bella.
Amantes que suspiráis por ella
Os doy mi palabra de honor,
De que sólo el nombre odia del amor.

Os desesperan las dudas injuriosas acerca de vuestra sinceridad y de vuestra constancia. No quiere creerlos, porque todos los hombres son falsos y perjuros; rehusa amaros, porque todos los hombres son inconstantes. Soy feliz y la condesa conoce muy mal su propio corazón, si cree persuadiros de su indiferencia

garme, porque tengo miedo de que mi felicidad sea tan corta. ¡Qué débil sería mi resistencia si pudiera esperar en la duración de tanta dicha!... ¿No abusaréis de mi credulidad? ¿No me castigaréis algún día por haber tenido demasiada confianza? ¡Ah! Si supiera que iba á recoger por largo tiempo los frutos del sacrificio de mi tranquilidad, os confieso que nos pondríamos de acuerdo en muy poco tiempo.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que vos pagáis la culpa de vuestros semejantes; la condesa teme que os parezcáis á los demás amantes. Dispuesta á ceder á poco que insistáis, busca razones para creeros sincero. El amor que la juráis no la ofende, ¿qué digo? la encanta. Tan halagada está que todo su temor consiste en que no sea verdadero; disipad sus alarmas, mostradle que la dicha que la dais y cuyo precio conoce no es una dicha imaginaria; persuadidla de que siempre la gozará y su resistencia se habrá esfumado, sus dudas se disiparán y se acogerá con avidez á todo lo que pueda destruir sus sospechas y su inquietud. Os hubiera creído, la hubierais determinado al placer de verse amada si pensara serlo y serlo para siempre. ¡Qué torpes que son las mujeres si con sus temores y con sus dudas sobre la sinceridad y sobre la constancia de los hombres pretenden hacer creer que huyen ó desprecian el amor. Desde el momento que temen que las engañan haciéndoles esperar que gozarán de todas las dulzuras; desde el momento que temen que el idilio no dure mucho tiempo, conocen ya los encantos del amor y lo que las inquieta es verse privadas de ellos demasiado pronto. Combatidas sin cesar por ese temor y por el atractivo poderoso que las empuja al placer, vacilan; tiemblan á la suposición de la brevedad de las horas felices. Por eso, marqués, figuraos que toda mujer que emplea el lenguaje de la condesa, os dice: Me imagino perfectamente todas las delicias del amor; seductora es la idea que de ellas me formo. ¿Creéis que en el fondo deseo menos que vos gozar de tales encantos? Pero cuanto más hermosa es la imagen que del amor me forjo, más grande es mi temor de que sea una bella quimera y rehusó enрте-

mino; no demostréis demasiado amor para que la condesa no recele del exceso de pasión. Dadla algunas inquietudes; obligadla á que haga algún esfuerzo para reteneros, infundiéndola el temor de vuestro alejamiento. Ninguna mujer os tratará con tanta cortesía y frialdad como la que os crea demasiado enamorado para volver la espalda. Su virtud, menos que su orgullo, la hace intratable. Semejante al comerciante que ve muchos deseos de poseer su artículo, ella os trata con muy poco cuidado. Moderad vuestra imprudente vivacidad. Mostrad menos apasionamiento y la excitaréis más. Nunca sentimos tanto el valor de un bien como en el momento que hay peligro de perderlo. En el amor es indispensable cierta habilidad para bien de los dos enamorados. Yo llegaría hasta el extremo de aconsejaros que fueseis un poco maligno. En otra ocasión, valdrá más ser engañado que burlador; pero en galantería los tontos son los engañados y los otros tienen siempre un coro de risas que celebra sus hazañas. Adiós.

Me doy cuenta ahora de que termino sin dirigiros una sola frase de consuelo. No hay que desanimarse. Por muy temible que sea el caballero debéis tranquilizaros. Sospecho que la ingeniosa condesa lo ha puesto en juego para inquietaros nada más. No es que yo tenga deseo de adularos, pero valéis más que él. Sois joven, debutáis en el mundo; se os tiene por hombre que aun no ha amado. El caballero ha vivido: ¿Qué mujer no aprecia estas diferencias?

CARTA XX

El rival que os ha deparado la suerte me parece muy temible, porque sigue precisamente la norma de conducta que yo os aconsejaba. Conozco al caballero. Nadie más á propósito que él para tramar una seducción. Aseguraría que su corazón permanece virgen todavía. Ataca á la condesa á sangre fría; estáis perdido. Un amante tan apasionado como vos parecéis comete cien tonterías. Los mejores asuntos fracasan entre sus manos. Á cada momento da ventajas á su rival. Se perjudica constantemente unas veces por precipitación, por timidez otras. Pierde mil pequeñas ocasiones, de esas que siempre hacen ganar algún terreno. Por el contrario, un hombre que hace el amor por el solo placer de hacerlo aprovecha todas las circunstancias por insignificantes que sean, nada se le escapa, conoce el punto sensible y concentra en él sus esfuerzos. Todo tiende al fin, todo es producto de un plan hábilmente combinado. Hasta sus imprudencias son con frecuencia el fruto de la más sana reflexión y adelantan el éxito; y llega á adquirir tal superioridad que hasta podría marcar la fecha del triunfo.

Guardaos bien, marqués, de recorrer todo el ca-

la galantería. Á pesar de vuestros grandes principios, convendréis conmigo en que cuando esa convención llamada cortesía, no se lleva hasta la ironía ni hasta la traición, es una virtud social el seguir sus mandatos y en que de todas las comunicaciones, la galantería es la que más necesita el no aparecer como se es en realidad. ¿Cuántas ocasiones no encontraréis en que un amante gana tanto disimulando el exceso de pasión como otro fingiendo más amor del que siente? Adivino á la condesa; es más astuta que vos. Estoy segura de que disimula su interés por vos con tanto cuidado como el que vos adoptáis multiplicando las pruebas de vuestro apasionamiento por ella. Os lo repito; cuanto menos os entreguéis, mejor os tratará. Procurad infundir en ella alguna inquietud; inspiradla el temor de perderos; vedla venir. Es el medio más seguro de conocer el verdadero puesto que ocupáis en su corazón. Adiós.

CARTA XXI

¡ Prohibid en el amor ! ¿ Lo habéis pensado bien, marqués ? Estáis á oscuras en esa cuestión. Me guardaré muy bien de enseñar vuestra carta, porque quedaríais deshonrado. ¿ Decís que no sabríais poner en práctica lo que os he aconsejado ? En otros tiempos vuestro candor, vuestros grandes sentimientos os hubieran valido de mucho. Entonces se trataba el amor como una cuestión de honor, pero hoy que todo está cambiado por la corrupción del siglo, el amor no es más que un juego del ingenio y de la vanidad. La inexperiencia comunica á vuestras virtudes una rigidez, que os perdería infaliblemente si no tuvierais el suficiente sentido práctico para acomodaros á las costumbres de nuestra época. Hoy todo es apariencia : nos pagamos de lo exterior, de las demostraciones, de los gestos. Todos representan la comedia y los hombres han tenido excelentes razones para hacerlo así. Han reconocido que nadie saldría ganando si los otros nos dijeran todo lo bueno y todo lo malo que de nosotros piensan. Se ha convenido en sustituir esta sinceridad por frases que expresan todo lo contrario. Y de esta manera de proceder se ha contagiado

confesárselo á sí misma. ¿Hay cosa más deliciosa que la de ver á un corazón interesarse sin darse cuenta de ello, enardecerse por grados y enternecerse por último. ¡Qué voluptuosidad la de gozar en secreto de todas esas fases de la pasión, pudiendo dirigir los movimientos de un corazón, acelerarlos y conseguir la victoria antes de que la bella sospeche su derrota! No os ha dicho *os amo*; pero si no lo ha dicho es porque os ama; y por persuadiros de ello ha hecho cuanto ha sido necesario.

Las mujeres con todas esas cosas no saben qué camino tomar. Desean tanto como vos confesar el amor que tanto os empeñáis en que se os declare; pero ¿qué le vamos á hacer, marqués? Las mujeres han agregado cierta vergüenza, cierto rubor á la confesión sincera de su pasión; esa confesión nos humilla siempre; por poca experiencia que tengamos sentimos todas las consecuencias que han de sobrevenir. El *yo os amo* en sí mismo nada tiene de peligroso, pero las consecuencias nos asustan. Además, vuestra perseverancia, exigiendo esa declaración, es menos efecto de vuestro amor que de vuestra vanidad; os equivocáis sobre los verdaderos motivos de esa insistencia. La naturaleza nos ha hecho presente de un admirable instinto que nos hace discernir con precisión todo lo que nace de la pasión y lo que á ella es extraño. Siempre indulgentes con los efectos que produce un amor que hemos inspirado, os perdonaremos las imprudencias, los arrebatos, todas las locuras de que sois capaces los amantes; pero desde el momento del encuentro de vuestro amor propio con el nuestro, seremos intratables. ¿Quién lo creería? Nos disgustáis por las cosas más indiferentes á vuestra felicidad. Vuestra vanidad se preocupa de minucias y os impide sabo-

CARTA XXII

Un silencio de diez días. Comenzáis á inquietarme seriamente, marqués. ¿Es que la aplicación de mis consejos ha sido feliz? Entonces os felicito por ello. Pero lo que no apruebo es que la negativa de una declaración definitiva, de una confesión sincera os ponga de mal humor. ¿Pensáis que el *yo os amo* es una cosa indispensable? Hace quince días que os propusisteis penetrar en los sentimientos de la condesa y habéis conseguido lo que queríais; conocéis su inclinación por vos. ¿Os hace falta algo más? ¿Qué declaración podría daros un derecho más seguro sobre su corazón? Realmente, sois muy singular; tened muy presente que nada es más á propósito para sublevar á una mujer razonable que esa terquedad con que los hombres vulgares exigen la confesión que se os rehusa. No os comprendo; á los ojos de un amante delicado esta negativa debe ser mil veces más estimable que una declaración positiva. ¿Queréis conocer vuestros verdaderos intereses? Lejos de perseguir á una mujer — ya os lo he dicho, — disimulad los progresos de su inclinación. Haced que os ame antes de que lo note, antes de ponerla en la necesidad de con-

CARTA XXIII

¿Me lo perdonaréis, marqués? Lo que os aflige me ha hecho reír. Tomáis las cosas muy en serio. Algunas imprudencias, decís, os han atraído la cólera de la condesa y vuestra inquietud es extraordinaria. Habéis besado su mano con transporte que ha notado todo el mundo y ella os ha reprochado públicamente la indiscreción. Las preferencias marcadas hacia ella — ofensivas siempre para las demás mujeres — os han expuesto á las picantes burlas de su cuñada, la marquesa. ¡Qué terribles acontecimientos! ¿Sois tan simple que os creéis perdido sin remedio por un enfado aparente y no habéis sospechado que interiormente estáis justificado? Á mí toca convenceros y para esto me veo obligada á revelaros extraños misterios á cuenta nuestra. Después de todo, no voy á hacer la apología de mi sexo. Os debo franqueza; eso he prometido y eso hago.

Una mujer está continuamente agitada por dos inconciliables pasiones : el deseo de agradar y el temor al deshonor. Por una parte ansiamos vivamente que nuestros encantos produzcan efecto; pre ocupadas sin cesar por el afán de notoriedad, deseando

rear goces exquisitos. ¿Me haréis caso? Abandonad esa manía para saborear la felicidad de ser amado por una mujer adorable, para gozar del placer de ocultárselo á ella misma; ¿qué ganaríais si á fuerza de importunarla la arrancaseis un *os amo*? ¿Terminaría vuestra incertidumbre? ¿Estaréis seguro de que no lo debéis más á la complacencia que al amor? Conozco á las mujeres. Se os puede engañar con una declaración muy pensada y que sólo la boca pronuncia; pero nunca por los testimonios involuntarios de una pasión que se quiere contener. Las confesiones verdaderamente halagadoras no son las que hacemos, sino las que se nos escapan.

dencia; ¿no es ese nuestro papel? ¿Es necesario decir cuál es el vuestro? He oído frecuentemente que tomar las leyes al pie de la letra, no es entenderlas. Estad seguros de que corresponderéis á nuestras intenciones si sabéis interpretarlas.

continuamente encontrar ocasión de humillar á las demás mujeres, querríamos hacerlas testigos de todas las preferencias que conseguimos y de todos los homenajes que nos rinden. No os podéis figurar en estos casos la medida de nuestra satisfacción. La desolación de las rivales, las indiscreciones que traicionan los sentimientos que inspiramos, nos encantan en razón directa de su desesperación. Semejantes imprudencias nos persuaden mucho mejor de que se nos ama que una circunspección incapaz de dar reputación á nuestros encantos.

Pero ¡ qué tanta amargura envenena placeres tan dulces ! Al lado de esas alegrías marcha la malignidad de las competidoras y tal vez vuestros desprecios. ¡ Qué fatalidad tan fastidiosa ! En el mundo no se aprecia la diferencia que existe entre las mujeres que os permiten amarlas y las que recompensan vuestro amor. Sola y á sangre fría una mujer razonable preferirá siempre la buena reputación á la celebridad. Ponedla frente á rivales que puedan disputarla el premio de belleza y aunque pierda la reputación de que se mostraba tan cuidadosa y aunque tengáis que comprometerla mil veces, nada para ella será igual, al placer de verse preferida. Después os recompensará por las preferencias; creará al principio que no las concede más que al reconocimiento; pero sus preferencias, además del pago de las vuestras, serán las pruebas de su interés por vos. Se teme parecer ingrata y se llega á ser tierna. No son vuestras indiscreciones lo que nos disgusta. Si parecemos ofendidas es que pagamos tributo á las conveniencias, y vosotros seríais los primeros en vituperar una excesiva indulgencia. No enfadarnos en esas ocasiones; sería ofendernos. Os recomendamos la discreción y la pru-

marcadas, los cuidados y atenciones más afectuosas le parecen los mejores medios para asegurar el triunfo; ¿y puede emplearlos sin que todo el mundo se dé cuenta, sin que las demás mujeres se ofendan y sin que se venguen con burlas crueles? En cambio, desde que nos creemos sinceramente amadas, nada se exterioriza. Yo querría, por el bien de las dos partes, que cuando una mujer no encuentra atractivo alguno en el que quiere agradarla, no abusase de su credulidad, y sin darle vanas esperanzas, le despidiera claramente; pero querría también que, si ella se persuade de la pasión que ha inspirado, convenga en ello de buena fe, dejando á su buen sentido el momento de declarar que ella corresponde al amor que ha causado. Ella no puede afectar dudas sin poner á un amante en la necesidad de disiparlas y él no puede trabajar su amorosa empresa con éxito sin enterar á todos de sus propósitos, con atenciones excesivamente afectuosas.

Estas ideas no serían probables, si las mujeres fuesen intratables á causa de la torpeza de los hombres; pero hoy que la audacia de los asaltantes nos deja tan pocos recursos; hoy que está bien probado que desde la invención de la pólvora no hay plazas inexpugnables, ¿por qué exponerse á un sitio en forma, si después de muchos trabajos y desastres es preciso capitular? Haced reflexionar á vuestra amable condesa; mostradla los inconvenientes de una más larga desconfianza con respecto á vuestros sentimientos. La convenceréis de vuestra pasión, la obligaréis á creer por la estima en que debe tener su reputación y, tal vez mejor, porque la proporcionaréis un motivo más para concederos lo que tanto sentiría negaros.

CARTA XXIV

¿Se bate en retirada la condesa? ¿Creéis que su propósito ahora es el de probaros? Una pequeña preferencia que la demostréis, un poco de precaución que pongáis en vuestros apasionamientos, y ya ha perdido la fuerza de reprocharos; la menor excusa, cierra su boca, y su cólera es tan adorable que os esforzáis por merecerla. Comparto con vos la alegría que os produce el éxito. Pero si todo eso es muy halagador, haced que no dure mucho tiempo; que las mujeres razonables y que estiman su reputación, entienden mal sus verdaderos intereses, multiplicando por una afectada incredulidad las ocasiones de murmurar de ellas. ¿Por qué no se darán cuenta de que el tiempo de sus apasionamientos sinceros no es el más peligroso para su reputación? Las dudas que fingen acerca de la sinceridad del amor que han inspirado las causa en el mundo más perjuicio que su caída. Mientras son incrédulas mil imprudencias las comprometen. Gastan su buena fama en detalle. Si un amante las encuentra incrédulas, no se detiene ante nada con tal de dar pruebas de sinceridad. Las arrebatos más indiscretos, las preferencias más

indulgencia para con el prójimo. Censuraba yo sin miramiento alguno, la conducta de aquella mujer y ella se enteró. La veía de cuando en cuando en casa de uno de mis parientes. Un día me llamó aparte, y he aquí el pequeño sermón que tuve que soportar. Me produjo tanta impresión, que se grabó para siempre en mi memoria

« Si quiero hablaros sin testigos — me dijo, — no es para censuraros por lo que habéis dicho de mí; es simplemente para daros un aviso cuyo fundamento apreciaréis algún día. Habéis criticado mi conducta con una severidad, con un desdén que indican bien á las claras el orgullo de que estáis poseída por no tener que reprocharos ninguna falta de virtud. Creéis ser virtuosa y que esa virtud nunca os abandonará. Y eso es una ilusión de vuestro amor propio. Me creo en la obligación de iluminar vuestra inexperiencia y de advertiros que, lejos de vanagloriaros de esa virtud que os hace tan severa, no podéis asegurar ni siquiera que la poseéis. Este comienzo os extraña; prestadme atención y os conveceréis pronto de la verdad de lo que digo.

» Nadie hasta ahora os ha hablado de amor. El espejo es el único que os ha dicho que sois linda. Vuestro corazón — lo veo en la indiferencia esparcida por toda vuestra persona — no ha llegado todavía al pleno desenvolvimiento y el grito de la naturaleza aun no se ha hecho oír. Mientras continuéis en esta situación, mientras este estado se guarde como ahora, respondo de vuestra virtud. Pero cuando el corazón haya hablado, cuando esos ojos encantadores reciban del sentimiento la vida y la expresión, cuando se expresan con el lenguaje del amor, cuando una agitación interior os inquiete,

CARTA XXV

Mi última carta os ha escandalizado, marqués. ¿Queréis acaso que no sea imposible encontrar mujeres virtuosas en los tiempos actuales? ¿Os he dicho yo lo contrario? Al hacer la comparación de las mujeres con plazas sitiadas ¿he afirmado que no existen ciudades que no hayan sido tomadas? No he podido afirmar eso, porque las hay que no han sido sitiadas. Ya veis que soy de vuestra opinión. Sin embargo, voy á explicarme; he aquí mi profesión de fe sobre este punto. Creo firmemente que existen mujeres virtuosas en el caso de que nunca hayan sido atacadas ó en la suposición de que el ataque fuese mal dirigido. Es más; creo en mujeres virtuosas á pesar de todos los ataques, cuando su temperamento es refractario al amor, cuando no son víctimas de una pasión violenta, carecen de libertad ó su marido no es odioso. Me dan ganas de contaros una conversación que, siendo yo muy joven, tuve sobre este asunto con una mojigata desenmascarada por una aventura ruidosa. Entonces yo no tenía experiencia. Juzgaba á los demás con la severidad que se conserva hasta que algunas faltas personales nos dan más

Según eso — contesté yo, — no hay una sola mujer virtuosa; no ereo que exista una que haya tenido que luchar con tantos enemigos á la vez. — « Puede ser — me replicó; — pero ¿sabéis la razón? Es que no hace falta tanto para vencernos; uno solo de esos enemigos basta para derrotarnos. »

Insistí. ¿Sostenéis que nuestra virtud no depende de nosotras, puesto que la hacéis depender de la ocasión y de otras causas extrañas á nuestra voluntad?

« Sin duda. ¿Sois la dueña de daros un temperamento vivo ó tranquilo? ¿Sois libre para defenderos de una pasión violenta? ¿Depende de vos arreglar todas las circunstancias de vuestra vida de modo que nunca os encontréis sola con un amante que adoréis, que conozca su situación y se aproveche de ella? ¿Depende de vos el impedir que sus amorosos arrebatos no produzcan sobre vuestros sentidos el efecto que necesariamente deben producir? No, seguramente. ¿Pretendéis que vuestra virtud es vuestra obra, que podéis atribuir la gloria de una cosa que en todo momento está en peligro? La virtud de las mujeres, lo mismo que todos los bienes que gozamos, es un don del cielo; es un favor que podía rehusarnos. Ved pues, lo poco razonable que sois al glorificaros; reconoced vuestra injusticia al tratar tan duramente á las que han tenido la desgracia de ser víctimas desde su nacimiento de una irresistible inclinación hacia el amor, á las que ha sorprendido una violenta pasión, á las que se han hallado en esos desgraciados instantes de los que vos no hubierais salido con más gloria.

» ¿Queréis otra prueba de la exactitud de mis apreciaciones? La sacaré de vuestra propia con-

cuando los deseos ahogados á medias por los escrúpulos de una buena educación os hagan enrojecer en secreto, entonces disminuirá vuestra severidad y las faltas de las demás os parecerán más excusables. El sentimiento de vuestra debilidad no os permitirá considerar vuestra virtud como infalible. Y no es eso sólo; la escasa fuerza que podréis poner enfrente de una inclinación impetuosa os hará dudar de si habéis tenido virtud alguna vez. ¿Puede decirse de un hombre que es valiente mientras no se ha batido? Lo mismo sucede con nosotras. Sólo los ataques contra nuestra virtud dan á esta realidad positiva, lo mismo que el peligro la da al valor. Mientras no se ve al enemigo se ignora hasta qué punto es terrible y cuál será el grado de resistencia que le oponemos.

» Para que una mujer pueda jactarse de ser esencialmente virtuosa por sus propias fuerzas, es preciso que ningún peligro, ningún motivo ni pretexto sean capaces de hacerla sucumbir. Es necesario que la ocasión más favorable, el amor más tierno, la seguridad del secreto, la estimación y la confianza más perfecta en el que las ataca, todas estas circunstancias reunidas no puedan nada contra su valor; de modo que, para saber si una mujer es virtuosa, en la verdadera acepción de la palabra, debe suponerse una que escape á tantos peligros juntos; porque nada significa resistir al amor con un temperamento refractario á él, á la ocasión sin estar enamorada, ó al temperamento faltando la ocasión. Su virtud será incierta si no ha sido atacada al mismo tiempo con todas las armas que podían vencerla; podría decirse que, si hubiera tenido otro temperamento, no hubiera resistido al amor ó que con una ocasión favorable, la caída sería segura ».

de todos los apoyos extraños que mantienen esa virtud de que os enorgullecéis, tal vez en dos días fueseis más despreciable que ellas, porque vos tenéis medios de ponerlos á cubierto de esa desgracia. No os despojo, sin embargo, del mérito de vuestra virtud; no quiero obtener de vos más que un poco de indulgencia para las que una inclinación demasiado impetuosa ó la desgracia de las circunstancias, ha precipitado en una situación tan humillante á sus propios ojos; mi único objeto es convenceros de que no debéis vanagloriaros tanto de poseer una cualidad de que no sois causa y de la cual podéis veros privada el día menos pensado. »

Iba á continuar, pero alguien nos interrumpió. Muy pronto mi propia experiencia me hizo conocer que no debía tener tan buena opinión de algunas virtudes — empezando por la mía, — que tan meritorias me habían parecido hasta entonces.

ducta. ¿No tenéis la última persuasión de que toda mujer que quiere permanecer virtuosa, no debe nunca conceder intimidades ventajosas sobre ella, que debe precaverse hasta de las cosas más nimias, porque las bagatelas conducen á tolerar cosas de mayor importancia? Más seguro es para defenderse de los hombres, afectar un aire severo que aceptar declaraciones de guerra. La prueba de lo que digo está en que á las jóvenes en su educación se las pone un freno poderoso y suficiente para contenerlas. Hay más: una madre prudente no cree bastante inculcar en sus hijas el temor del deshonor, ni la mala opinión sobre los hombres, sino que las guarda de la vista de éstos y las pone en la imposibilidad de sucumbir á la tentación. ¿Cuál es la razón de tantas precauciones? Que esa madre teme la fragilidad de su hija si la expone un instante al peligro. Y á pesar de todos los obstáculos que ella coloca frente á las asechanzas de los hombres, ¿cuántas veces no ocurre que el amor los salva todos? Una joven bien educada — digamos mejor, bien guardada — se jacta de su virtud, porque imagina que sólo á ella misma la debe, pero casi siempre es como un esclavo rigurosamente encadenado, que quiere que se sepa lo contento que está de su suerte, puesto que no intenta la fuga. En efecto, ¿en qué clase encontráis las jóvenes perdidas? En aquéllas en que no son bastante ricas ó bastante felices para estar rodeadas sin cesar de todos los obstáculos que os han salvado. Á esas mujeres los hombres las atacan con más atrevimiento, con más facilidad, con más frecuencia y, por consiguiente, con toda clase de ventajas y no las sostienen las impresiones de la educación, el ejemplo, el orgullo, el deseo de un casamiento feliz. Y á pesar

más que para disculpar los extravíos que una mujer se haya permitido. Mas volvamos á cosas más interesantes para vos.

Después de tantas incertidumbres, de tantos cambios, ¿estáis seguro de que os ama? Habéis excitado uno de esos momentos de ternura y la condesa no ha podido contener su secreto. Ha pronunciado la palabra que tanto ansiabais oír. Ha hecho más, ha dejado escapar mil involuntarias demostraciones de la pasión que la habéis inspirado. Lejos de disminuir vuestro amor la seguridad de ser correspondido, lo acrecienta : sois el más feliz de los hombres. Si supieras con cuanto gusto comparto vuestra dicha, aún sería ésta mayor. El primer sacrificio que quería imponerse era el de no recibir al caballero; os habéis opuesto y habéis hecho muy bien. La condesa se hubiera comprometido sin necesidad, y esto me recuerda que casi todas las mujeres se pierden más por imprudencias que por faltas reales. La confianza demostrada por un proceder tan noble la ha conmovido seguramente. No obstante, ¿queréis que os lo diga? el aspecto que toma este asunto comienza á alarmarme. No debíais tener más que un gusto ligero y pasajero, á lo sumo, y no una pasión en regla. Veo que cada día se pone la cosa más seria. Tratáis el amor con una dignidad que me inquieta. El conocimiento del verdadero mérito, las cualidades sólidas, el buen carácter entran en los motivos de lá atracción que sentís y se unen á los encantos personales para enamoraros perdidamente. No me complace tanta estimación en un asunto de pura galantería. Hasta temería que vuestra comunicación amorosa adquiriera un giro grave y compasado, si vos, pronto, muy pronto, no tuvierais nuevas pretensiones y la condesa

CARTA XXVI

Pienso como vos, marqués; aunque las ideas que ayer os exponía parecen verdaderas en la especulación, sería, sin embargo, muy peligroso que las mujeres se convencieran de ellas. Si permanecen honestas, no será por el sentimiento de su fragilidad, sino por la íntima convicción de que son libres y dueñas de ceder ó resistir. ¿Se excita al soldado á combatir con valor, persuadiéndole de que será vencido? ¿No habéis observado que la que hablaba en mi carta tenía un interés personal en que se aceptara su sistema? Verdad es que al que examine sus razonamientos con ojos filosóficos, le parecerán especiosos al menos; pero sería muy sensible que por razonar de ese modo acerca de la virtud, llegáramos á poner en duda reglas que debemos aceptar y practicar como una ley cuyo examen es un crimen. Por otra parte; persuadir á las mujeres de que no es á ellas mismas á quien deben su virtud, ¿no sería quitarlas el motivo más poderoso que las induce á conservarla — la convicción — de que es su propia obra lo que defienden? La pérdida de sus energías morales sería la consecuencia de semejante teoría; en la práctica no sirve

CARTA XXVII

M^{me}. de Sévigné no es de mi opinión acerca de las causas del amor. Sostiene que muchas mujeres no lo conocen más que en su aspecto bello y que los sentidos no han influido en sus atracciones del corazón. Según ella, aunque lo que llama mi sistema tenga fundamento, parecería fuera de lugar en boca de una mujer y produciría funestas consecuencias en la moral.

Graves reproches son esos, marqués; pero ¿tienen fundamento? no lo creo. Veo con pena que M^{me}. de Sévigné no ha comprendido el espíritu con que mis cartas han sido escritas. ¡Yo, sistemas! En verdad, me hace demasiado honor. Imagino que un sistema no es más que un sueño filosófico. ¿Considerará ella como un juego de imaginación todo lo que os he dicho? No imagino, pinto objetos reales. Quiero que se preste asentimiento á una verdad y, para conseguirlo, no es mi propósito sorprender el espíritu; interrogo al sentimiento.

Tal vez se haya extrañado de la originalidad de algunas de mis afirmaciones que me habrán parecido tan evidentes que no me he tomado la molestia de

no reanimara el trato con otros combates originados por esas pretensiones. Una paz demasiado constante y uniforme produce un fastidio mortal. La uniformidad mata al amor; desde que el espíritu de orden se apodera de un asunto de amor, desaparece la pasión, á ésta sucede la languidez, asoma el fastidio y el disgusto termina todo.

es la obra de la reflexión, asestáis un golpe mortal á su vanidad y las haréis responsables de su buena ó mala elección. No me engaño al decir que todas las mujeres leerían con gusto mis cartas. Las metafísicas — es decir, las favorecidas por el cielo con un feliz temperamento — reconocerían en mis cartas su superioridad sobre las otras mujeres; aplaudirían la delicadeza de sus sentimientos y la considerarían como obra suya; las que han sido formadas de una materia menos delicada creerían sin duda que me debían algún agradecimiento por haber revelado un misterio cuyo secreto les pesaba. Se las ha impuesto como un deber el disimulo de su pasión y tan celosas se muestran, no faltando á este deber, como atentas á no perder nada de lo que el placer pueda proporcionarlas; quieren que se las adivine sin comprometerlas. El que descubra su corazón las prestará un gran servicio. Tengo la convicción de que las que en el fondo estuvieran de acuerdo conmigo, serían las primeras en combatir lo que vengo exponiendo. Las hubiera sido yo muy agradable adoptando máximas que halagaran sus inclinaciones y dándoles la ocasión de parecer delicadas.

¿Os figuráis, marqués, que es conocer bien á las mujeres el temer que se ofendan por las cosas que de ellas he podido decir? Hace mucho tiempo que se ha dicho, muy acertadamente por cierto, que las mujeres prefieren que se hable un poco mal de ellas mejor que el silencio. Aun suponiendo que os hubiese escrito con la intención que se me atribuye, no podrían reprocharme nada.

M^{me}. de Sévigné dice que mi sistema traería consecuencias funestas. En verdad, marqués, que no comprendo cómo ella, con el talento que todos la

probarlas; pero ¿es que hace falta coger el compás geométrico para demostrar la verdad de una máxima de galantería?

Además, temo tanto las discusiones en forma que con gusto transigiría. M^{me}. de Sévigné conoce, decís, gran número de metafísicas; yo la dejo esas excepciones con tal de que ella me deje su tesis general. Llegaré á confesar, si en ello tenéis empeño, que existen efectivamente esas almas llamadas privilegiadas, porque yo nunca he negado las virtudes del temperamento. Por eso nada tengo que decir de las mujeres de esa clase. No las critico; tampoco las ensalzo; me contento con felicitarlas. Sin embargo, examinadlas y descubriréis la verdad de lo que yo os decía en el comienzo de nuestra correspondencia: el corazón quiere amar. Si la naturaleza no las lleva á la galantería, sus afecciones cambian solamente de objeto. Algunas parecen insensibles al amor, porque han gastado la porción de sentimiento que habían de darle. Se dice que el conde de Lude no ha sido siempre indiferente á M^{me}. de Sévigné. Su acendrado afecto por M^{me}. de Grignan le ocupa por completo.

Según ella ¿no trató bien á las mujeres? Yo debía haber disimulado los defectos que he descubierto en mi sexo ó, mejor dicho, que mi sexo me ha hecho descubrir en mí.

Pero, sinceramente, marqués, ¿creéis que si todo lo que os he dicho se hiciera público, se darían por ofendidas las mujeres? Conocedlas mejor. ¿No es tranquilizarlas el decirles que un instinto mecánico las empuja á la galantería? ¿No es dar crédito á esa fatalidad el afirmar la realidad de esos que pudiéramos llamar accesos de simpatía que las mujeres dan como excusa de sus extravíos? Sosteniendo que el amor

hecho la pobre humanidad? ¿Por qué despreciarla y buscar en los cielos la causa de nuestras debilidades? No subamos tan alto, quedémonos en la tierra que en ella la encontraremos, porque en ella está.

Realmente, yo no he declamado en mis cartas contra el amor; no os he aconsejado que os apartéis de él. Estoy demasiado persuadida de la inutilidad de semejantes consejos; pero os he dicho en qué consistía el amor, he disminuído la ilusión de que estabais poseído, he debilitado al menos el poder que sobre vos hubiera ejercido. Creo que la experiencia me justificará.

Sé perfectamente que en la educación que se da á las mujeres se acostumbra á hacer todo lo contrario. ¿Qué fruto se saca de un procedimiento semejante? Se comienza por engañarlas. Se pretende que el amor las inspire el mismo miedo que las causan los malos espíritus. Se las pinta á los hombres como monstruos de infidelidad y de perfidia. Se presenta uno de porte agradable, que hace gala de delicados sentimientos que adopta un aspecto modesto y respetuoso, y la joven educada del modo indicado, creerá que la han engañado, y al ver que le han exagerado mucho las cosas, los consejeros perderán con ella todo su crédito. Interrogadla y, si es sincera, veréis que los sentimientos que ese monstruo ha excitado en su corazón, no serán por completo los del horror.

Se las engaña, además, de otra manera. Y la desgracia está que no hay más remedio que hacerlo así. Se evita, con celoso cuidado, advertirlas, dejarlas presentir siquiera que serán atacadas por los sentidos y que estos ataques serán para ellas los más peligrosos. Se las habla siempre en el supuesto de que son espíritus puros. Y ¿qué ocurre? Que como ellas no

reconocemos, ha podido creer eso. Despojando al amor — como he hecho yo — de todo lo que pudiera seduciros; considerándolo como efecto del temperamento, del capricho ó de la vanidad; desengañándoos de lo que la metafísica le presta de nobleza y de dignidad, ¿no es evidente que lo he presentado menos peligroso? ¿No lo será más si, como pretende M^{me}. de Sévigné, se le erige en virtud? Yo compararía lo que acerca de esto pienso con lo que pensaba aquel famoso legislador de la antigüedad que creyó debilitar el poder que las mujeres tenían sobre los ciudadanos, exponiendo desnudeces femeninas. Pero quiero hacer un último esfuerzo en vuestro favor; puesto que se me toma por una mujer de *sistema*, es preciso que me someta á lo que exige tan bello título. Razonemos un instante acerca de la galantería con el método que conviene á los asuntos serios.

El amor ¿es una pasión? ¿No dicen las personas de moral rígida que pasiones y vicios significan lo mismo? ¿Hay vicio más seductor que el que toma el aspecto de virtud? Por eso hay que presentarlo siempre bajo una forma que no aleje de él á las almas virtuosas. ¿No es con este propósito con el que los platónicos lo han divinizado? ¿No se ha hecho en todos los siglos la apoteosis de las pasiones con el fin de justificarlas? ¿Qué hago yo? Me atrevo á desacreditar una superstición arraigada, rompo el ídolo. ¿Verdad que es una temeridad? ¿Debía yo esperar las censuras de las mujeres cuyo culto favorito ataco?

Lo siento por ellas. ¡Qué hermoso era — cuando sentían las impresiones del amor — no encontrar motivo para acusarse y sí para aplaudirse y acogerse al poder misericordioso de un Dios! ¿Qué les había

eso nunca han obtenido más que el segundo lugar en mi corazón. Los amigos han ocupado siempre el primero. He conservado para la amistad las deferencias, la constancia, el respeto que merece un sentimiento tan noble, tan digno de ocupar un alma elevada. Nunca me ha sido posible vencer la desconfianza que me inspiran los corazones en que el amor juega el papel principal. Esta debilidad los degrada á mis ojos; los miro como incapaces de elevarse al sentimiento de una verdadera estimación por la mujer que desean.

Ved, marqués, que la consecuencia que debe sacarse de mis principios está muy lejos de ser peligrosa. Todo lo que las personas inteligentes podrían reprocharme, sería el haberme tomado la molestia de probaros una verdad que no consideran como problemática; pero vuestra inexperiencia y vuestra curiosidad justifican lo que os he escrito y lo que podría escribiros sobre este asunto.

han previsto la clase de combate, que habían de sostener, se encuentran indefensas. Nunca se podían figurar que el enemigo más temible era aquel de quien nunca habían oído hablar. ¿Cómo ponerse en guardia contra él? No es de los hombres, de quienes deben tener miedo, sino de ellas mismas. ¿Qué podría un amante si la bella no estuviera seducida. antes que por él, por sus propios deseos?

Cuando digo á las mujeres que lo físico es la causa principal de sus debilidades, no las aconsejo que sigan su inclinación. Al contrario, las advierto para que puedan precaverse de un enemigo que antes desconocían. Lo que hago es decir al gobernador de la plaza que no será atacada por el sitio que había fortificado, que el asalto más temible no será el del sitiador, porque dentro de la plaza los mismos sitiados le traicionarán.

Reduciendo á su justo valor los sentimientos de los que las mujeres tienen una idea tan elevada, desengañándolas sobre el verdadero objeto que persiguen aun los más delicados amantes, intereso su vanidad para que no se figuren tan glorioso el amar y para que su corazón no vea tanta felicidad en los apasionamientos. Tened por seguro que si la vanidad se opone al atractivo que sienten por la galantería no será la virtud la que pierda.

Yo también he tenido amantes, pero nunca verdadera ilusión por ellos. Sabía penetrar á maravilla en su pensamiento y me persuadía de que lo que yo podía valer por el carácter y el ingenio influían muy poco en las razones que les determinaban á amarme. Y si en algo estimaban esas cualidades era por lo que halagaban su vanidad. Estaban enamorados de mí, porque yo era hermosa y ellos ardían en deseos. Por

exige siempre combustible; si no puede ejercer su actividad más que con objetos sensibles á ellos se aplica exclusivamente. Cuando el espíritu no esté activo, los sentidos lo están. Á las personas incapaces de entender un lenguaje delicado se las habla por demostraciones apartadas de la delicadeza que no comprenden. No es combatiendo audacias, ni ofendiéndose de una caricia demasiado viva como las mujeres defienden su honestidad. Cuando se dejan atacar de este modo, al defenderse, los sentidos se enardecen, la agitación que causa la resistencia apresura la derrota y sucumben luchando. En cambio, si desvían la atención del hombre hacia otros objetos, no habrá necesidad de poner esto á audacias, ni de ofenderse por libertades á las que han dado lugar, porque es evidente que los hombres no faltan á las mujeres que no lo quieren. No encontraréis uno solo — á menos que carezca en absoluto de educación — que no tenga un justo discernimiento acerca del grado de familiaridad que debe permitirse. Por eso, las que se quejan de que las han faltado no me impresionan; sus imprudencias, su aturdimiento habrán ocasionado todo. Querían que las faltasen. El defecto de cultura puede exponernos á los mismos inconvenientes; porque ¿qué hacer con una mujer sin ingenio y sin talento? El solo medio de matar el tiempo con ella es el de apelar á las audacias amorosas. Sólo se la puede hablar de su belleza, de la impresión que ha causado á los sentidos, y para expresar todo esto, hay que emplear el lenguaje de los sentidos. Ella misma no se persuade de vuestro amor, no corresponde, no os recompensa más que por los sentidos y dejándoos percibir una agitación igual á la vuestra. Su honestidad expirante no os opone más que una alegría, un

CARTA XXVIII

No es engañáis, marqués; el gusto y el talento musical de la condesa aumentarán vuestro amor y vuestra felicidad. Hace mucho tiempo que aconsejo á las mujeres que se aprovechen del partido que pueden sacar de su habilidad y de su talento, porque en todo momento les son de extraordinaria utilidad, y la mayor parte de ellas no se preocupan más que de la presencia del objeto amado. Tienen ellas dos enemigos que combatir : su amor y su amante. Pero cuando desaparece el amante queda el amor y los progresos que hace en la soledad, aunque menos sensibles, no son menos peligrosos. Entonces es cuando la ejecución de una sonata, el dibujo de una flor, la lectura de un buen libro desvían la atención de un recuerdo demasiado seductor, y fijan la imaginación en objetos útiles. ¿Las ocupaciones del espíritu no son hurtos hechos al amor?

Si un amante apasionado se acerca á la bella de su pasión ¿qué puede hacer con ella si no es más que linda y amable? ¿Qué hará si en su trato no encuentra ninguna distracción, ninguna variedad? El amor es un sentimiento activo, es un fuego que devora y que

Vos que sois militar podréis apreciar cuánto os digo. Suponed que en la campaña en que vais á entrar se os confía la dirección de un sitio. ¿Os agradaría que el gobernador de la plaza, convencido de que ésta no es inexpugnable, os abriera sus puertas antes de haberos proporcionado ocasión de distingueros? Con seguridad que no; es necesario que resista, porque cuanto más celoso sea el gobernador de su gloria, más aumenta la vuestra. Pues bien, en el amor como en la guerra, el placer de vencer se mide por los obstáculos que se han arrollado para obtener el triunfo. Tentada estoy de llevar más lejos el paralelo : la verdadera gloria de una mujer, más que en no entregarse, consiste en hacer una bella defensa para merecer los honores de la guerra.

Iré más lejos aún : si una mujer es lo bastante débil para dejarse vencer, ¿qué medio le queda para retener á un amante, si los recreos del espíritu, si el ingenio no viene en su auxilio? Sé perfectamente que esas cualidades no las dan. Sin embargo, examinando bien las cosas casi no hay mujeres que si lo quisieran de veras no pudieran adquirir algunas de esas cualidades; la diferencia estribaría en el más ó menos. Pero casi todas son perezosas de nacimiento para hacer semejante esfuerzo. Han creído que nada era tan cómodo como ser lindas. Este modo de agrandar no exige ninguna aplicación; ellas querrían que fuese el único. Son ciegas y no ven que su belleza y su habilidad, sus talentos les atraen igualmente la atención de los hombres; pero la belleza no hace más que exponer á la que la posee y los talentos la procuran un medio utilísimo de defensa. La belleza no prepara más que sinsabores y un mortal fastidio para el día en que no exista; ¿queréis saber la razón? La razón

ingenio vulgares; última trinchera de una mujer sin talento y ¡valiente trinchera! ¿Cuál es por el contrario la conducta de una mujer espiritual y verdaderamente ingeniosa? Una conversación viva, una burla picante y de buen tono, una discusión razonada con un poco de malignidad, una cita feliz. un relato hecho con gracia, distracciones en fin — tiempo ganado por la virtud.

La gran desgracia de las mujeres es la de no poder estar ocupadas con objetos dignos de su atención; esta es la causa de que el amor en ellas sea una pasión más violenta que en los hombres; pero tienen un buen sentido que, bien dirigido, puede servirles de antídoto. Todas son tan vanas como sensibles. Por la vanidad hay que corregir la sensibilidad. Mientras la mujer se ocupe de agrandar por el cuerpo nada más, perderá de vista el sentimiento que la hace obrar. Realmente, no cesará de constituir el motivo *determinante* (excusad, marqués, este término), pero no será el objeto actual y presente á su atención y eso es mucho. Entregada por completo al cuidado de perfeccionarse en el género de gloria á que aspira, ese mismo deseo — cuya fuente es el amor — se volverá contra el amor mismo, compartiendo las atenciones del espíritu y las afecciones del corazón.

Tal vez me digáis : entonces las mujeres con ingenio y talento, estarán al abrigo de toda asechanza. De eso deduciréis quizá que los hombres deberían huir de semejantes mujeres y que, sin embargo, tanto los tontos como los inteligentes van tras ellas. Eso es verdad; pero si los tontos hacen eso, es porque no conocen las dificultades del triunfo, y si los inteligentes proceden de igual modo, es porque gustan de salvar los obstáculos.

CARTA XXIX

Pienso como vos, marqués. La condesa os castiga muy severamente por la confesión amorosa que la sorprendísteis. ¿Tenéis la culpa de que se la escapara su secreto? Ha avanzado demasiado para retroceder ahora. Se puede experimentar una vuelta á la razón, pero rehusar veros por espacio de tres días, anunciar que se va al campo por un mes, devolver los billetes amorosos, sin dignarse abrirlos, es en mi sentir un verdadero capricho de virtud. Después de todo, suceda lo que suceda, no desesperéis de nada. Si fuera realmente indiferente se mostraría menos severa.

No hay razón para afligirse; en esas ocasiones el mal humor de las mujeres es más contra ellas mismas que contra vosotros. Sienten despecho al ver que su debilidad está pronta ó traicionarlas. Por eso os castiga y maltratándoos se castiga ella misma; pero convencidos de que un día de capricho semejante adelanta más los asuntos de un amante que un año de cuidados y de asiduidad; porque ella se reprocha por haberlo maltratado, se cree injusta y queriendo reparar su falta termina por ser demasiado benévola.

Lo que en vuestra carta me extraña más es que

es que esa belleza ha hecho olvidar todo lo demás. Mientras dura su esplendor una mujer se ve considerada, celebrada; una brillante corte la rodea. Se jacta de que siempre la mirarán con los mismos ojos. ¡Qué soledad tan espantosa cuando la edad viene á despojarla del solo mérito que la hacía brillar! Yo quisiera que la belleza fuese únicamente la enseña de todas las otras cualidades.

En resumen, marqués, que en amor, lo que más se usa es el ingenio. Una unión de corazón es la pieza en que los actos son más cortos y los entreactos más largos. Si no es con los talentos ¿ con que vais á llenar los intermedios? La posesión coloca á todas las mujeres al mismo nivel, y las expone, á todas por igual, á la infidelidad. La bella y la linda — cuando no son más que esto — no tienen en este respecto ninguna ventaja sobre la que no lo es; en este caso, el ingenio es el que marca la diferencia. Él sólo hace que en una misma persona se encuentre esa variedad tan necesaria para prevenir el disgusto. Sólo eso puede llenar el vacío de una pasión satisfecha y en cualquier situación puede servirnos admirablemente para ver realizados nuestros propósitos, ya para alejar nuestra derrota y hacerla más halagadora, ya para asegurar nuestras conquistas. Los mismos amantes se aprovechan de ello. ¡ Cuántas cosas quieren aunque se vuelvan contra ellos! La condesa cultivando su talento musical entiende perfectamente sus intereses y los vuestros.

Releo mi carta y temo que la encontréis excesivamente seria. Los efectos de entregarse á las malas compañías. Cené ayer con M. de La Rochefoucauld. Siempre que lo veo me vuelvo seria y esta seriedad me dura tres ó cuatro días por lo menos.

táis persuadidos de que apartamos de nosotros con más altivez á los que más temen os; los aleja nuestra virtud, porque no está muy segura de resistirlos. Y algunas veces hace más : va á desafiár al enemigo no atreviéndose á esperar sus ataques, porque la resistencia, el valor de una mujer son capaces de un primer esfuerzo, pero rara vez es durable este esfuerzo. El exceso mismo de violencia es la causa de su corta duración. El alma no tiene más que un grado de fuerza; agotada por lo que este esfuerzo le cuesta, se abandona al cansancio y pronto se desanima por el sentimiento de su debilidad. Algunas hay que sostienen con audacia el primer choque de un enemigo temible, pero en el segundo se asustan al ver la magnitud del peligro. Una mujer convencida de que ha hecho todo lo posible para defenderse de una inclinación que la arrastra, satisfecha de los combates que ha sostenido, llega pronto á pensar que nada vale su resistencia contra el poder del amor; si todavía se mantiene firme, no es por sus propias fuerzas sino por las que nacen de la idea que ha dado de su energía al que la ataca, de la timidez que ha inspirado en los primeros momentos de su resistencia. Por poco razonable que sea, ella comienza oponiendo una bella defensa; pero por desgracia, vosotros adivináis el medio de vencerla, perseveráis en el ataque y ella no es infatigable. Y sois tan poco delicados; que con tal de obtener su corazón, poco os importa deberlo á vuestras importunidades ó á su consentimiento. El exceso de precauciones que contra vos adopta os hace ver cuánto os teme. ¿Si la fueseis indiferente se tomaría la pena de huirós? Os respondo de que no os haría el honor de temeros. Yo sé cuán poco razonables son los amantes. Hábiles para atormentarse, la cos-

digáis que desde que la condesa ha parecido amaros, su carácter ha cambiado por completo. Sobre esto ninguna noticia particular tengo. Todo lo que sé acerca de esto es que la condesa debutó en el mundo como una petimetra y su debut fué tanto más notado cuanto más opuesta á su conducta de entonces fué la que observó en vida de su marido. Acordaos de que cuando empezasteis á tratarla era viva hasta el aturdimiento, desatenta, decidida, hasta coqueta; parecía incapaz de un afecto razonable. Sin embargo, hoy me decís que se muestra seria y melancólica, que es tímida, distraída, afectuosa. El sentimiento se ha impuesto; una agradable naturalidad ha ocupado el puesto de la afectación; y os parece tan bien en su carácter actual que imagináis sea el verdadero y que el que mostraba antes era fingido. Todo eso echaría por tierra mi filosofía si no reconociera en esa metamorfosis los efectos del amor. Mucho me equivoco si la tempestad actual no os anuncia una victoria completa y tanto mejor asegurada cuanto más enérgica haya sido la defensa que ha empleado para disputárosela. Pero si seguís siempre vuestro objeto, si lleváis la persecución hasta la inoportunidad, si os encontráis en todos los lugares en que podéis verla, si no la habláis de vuestra pasión y tenéis para con ella los miramientos de un hombre atento, respetuoso, pero perspicaz ¿qué ocurrirá? No podrá rehusaros las atenciones que se deben hasta á los indiferentes. Por otra parte; las mujeres tienen un inagotable fondo de bondad para los que las aman. Y eso los hombres no lo ignoráis; es lo que os consuela siempre que sufrís algún contratiempo amoroso. Sabéis que vuestra presencia, vuestros cuidados, el dolor que afectáis producen su efecto y desarman nuestra energía. Es-

CARTA XXX

Mucho me he alegrado al saber — antes de mi marcha al campo — que os habéis tranquilizado un poco. Os confieso sinceramente que, si la condesa hubiera perseverado en trataros con la misma severidad, hubiera imaginado que no era insensible sino que teníais un afortunado rival. Esa resistencia era ya sobrepujar las fuerzas de la razón cuando combate sola. Porque debéis de estar perfectamente convencido de que nunca es más intratable una mujer que cuando, enamorada perdidamente de un hombre, desprecia á todos los demás.

Lo que me decís me prueba que sois amado y que sólo vos lo sois. Yo os daré incesantemente noticias ciertas, porque quiero examinar á la condesa yo misma. Esta resolución de seguro os sorprenderá. Vuestra extrañeza cesará en cuanto os acordéis de que la casa de M^{me}. de la Sablière, adonde voy á pasar ocho días, está al lado de la posesión de vuestra amable viuda. Vos mismo me hacéis saber que acaba de partir; unid á la vecindad el deseo desmesurado que tengo de conocerla y no os admirará la promesa que os hago... No dispongo de tiempo para terminar

tumbre de no estar llenos más que de un solo objeto es en ellos tan poderosa que prefieren ocuparse de él aunque sea desagradablemente mejor que olvidarlo por completo. No obstante os compadezco. Enamorado como estáis, vuestra situación, no puede dejar de ser dolorosa. ¡Cómo se trata al pobre marqués!

CARTA XXXI

¡ Cuántas cosas tengo que deciros, marqués! Me disponía á cumplir mi palabra y proyectaba poner en juego toda mi habilidad para sacar á la condesa su secreto y la casualidad me ha servido admirablemente. Vos no ignoráis la confianza que tiene con M. de la Sablière. Estaba con él en uno de los bosquecillos del jardín; atravesaba yo un plantío para unirme á ellos, y ya estaba á punto de abordarlos cuando vuestro nombre llegó á mi oído. He detenido mi paso, he oído todo y me apresuro á contaros su conversación, palabra por palabra.

« No he podido ocultar á vuestra penetración mi inclinación por M. de Sévigné y no podéis conciliar la seriedad de una pasión tan decidida con el carácter de frivolidad de que hago gala. Aun os extrañaréis más, si os confieso que mi carácter exterior no es el verdadero, que la gravedad que ahora os admira no es más que una vuelta á mi primer estado; mi carácter exterior era producto de la reflexión. Tal vez imaginéis que las mujeres no saben disimular más que sus defectos; de cuando en cuando van más lejos y yo soy un ejemplo : disfrazan hasta sus virtudes y,

mi carta ni siquiera para enviáosla. Es preciso partir al momento; mi compañera de viaje me embroma y cree que escribo un billete amoroso. Me llevo la carta para continuarla en el campo. Adiós. La enfermedad de M^{me}. de Grignan ¿no os permitirá venir á vernos en nuestra soledad?

CASTILLO DE ...

Os escribo en casa de la condesa, querido marqués; este es el tercer día que paso con ella y esto os hará comprender que me llevo bastante bien con la dueña de la casa. Es una mujer adorable, estoy encantada. Algunas veces dudo de si merecéis poseer un corazón como éste. Soy su confidente decidida. Me ha dicho todo lo que piensa de vos y no desconfío de descubrir, antes de nuestra vuelta á la ciudad, las razones del cambio que habéis notado en su carácter. No me atrevo á deciros más; podría venir alguien á mi habitación y no quiero que sepan lo que escribo. Adiós.

b delicadeza de los sentimientos, separado de todas las
s amarguras con que se le desfigura y aumentado por
el la confianza y las efusiones del corazón. Pero desgra-
ciadamente este sentimiento tan halagador para una
r mujer sin experiencia no tiene realidad en la vida. El
o desengaño por lo general viene demasiado tarde.

» Al principio era yo lo suficientemente buena para
o escandalizarme de dos defectos que notaba en los
hombres : su inconstancia y su falsía. Reflexionando
bien, he visto que por el primero de estos defectos,
son más desgraciados que culpables. ¿Dada la natu-
raleza del hombre, es posible que su corazón esté
siempre lleno del mismo objeto? No. ¿Pero su false-
dad merece la misma indulgencia? La mayor parte
atacan á las mujeres á sangre fría, con el propósito
de divertirse ó de sacrificarlas á su vanidad para llenar
el vacío de una vida ociosa ó para adquirir cierta
reputación fundada en la pérdida de la nuestra. Esos
son la inmensa mayoría; ¿cuál es el medio de distin-
guirlos de los verdaderos amantes? Todos tienen el
mismo aspecto; y el hombre que finge estar enamorado,
es más seductor, á veces, que el que lo está en
realidad.

» Somos bastante cándidas para hacer del amor
algo de primordial importancia. En cambio, los
hombres lo tomáis como un juego; rara vez nos entre-
gamos sin una verdadera inclinación; vosotros sois
tan poco delicados que hasta nos perseguís sin inter-
rés. Nosotras hacemos de la constancia un deber
vosotros cedéis sin escrúpulo al menor disgusto. Ni
siquiera guardáis las formas al abandonar una querida
cuya posesión seis meses antes constituía vuestra
gloria y vuestra felicidad. ¡ Feliz todavía si con crueles
indiscreciones no la castigáis por sus bondades!

puesto que se me ha escapado la palabra, estoy tentada, á trueque de molestaros, de explicar por qué singular gradación he llegado á ser lo que habéis visto.

» Durante mi matrimonio llevé una vida retirada. Vos conocísteis al conde y su gusto por la soledad. Viuda ya, mi incertidumbre fué grande al tratar de determinar la forma de presentarme en el mundo. Me interrogué á mí misma; en vano quise ocultármelo : me gustaban los placeres de sociedad y al mismo tiempo estaba resuelta á observar en mi conducta, pureza de costumbres. ¿Cómo conciliar todo esto? Muy difícil me pareció formar un sistema de conducta que, sin comprometerme, no me privase de las dulzuras de la vida.

» He aquí cómo yo razonaba. Destinadas á vivir entre los hombres, hechas para agradarles y para compartir su bienestar, debemos también sufrir sus extravagancias. Sobre todo, hemos de temer su malignidad con nosotras. Parece que en nuestra educación no se han propuesto más objeto que el de hacernos aptas para el amor; es la única pasión que nos han permitido y, por una contradicción extraña y cruel, no nos han dejado más que una gloria : la de resistir á nuestra inclinación. Examinaba lo que había que hacer para aproximar en la vida dos extremos tan opuestos y por todas partes no encontraba más que inconvenientes.

» Somos — me decía á mí misma — lo bastante sencillas, cuando entramos en el mundo, para imaginar que la mayor felicidad de una mujer es la de amar y ser amada; entonces suponemos que el amor está fundado en la estimación, sostenido por el reconocimiento de cualidades amables, depurado por la

Cuando encuentra un objeto digno de su atención natural es que con él se apasione; su afección se mide por la extensión de su inteligencia; no puede preocuparse de un modo vulgar. Hay, pues, que evitar la unión con esos caracteres, y por poco que se estime la propia tranquilidad, debe huirse del encuentro y de la comunicación con los hombres de que acabo de hablar. Formémonos un carácter que nos procure dos ventajas á la vez; la una, preservarnos de impresiones demasiado fuertes, y la otra, apartarnos de los hombres que nos las podían causar. Adoptemos un aspecto que les impida mostrarse en lo que tienen de estimable y pongámosles en la necesidad de querer agradarnos por la frivolidad, por lo cómico. Por afectados que sean sus defectos, nos darán armas contra ellos. ¿Qué estado puede procurarnos estos preservativos? El de viuda joven, seguramente.

» Os extrañáis de la rara consecuencia que he deducido de tan serios razonamientos. Más os extrañaréis aún cuando me escuchéis argumentar en forma para probaros que tengo razón; escuchad hasta el fin. Conozco lo claro de vuestro espíritu; aunque os parezca frívola, sé pensar y creo que terminaréis por participar de mi opinión.

» ¿Creéis que las apariencias de virtud son garantía contra las asechanzas del amor? ¡Pobre recurso! Cuando una mujer es capaz de una debilidad no se humilla en razon directa de la estimación que había querido inspirar. Cuanto mayor ha sido su virtud tanto más se ceba en ella la malignidad

» Por otra parte, ¿qué idea se forma el mundo de una mujer virtuosa? Los hombres no son lo suficientemente injustos para creer que la mujer más honesta es la que mejor oculta sus debilidades ó la que por

» Había momento en que tomaba las cosas por lo trágico y me decía : — Si el amor lleva consigo tantas desgracias, una mujer que estime su tranquilidad y su reputación, no puede amar. Sin embargo, todo me dice que tenemos un corazón, que este corazón está hecho para el amor y que el amor es involuntario. ¿Por qué destruir una inclinación que forma parte de nosotras mismas? ¿No sería rectificarla la determinación más prudente? Veamos cómo de ese modo es posible el éxito.

» ¿Qué amor es el peligroso? Lo he notado : el que ocupa entera el alma, el que nos hace incapaces de otra preocupación que no sea nuestro amor, el que hace que todo lo sacrifiquemos al objeto amado.

» ¿Cuáles son los caracteres susceptibles de semejantes sentimientos? Precisamente, los más sólidos, los que menos se manifiestan al exterior, los que unen á una razón equilibrada mucha nobleza y elevación en la manera de pensar.

» ¿Cuáles son los hombres más razonables para mujeres de este temple? Los que no poseen más cualidades brillantes que lo que es necesario para dar valor á un mérito esencial. Hay que convenir en que estos hombres son una compañía muy mala para una mujer que piensa. Verdad que son raros en la actualidad y que ningún siglo más á propósito que el nuestro para ponernos á cubierto de las grandes pasiones, pero la desgracia puede hacer que encontremos un hombre así.

» Dicen los moralistas que cada una de nosotras posee un fondo de moralidad destinado á ejercerse sobre algún objeto, sea el que quiera. Una mujer razonable no se afecta por mil pequeñas cualidades que agradan en los hombres á las mujeres vulgares.

que la plaza está tomada y espera su turno pacientemente. La perseverancia le dará mal resultado : ella anunciaría su pasión por otro y exigiría las deferencias que se deben á los arreglos hechos con anterioridad. Así es que la bella está defendida hasta por la mala opinión que de ella se tiene.

» Leo en vuestros ojos lo que váis á decirme : todo eso puede perjudicar á mi reputación y arrojarme en los inconvenientes que quiero evitar. ¿No es ese vuestro pensamiento? ¿No sabéis acaso que ni la conducta más austera se salva de los alfilerazos de la crítica? La opinión de los hombres es lo que forma nuestra reputación y tanto la buena como la mala idea que tienen de nosotras es casi siempre falsa. Es la prevención, una especie de fatalidad lo que determina su juicio; de suerte que nuestra gloria depende mucho menos de una virtud real que de la coincidencia feliz de las circunstancias. No debe ser la esperanza de ocupar un lugar digno lo que nos mueva sólo á practicar la virtud, sino también el deseo de estar bien consigo misma y el de poder decirse, sea la que quiera la opinión pública con respecto á nosotras : *Nada lengo que reprocharme*. ¡Qué importa después de todo lo que se diga acerca de nuestra virtud, si la conservamos en efecto !

» Quedé convencida de que debía debutar en el mundo adoptando la máscara que creí más favorable á mi tranquilidad y á mi fama. Me enlacé todavía más estrechamente á la amiga que me había ayudado con sus consejos. Era la marquesa de parienta mía. La conformidad de nuestros sentimientos era perfecta. Frecuentábamos la misma sociedad. El amor al prójimo no era en verdad nuestra virtud favorita. Entrábamos en un corro

una vida retirada se ve en la imposibilidad de tenerlas. Llevan la malignidad — tanto temen concedernos alguna perfección — hasta suponer que nos hallamos siempre en un estado violento cuando intentamos resistirles. No hay mujer honrada — dice un amigo nuestro — que no esté cansada de su oficio. ¿Y cuál es la recompensa de los tormentos á que nos creen condenadas? ¿Elevan altares á esfuerzos tan heroicos? No. La mujer más honesta, según ellos es aquella de la que nadie habla; es decir, que una perfecta indiferencia, un olvido general es el premio de nuestra virtud. ¿Verdad que hay que tener mucha para conservarla á ese precio? ¿Qué mujer no se verá tentada de abandonarla? Pero hay cosas graves que no saben disimularse.

» El deshonor sigue á una debilidad. La vejez es horrorosa por sí misma; ¿qué será si hay que pasarla entre remordimientos? Sentí la necesidad de evitar esa desgracia. Me figuraba que no podría lograrlo sino condenándome á una vida muy austera y no me sentía con bastante valor para ello. Pero pronto me pareció mi situación la más adecuada para conciliar los placeres con la virtud. Por la sonrisa que se os escapa, veo que esa idea os parece una paradoja. Sin embargo, es más razonable de lo que pensáis.

» ¿Una viuda joven está obligada á tener una pasión? ¿No la dispensan que se muestre tierna? Basta que sea amable y que todo lo haga al exterior. Si representa bien su papel nadie sospecha que tenga un corazón. Buena presencia, modales, lenguaje á la moda, caprichos, iahúsias, gustos raros, es todo lo que se exige. Puede ser virtuosa en el fondo impunemente. ¿Á quién se le ocurre atacarla? Si encuentra resistencia pronto reune á su empresa. Supone

resistencia que le he opuesto ha sido preciso amarle y mi razón justifica á mis ojos el agrado que me inspira. ¡Feliz si no me procura nunca un cambio de sentimientos! No he podido menos de dejarle entrever mi verdadera manera de pensar; temía que me creyese tan ridícula como parecía. Y cuando mi sinceridad debía hacerme menos amable á sus ojos (porque yo sé que la frivolidad cautiva á los hombres más que el mérito efectivo) quiero mostrarme á él tal cual soy. Sentiré no deber su corazón más que á una perpetua mentira de toda mi persona.

» Menos sorpresa me causa — dijo entonces M. de la Sablière — la novedad de vuestro proyecto que la habilidad con que habéis hecho plausible una idea tan singular. Es imposible extraviarse con más talento. Habéis experimentado la suerte de todos los que se empeñan en la verdad, de un determinado sistema. Dan largos rodeos, pero de nada les sirven, porque tropiezan con los escollos que querían evitar. Usando del privilegio, que me habéis concedido, de deciros sinceramente la verdad, os aconsejaré que toméis el estado de mujer razonable, porque es el único medio de que conservéis la tranquilidad. Nunca se gana nada capitulando con la virtud. »

Quando oí que la conversación tomaba este giro, comprendí qué iba á terminar; me alejé rápidamente y no pensé más que en satisfacer vuestra curiosidad. Me he excedido escribiendo. Dentro de dos días volvemos á París.

como en un salón de baile en que sólo nosotras estuviéramos enmascaradas. Nos permitíamos toda clase de locuras; excitábamos á los ridículos para que se mostraran. Después de divertirnos mucho en esta comedia, el fin no era el de nuestros placeres; se renovaban en el *téte a téte* de sociedad. ¡Qué estúpidas nos parecían las mujeres! ¡Qué fatuidad, qué impertinencia, qué vaciedad en los hombres! Si en el ambiente en que vivíamos aparecía uno capaz de hacerse temer, es decir, de hacerse estimar, le desolábamos con nuestra conducta, con el poco caso que afectábamos hacerle y con las burlas con que abrumábamos á los que menos lo merecían. Para permanecer insensibles creíamos que era indispensable ver mala compañía.

» Por largo tiempo esta conducta nos ha librado de los lazos del amor y nos ha salvado del fastidio mortal que una virtud triste y más grave hubiera esparcido sobre nuestra vida. Frívolas, imperiosas, decididas, hasta coquetas en presencia de los hombres, pero sólidas, razonables, virtuosas á nuestros propios ojos, éramos felices con este carácter. No se presentaba ningún hombre al que pudiéramos temer. Los dignos de ser temidos se veían obligados á ser ridículos para que los sufriéramos y celebráramos sus ocurrencias.

» Pero lo que me ha hecho dudar de la verdad de mis principios, es que no me han preservado siempre de los peligros que quería evitar. He comprobado por mí misma que el amor es un pagaré que no hay que tomar á juego. No sé por qué fatalidad el marqués de Sévigné ha sabido hacer mis proyectos completamente inútiles. Á pesar de las precauciones ha encontrado el camino de mi corazón. No obstante la

condesa? He de confesarlo; he juzgado á mi sexo con demasiado rigor y dispuesta estoy á darle una reparación. Hay más mujeres enérgicas y virtuosas de las que yo había creído. ¡Qué fondo de razón! ¡Qué conjunto de cualidades estimables en nuestra amiga! No, marqués, no he podido rehusarle los sentimientos de mi más delicada estimación y, sin consultar vuestros intereses, me he unido á ella contra vos. Me censuraréis, pero la confianza que había puesto en mí ¿no exigía una correspondencia por mi parte? No os ocultaré mis maldades; he llevado la malicia hasta el punto de enterarla del fruto que podíais sacar de lo que os he escrito sobre las mujeres. « Comprendo — me ha dicho — lo temible que es un amante que une á un tan gran conocimiento del corazón el talento de expresarse de una manera noble y delicada. ¿Qué ventajas no tiene con una mujer que piensa y razona? Lo he notado; por el razonamiento la seduce. Tiene el arte de justificar con habilidad á los ojos de su razón los extravíos á que él la arrastra. Una amante se cree obligada á establecer la debida proporción entre los sacrificios y el conocimiento que ella tiene de sus buenas cualidades. Con un hombre vulgar, una debilidad es una debilidad; con un hombre de talento, es un tributo que se debe á su mérito y hasta una prueba de nuestro discernimiento; hace el elogio de nuestro gusto, se aplaude por él. Convirtiendo en provecho de la vanidad lo que quita á la virtud ese encantador, nos oculta la graduación de nuestras debilidades ». Tales son los sentimientos de la condesa con respecto á vos; no sé si os permiten abrigar alguna esperanza.

No ignoro que mejor hubiera sido hacer estas reflexiones y realizar nuestro proyecto sin enterarse

CARTA XXXII

Ya estamos de vuelta, marqués; pero las noticias que os traemos no son de vuestro gusto. Nunca habéis tenido una ocasión tan apropiada como la presente para calificar de caprichosas á las mujeres. La última vez os escribía yo para deciros que la condesa os amaba; hoy es para comunicaros todo lo contrario. Se han tomado resoluciones extrañas contra vos; es cosa decidida; la condesa no quiere amaros si ha de sacrificar su tranquilidad; ha visto las consecuencias de una pasión como la vuestra y se ha asustado. Ha tomado el partido de detener los progresos de esa pasión. Las pruebas que os ha dado de su inclinación hacia vos, no os sirven de consuelo. Los hombres os imagináis que cuando una mujer ha confesado su amor, ya no puede romper vuestras cadenas : desengañaos. La condesa es mucho más razonable de lo que creéis y, no os ocultaré, que debe á mis consejos gran parte de su firmeza. No contéis más con mis cartas; no tenéis necesidad de más consejos para conocer á las mujeres. Hasta tengo algún sentimiento por haberos proporcionado armas contra ellas. Sin eso, ¿hubiérais llegado á conmover el corazón de la

sabéis hasta qué punto extendo mis derechos sobre vos. Mis sentimientos serán siempre los mismos y, en cuanto á vos, sois lo suficientemente justo para que lo que hago en favor de una amiga, no disminuya vuestra estimación por mí. Hasta muy pronto en casa de la condesa.

de nada, y esa era nuestra primera resolución; ¿pero podía yo en conciencia trabajar secretamente contra vos? ¿No hubiera sido traicionaros? Por otra parte; obrando, así, parecería que nos inspirabais temor y nos sentimos con el suficiente valor para avisaros todo lo que haremos para resistir vuestros ataques. Ved, marqués; nuestros deseos de veros rayan en la impaciencia. ¿Queréis saber la razón? Es que os esperamos sin temor. No es una amante con quien vais á combatir; sería un adversario demasiado débil; es una mujer de sangre fría que se interesa en salvar del naufragio la razón de su amiga. Yo penetraré hasta en el fondo de vuestra alma; leeré vuestros designios perversos; los prevendré y haré inútiles todos los artificios de vuestro ingenio. Me acusaréis de traición; venid esta noche y os prebaré que mi conducta está de acuerdo con la más exacta equidad. Mientras vuestra inexperiencia ha necesitado ser iluminada, sostenida, alentada, mi celo por vos me ha hecho sacrificar todo á vuestros intereses. Entonces toda la ventaja estaba del lado de la condesa. Pero las cosas han cambiado. Su energía apenas puede resistiros. Antes tenía en su favor su indiferencia y lo que era mejor, vuestra torpeza; ahora la experiencia la tenéis vos, y ella es la parte débil. Después de esto sería incalificable que yo me uniera á vos contra ella, traicionando la confianza que ha puesto en mí y rehusando los auxilios que tiene derecho á esperar. Si sois sincero, vos mismo lo reconoceréis así. Quiero en adelante reparar el mal que puedo haber hecho revelándoos nuestros secretos, iniciándoos en nuestros misterios. No sé por qué; pero cuando gozo poniéndoos obstáculos, me parece que trabajo por cuenta propia; y sin embargo, bien

Después de todo estoy tentada de compadeceros y si os viera tomar esto muy á pecho, no sé qué haría para endulzar vuestra situación. Pero conozco vuestra energía; en cuanto pasen los primeros momentos veréis que el mejor partido que podéis tomar es el de reduciros á la cualidad de amigo que tan generosamente os hemos ofrecido. Debéis de teneros por feliz, porque vuestra despedida podría ser absoluta. No os hagáis de ello un gran trofeo; seríais peor tratado si os temiéramos más. Adiós, marqués. La condesa que está á la cabecera de mi cama os dice mil cosas tiernas, satisfecha de la discreción con que habéis procedido; no insistir cuando dos damas se oponen, es el máximun de la galantería. Tanta modestia las desarmará seguramente y podrá algún día excitar su piedad. Esperad. Os lo permitimos.

DE LA CONDESA.

Aunque concibierais las esperanzas más halagadoras pondría dos palabras al pie de esta carta. No la he leído, pero sospecho que se trata de mí. He querido escribiros por mi mano que hoy estaremos solas. Quisiera también asegurarme de que os amo de un modo insignificante, que á nada compromete y de que tengo todos los deseos del mundo de no amaros más. No obstante, si decidierais venir, os participo que vuestro corazón se expondrá á un gran peligro. Me quieren hacer creer que estoy más bella que nunca y nunca me he sentido tan dispuesta como hoy para trataros mal.

CARTA XXXIII

¿Os causan miedo dos mujeres, marqués? ¿Desesperáis de vuestros asuntos, porque se oponen á que vuestros propósitos se realicen y hasta abandonáis la partida? Os creía más animoso. Verdad es que la condesa ha estado admirable por su energía. No comprendo cómo ha podido resistir vuestros transportes amorosos toda una velada. Nunca os he visto tan seductor y ella misma acaba de confesarme que nunca os había encontrado tan temible. Pero respondo de ella, puesto que su firmeza no se ha desmentido en una ocasión tan peligrosa. La manera de sostener el tono irónico me hace creer que está enamorada de un modo vulgarísimo. Una mujer verdaderamente herida no juega con el sentimiento como lo ha hecho la condesa. Esto me sugiere una idea singular. Sería gracioso que con todas estas bromas descubriéramos, que vuestra tierna Adelaida no os ama más que hasta cierto punto. ¡Qué golpe para vuestra vanidad! Querríais vengaros y de seguro que muy pronto encontraríais bellas dispuestas á consolaros de vuestra pérdida. ¿Cuántas veces no os hará decir el despecho? » ¿Qué es el corazón de una mujer? ¡Que me lo definan ahora! »

resistir tanta frialdad. El temor de que esa indiferencia fuese real, la ha sumido en una mortal inquietud. Venid, cruel, venid á ver vuestra obra; venid á enjugar las lágrimas que habéis hecho correr; venid á gozar de vuestra victoria y de nuestra derrota. ¡ Dios mío, lo que trastorna el amor la cabeza de la mujer más razonable del mundo! ¡ Lástima que no hayáis sido testigo de los reproches que acabo de soportar! Según la condesa, he tenido de su virtud una desconfianza injuriosa, de vuestras pretensiones una falsa idea y os he supuesto designios criminales para tener el placer de castigaros. Que sois dura, injusta, cruel, ¡ qué sé yo los epítetos con que me ha abrumado! ¡ Qué arrebatos! ¡ Oh! os aseguro que será esta la última tormenta que soportaré por mezclarme en vuestros asuntos, y que renuncio muy cordiamente á las confidencias con que me honrasteis, primero vos y luego la condesa. Está visto que los consejeros en semejantes casos tienen un papel nada bello; se encargan de lo que hay de enfadoso en la querrela y los amantes, en cambio, se aprovechan de la reconciliación.

Sin embargo, reflexionando bien, he creído que no debía darme por ofendida. Sois dos niños cuyas locuras me servirán de diversión: os miraré filosóficamente y terminaré por ser amiga de los dos; venid en seguida para saber si la resolución os place. No hagáis más el cruel. Venid á hacer la paz ¡ pobres niños! Tiene el uno miras tan inocentes y el otro está tan seguro de su virtud, que estorbar su amor sería afligirles sin razón ninguna.

CARTA XXXIV

Todo esto, marqués, pasa de broma. Explicaos, hacedme ese favor. ¿Habéis hablado en serio al dar á entender que en esta ocasión yo obraba impulsada por los celos y que procuraba ponerme á mal con la condesa para aprovecharme de la ruptura? Ó sois el más malo ó el más hábil de los hombres. El más malo, si habéis podido sospechar lo que decís; el más hábil, si habéis querido con esa mentira, hacerme sospechosa á los ojos de mi amiga. Lo más claro de todo el enredo, es que la alternativa es para mí igualmente injuriosa, porque la condesa ha tomado la cosa muy en serio. Acabo de encontrarme con ella en un apuro. ¡ Cuán malvado sois y qué bien conocéis vuestro ascendiente sobre su corazón ! Ningún ataque mejor podfais emplear que el adoptar la indiferencia que con ella habéis adoptado. No dignarse responder á mi última carta; no acudir á la cita que se os había dado; estar tres días sin venir; escribirnos después de esto, la carta más fría del mundo... os lo confieso francamente; es portarse como consumado galán; es un golpe maestro. El éxito más completo ha coronado vuestros proyectos. La condesa no ha podido

o del objeto amado. La agitación que le anima, el fuego en que toda su persona se abrasa, excitan nuestros sentidos, enardecen nuestra imaginación, llaman á nuestros deseos. Se lo decía yo un día á la condesa : nos parecemos á un clavicordio; por muy dispuesto que esté para responder á la mano que debe tocarle, permanece en silencio hasta que siente la impresión de esa mano; entonces los sonidos se harán oír. Terminad el paralelo y sacad las consecuencias. Después de todo, ¿de qué os quejáis, señor metafísico? Ver á la condesa, oír la dulzura de su voz, prodigarla todo género de atenciones, llevar la delicadeza de los sentimientos á su grado más alto, escuchar sus discursos sobre la virtud, ¿no es para vos la suprema felicidad? Dejad á las almas groseras esos sentimientos que comienzan á desarrollarse en vos. Examinándoos se ve que no anduve muy descaminada al sostener que el amor era la obra de los sentidos. Vuestra propia experiencia os obliga á confesar que alguna razón tenía. No me disgusto por eso. Que seáis castigado por vuestra injusticia. Adiós.

El caballero, vuestro antiguo rival, se ha vengado de los rigores de la condesa, dirigiéndose á la marquesa. Esa elección hace el elogio de su buen gusto; están hechos el uno para el otro. Mucho me alegraré de saber adonde podrá conducirles esta bella pasión.

CARTA XXXV

Estoy convencida, marqués; el único medio de vivir en armonía con una mujer, por muy razonable que sea, es no mezclarse nunca en sus asuntos de amor. Mi resolución está tomada. En adelante no hablaré de vos á la condesa sino cuando me fuerce á ello; no gusto de las disputas. No obstante, esa resolución no cambiará mis sentimientos para con vos ni la amistad que con ella quiero conservar. Pero aunque sea su amiga, ningún inconveniente habrá para que reanudemos la antigua costumbre; continuaré, puesto que así lo deseáis, comunicándoos mis ideas sobre las situaciones en que os encontréis, pero con la condición de que alguna vez me permitiréis reir á costa vuestra; libertad que no me tomaré hoy, porque si la condesa sigue el plan que se ha trazado, si persiste en no veros frente á frente, vuestros asuntos no avanzan tanto como quisierais. Se acuerda de lo que la he dicho : conoce su corazón, tiene razón para temerlo. Sólo una mujer imprudente confia en sus fuerzas y se expone sin inquietud á los arrebatos de pasión del hombre á quien ama. Nada para nosotras es tan peligroso como la presencia, la proximidad

algo peor que ofenderlas; es portarse con una torpeza indigna de un nombre distinguido. Hay que aplaudir su amor si queréis sacar algún partido de él. Aspiran á mostrarse de un t mperamento delicado y sólo sensible   los placeres espirituales; es su sistema. Si algunas proceden de buena fe, en cambio, la mayoría no se forjan ilusiones y no descan más que imponerse.

Pero sea la que quiera, la causa que las determina   engan aros,  verdad que os consider is felices de que se tomen esa molestia? Debéis de estarlas agradecidos, porque de ese modo dan un gran precio   cosas que parecerían poco deseables. Admirad nuestra habilidad : fingiendo indiferencia por lo que llam is placeres del amor, afectando cierto desdén por esas dulzuras, aumentamos la importancia del sacrificio que os hacemos; es decir, que sabemos colocar en el puesto de agradecidos   los autores de las alegrías que disfrutamos; vosotros sabéis que recibimos muy   gusto los bienes que nos produc is. Debíamos engan aros y hemos escogido la forma más agradable; vosotros sois los primeros favorecidos con esta superchería; no podemos multiplicar las dificultades sin aumentar el precio de la victoria.  Las penas, las inquietudes no son la moneda menuda con que los amantes pagan sus placeres? Que satisfacción tan grande para vuestra vanidad la de poder deciros   vosotros mismos : esta mujer tan delicada, tan insensible   las impresiones de los sentidos, esta mujer que tanto temía perder su reputación, me sacrifica   pesar de toda su repugnancia, sus temores y su orgullo. Mi mérito, los atractivos de mi persona, mi habilidad, han vencido obstáculos invencibles para los demás. Si las mujeres procedieran de buena fe,

CARTA XXXVI

¿Creéis, marqués, que no he sentido toda la ironía de los cumplimientos que me dirigís por mi pretendida reconciliación con la condesa? Nunca hemos regañado; me ha rogado que perdone las vivacidades de su carácter y que continúe aconsejándola. ¿Para qué servirán esos consejos si no es para prepararos un triunfo más? Lo mejor que yo podía hacer era aconsejarla que rompiese con vos, porque por mucha confianza que ella tenga en su energía la huida es el único preservativo seguro contra vos. La condesa creé que ha hecho una cosa extraordinaria al deciros lo que en vuestra carta me comunicáis. Ninguna mujer razonable deja de emplear el mismo lenguaje cuando el amante comienza á hacerla ver sus respetuosas pretensiones. No quiero más que vuestro corazón — dicen, — vuestros sentimientos, vuestra estimación; eso es lo que desco. Encontraréis muchas mujeres poco delicadas que se creerían muy felices aceptando lo que yo rehusó. Jamás envidiaré una felicidad de esta clase... Guardaos, marqués, de combatir abiertamente esos bellos sentimientos; dudar en esas ocasiones de la sinceridad de las mujeres, es

CARTA XXXVII

Creo sinceramente que un hombre de vuestra condición, que un militar se vea expuesto á tolerar malas compañías; por consecuencia, alguna vez es arrastrado hacia las divinidades de que me habláis en vuestra carta. Á pesar de ello, no os habéis equivocado; os censuraría si no estuviera segura de que en el estado de vuestro corazón, las heroínas de bastidores no son peligrosas para vos. Pero la condesa es menos indulgente; no me extrañan sus celos; me confirma en mi manera de pensar acerca de las metafísicas. Veo que su sinceridad no existe. Sus quejas son bien singulares. ¿Por qué, en fin de cuentas, que se las quita? Nada son esas bellas para el sentimiento y este es el que quiere poseer la condesa.

Las mujeres no están de acuerdo ni con ellas mismas siquiera. Quieren hacer creer que desprecian á las hermosuras de los teatros, pero las temen demasiado para no inspirarlas más que desprecio. Después de todo, ¿hay razón para temerlas? ¿No sois más sensible á la libertad y facilidad de su trato que al de una mujer razonable que sólo ofrece orden, decencia y uniformidad? Con las primeras, los hombres pueden

si tuvieran tanta precipitación en mostrar sus deseos como vos tenéis en conocerlos, no podríais decirlos todo eso. ¡Qué de placeres perdidos! No hay que acusarlas por este artificio, porque de él nacen ventajas para los dos; fingid que estáis engañado y veréis el placer que experimentáis.

¿Qué me diría la condesa, si supiera que os escribo?

que las hacen obrar de la sensibilidad del corazón. Tomáis por exceso de pasión lo que es borrachera de los sentidos. Creéis que os aman, porque sois amable, y os aman, porque sois hombre. Á esas mujeres temería yo de estar en el puesto de la condesa.

De esas mujeres es la rentista que se ha introducido en su sociedad. Ya la he prevenido. En vuestra última carta me hablabais de los melindres que os ha hecho; nada de más hará la condesa si desconfía de ella. Vuestra pasión por nuestra amiga es ahora muy intensa para que no la sacrificuéis todo. Pero me parece que no seréis siempre lo mismo. M^{me} de... es bella y tiene buen humor; está en esa edad en que las mujeres gustan de dar á las jóvenes la primera lección de galantería. El aire interesante y afectuoso que en ella encontráis, producirá su efecto; tened cuidado; os lo advierto á tiempo. Suele ocurrir que á medida que se desprecia á esas mujeres, se las encuentra nuevos atractivos; poseen el secreto de haceros cometer más locuras que todas las demás mujeres.

mostrarse como son; parece que se hallan en su estado natural: con las segundas, se contienen, se observan, fingen. Por lo que de algunas me han dicho, veo que son muy capaces de hacer cometer una infidelidad al hombre más enamorado. Pero en un hombre sensato esta infidelidad no es duradera. Pueden excitar un vivo placer, pero no una pasión verdadera

Esas mujeres serían peligrósimas si siempre os divirtieran tanto como las primeras veces que las veis. Un poco de gracia en el hablar y de decencia en las apariencias, y ya os agradan. ¡ Sois con frecuencia tan poco delicados! Su libertad de lenguaje, la viveza de sus salidas, sus aturdimientos os gustan extraordinariamente; una alegría viva y loca se apodera de vosotros y las horas pasadas con ellas os parecen minutos. Pero, felizmente para vosotros, no tienen los medios suficientes para sostener un papel tan divertido. Como todas carecen de educación y de cultura, pronto recorren el círculo que tienen que describir; las mismas gracias, los mismos cuentos, las mismas monadas. Que se tranquilice la condesa; os conozco bastante para poder responder de que esas mujeres nada pueden contra vos; más temibles son las mujeres galantes, porque son equívocas. Ocupan el término medio entre las mujeres honestas y esas de que acabo de hablar; viven con las primeras y no difieren de las otras más que por el aspecto. Más voluptuosas que tiernas seducen dando á los sentimientos menos delicados un matiz de pasión que los confunde con el

amor. Saben dar una impresión de ternura á lo que no es sino gusto por los placeres; os hacen creer que se han rendido por el conocimiento de vuestro mérito; si no las conocéis como galantes es imposible apreciar el matiz que distingue los verdaderos motivos

cuyas causas es inútil indagar. Cuanto más vivos han sido esos movimientos, tanto más profunda es la calma que á ellos sigue, y esa calma es siempre más funesta para el objeto amado que la tormenta y la agitación. El amor se apaga por una resistencia demasiado severa ó demasiado uniforme. Por eso, la mujer inteligente varía la forma de resistir. La condesa prefiere los deberes de la amistad á los deberes del amor, y esta es una nueva razón de su frialdad. El amor es un sentimiento celoso y tiránico que no se satisface más que cuando el objeto amado sacrifica todos sus gustos y todas sus pasiones; y si á él se prefiere el deber, la amistad se cree con derecho á quejarse y busca la venganza. Las atenciones que habéis tributado á M^{me}... son la prueba y las llevasteis al extremo de acompañarla á su casa. El tiempo que allí estuvisteis, el placer de la conversación con ella, las preguntas que os haría sobre el estado de vuestro corazón, todo eso prueba la verdad de lo que os decía en mi última carta. Afirmáis que vuestro amor por la condesa nunca ha sido tan firme como ahora; pero vuestra turbación cuando os ha preguntado si habíais estado mucho tiempo en casa de su rival, el deseo, que os noté, de engañarla con una respuesta equívoca, el cuidado que tenéis de disipar sus sospechas, me anuncian que sois más culpable de lo que vos mismo os figuráis. La condesa comprende las consecuencias de todo eso. ¿No veis la afectación que emplea para daros celos, valiéndose de vuestro antiguo rival, el caballero? Os respondo de que no volveréis á caer en esas languideces de que hablábamos hace un momento. Los celos ocuparán todo vuestro tiempo. ¿Y creéis que la marquesa no ha de influir en vuestros asuntos? Lo veréis dentro de poco; los estragos de la viruela

CARTA XXXVIII

Acabo de discutir con M. de La Bruyère. ¿Admiráis mi temeridad? Pues á pesar de vuestra extrañeza, es verdad. Sostenía él que Corneille ha pintado á los hombres como deben ser, y Racine, como son; yo sostenía lo contrario. Hombres ilustres eran los espectadores del combate y en mi favor ha habido sufragios que podrían enorgullecerme, si fuera orgullosa. Cada uno tiene su manera de pintar y yo tengo la mía también. Yo presento las mujeres como son y mucho siento no poder pintarlas como debían ser. Y contesto á vuestra carta.

La especie de languidez que de vos se ha apoderado, no me extraña. La enfermedad de la marquesa os ha impedido verla; vuestro corazón, durante tres días, ha estado en la misma situación, y por eso nada tiene de particular que el hastío os haya hecho una pequeña visita. En las pasiones más grandes se experimentan esas impresiones de tibieza que extrañan hasta á los que las sienten. Sea porque el corazón en fuerza de agitarse se cansa del mismo movimiento, sea porque no puede estar incesantemente ocupado con el mismo objeto, lo cierto es que hay momentos de indiferencia

CARTA XXXIX

Las señales que la viruela ha dejado en el rostro de la pobre marquesa, la hacen insociable. Su resolución de no mostrarse á nadie, no me sorprende. Si el accidente que la humilla no hubiese sucedido, ¿cuánto no hubiera hecho sufrir al caballero? ¿No prueba eso que la virtud de las mujeres depende de las circunstancias y que disminuye con su orgullo? Pero temo un ejemplo tan perjudicial para la condesa. Nada es tan peligroso para una mujer como las debilidades de su amiga; el amor seduce por contagio. La mujer culpable se interesa, para justificarse, en conducir á su amiga al mismo precipicio. No me extraño de lo que la marquesa dice en vuestro favor. Las dos se han dejado guiar por los mismos principios. ¡Qué vergüenza para la marquesa que esos principios sólo hayan servido para guardar á la condesa. La marquesa tiene además una razón para contribuir á la caída de su amiga; se ha quedado fea y, por consiguiente, obligada si quiere conservar á un amante á algunas complacencias más. ¿Cómo va á sufrir tranquila que otra lo conserve á menos precio? Sería reconocer una superioridad humillante; estoy segura de

no sólo han desfigurado su rostro. Cuando ella conozca su infortunio, su carácter, será muy diferente. ¡ La compadezco ! ¡ Compadezco á todas las mujeres ! ¡ Con qué cordialidad las odiará ! La condesa es su mejor amiga. ¿ Lo será mucho tiempo ? Es hermosa y su tez es tan bella que á su lado todas se oscurecen. ¡ Cuántas tormentas preveo !

Me olvidaba de deciros algo importante. Habéis tenido la indiscreción de enseñar mis cartas á M. de La Rochefoucauld. Si continuáis así, cesaré de escribiros. Quiero comunicarle de viva voz mis ideas. Es preciso escribir muy bien para salir del examen de semejante lector.

razarse la una de la otra, la aprovechan con una viveza tan grande, se detestan con una cordialidad que prueban lo mucho que antes se amaban.

¿Os hablo con franqueza? Ved hasta donde llega mi sinceridad. Trato de daros ideas precisas de todo aun á costa mía; porque yo no estoy exenta de los defectos que critico. Pero como esto quedará entre nosotros dos, no temo ponerme en frente de mi sexo, que vituperaría mi ingenuidad. La condesa está por encima de todas esas pequeñeces; conviene de buena fe en la verdad de lo que os digo. ¿Hay muchas mujeres que se la parezcan?

que hará todo lo del mundo por llevar á su objeto á su amable viuda. Haber sido tan bella como otra mujer y no serlo ya mientras la otra embellece todos los días y sufrir continuamente su presencia, es esfuerzo fuera del alcance de la mujer más razonable y de la filosofía más determinada. Entre las mujeres la amistad termina donde comienza la rivalidad. Comprendo solamente la rivalidad de los encantos, pero no la del sentimiento.

Lo preveo con dolor, pero debo decíroslo. Por muchas precauciones que tome la condesa por no herir el amor propio de la marquesa, no hará de ella más que una ingrata. Todo lo que dice una mujer bella á otra que no lo es ó que nunca lo ha sido toma en su boca un tinte de conmiseración que humilla siempre á la que quiere consolar por la pérdida de sus encantos. Cuanto mayor es el esfuerzo por olvidar la superioridad que ella tiene sobre la pobre desgraciada más la hace patente. Las mujeres nunca se equivocan acerca de los elogios que mutuamente se prodigan; saben apreciar el justo valor de las alabanzas que entre sí se dirigen, y aun cuando la que habla elogiando la belleza de la otra, lo haga con la mejor buena fe del mundo, la que recibe el elogio para saber si es sincera, examina menos lo que oye que la figura de la otra. ¿Es fea? Entonces la cree y la ama; si es tan linda como la otra se la mira desdeñosamente; y si es más se la odia. Es imposible que entre esas dos mujeres haya una sólida amistad. Las que parecen más íntimas regañan con frecuencia por una causa fútil; ¿creéis que esa minucia haya ocasionado la querrela? No sé si quiere hacer ver que la causa es la inquietud que produce la belleza de la amiga. Cuando dos mujeres bellas encuentran un pretexto para desemba-

amante en el comienzo de una pasión; el amor es un sentimiento puramente metafísico con el cual los sentidos ninguna relación tienen. Semejante á los filósofos que en medio de los tormentos no querían reconocer que sentían dolor, ella será por mucho tiempo mártir de su propio sistema; por fin, á pesar de su teoría, la pobre mujer se conmovirá; su amante la repetirá constantemente que el amor es un sentimiento metafísico y divino; que vive de bellas frases, de discursos espirituales; que sería degradarlo el mezclarle con algo material y humano; podrá pregonar todo lo que quiera su respeto y su delicadeza, pero os aseguro en nombre de todas las mujeres, sin excepción, que el orador no tendrá fortuna. Su respeto se considerará como un insulto, su delicadeza por una irrisión y sus bellos discursos por ridículos pretextos. Se le dirá que habrá sido menos delicado con otra y por eso se ve en la triste necesidad de hacer gala de sus grandes sentimientos con la amante honorífica; y lo más admirable es que la excusa que se da sale siempre del mismo principio.

P.-S. — ¡ Vaya una deferencia la que tenéis conmigo. No sólb enseñáis mis cartas á M. de La Rochefoucauld sino que las leéis en plena reunión. Verdad es que la indulgencia con que me juzgan mis amigos me consuela un poco de vuestras indiscreciones. Si seguís así, me veré precisada á no escribiros. Al menos, sed discreto cuando os hable de cosas que interesen á la reputación de la condesa. Si no hacéis eso, no escribiré.

CARTA XL

El ejemplo de la marquesa no ha influido en el corazón de su amiga. Parece, por el contrario, que se ha puesto en guardia contra vos que os habéis atraído sus reproches por un ligero favor que os tomasteis. No me extraña que os haya recordado las protestas de respeto y de desinterés que hicisteis al declararla vuestra pasión. Es la costumbre en semejantes casos. Lo singular es que esos transportes que una mujer toma por faltas de respeto, mientras no se ha llegado á un acuerdo, se convierten en su imaginación en prueba de amor y de estimación desde el momento en que todo se ha convenido. Escuchad á las mujeres casadas y á todas las que sin serlo se permiten las mismas prerrogativas; escuchadlas en sus quejas secretas contra maridos infieles ó amantes fríos. Es que ellos las desprecian; esa es la única razón que á su juicio existe; sin embargo, lo que ellas antes consideraban como un signo de estimación y de honestidad, ¿qué es sino todo lo contrario de esto? Ya os lo decía : hay un tiempo en que las mismas mujeres — más todavía que vosotros — hacen consistir el amor en la efervescencia de la sangre. Examinad una

de vosotros ó á vosotros de quienes ó á quienes habla; de gozar de su temblor con vuestros menores transportes amorosos, de su inquietud con las más inocentes caricias! ¿Hay situación más deliciosa que la de un amante seguro de ser amado? ¡Qué encanto el de ser esperado con una impaciencia no disimulada; recibido con un cariño que es más halagador por el esfuerzo que se hace para atenuarlo! Ella se pone el adorno que más le gusta á él y adopta la posición, el tono, la manera de ser que más le agradan. Antes el tocado era para gustar á todos en general, ahora es exclusivo para él; para él esa pluma, esta cinta, aquel brazaletes. Él es el objeto de todo; amándose á sí misma, le ama á él. ¿Qué encontraréis en el amor más encantador, que la resistencia de una mujer que os suplica no abuséis de su debilidad, que quiere deberos hasta la virtud? ¿Hay algo más seductor que una voz casi ahogada por la emoción, que esas negativas que una amante se reprocha y cuyo rigor trata de dulcificar por las miradas más tiernas antes de que el amante se queje? No puedo concebirlo. En cambio, es muy cierto que en cuanto ceden á vuestros arrebatos todos esos placeres se debilitan en razón directa de la facilidad que encontráis. De nadie más que de vosotros los hombres depende el prolongarlos, el aumentarlos, dándoos cuenta de toda su dulzura, para saborearla. Pero no os halláis satisfechos más que con la posesión entera, fácil y continua. Y después de esto os sorprendéis de encontrar indiferencia, frialdad, inconstancia en vuestro corazón. ¿No habéis hecho todo lo preciso para hartaros del objeto amado? Lo he dicho siempre: el amor nunca muere de necesidad, sino de indigestión. Algún día os contaré lo que yo he sentido por el conde

CARTA XLI

No, marqués; digáis lo que digáis, no puedo pasaros la especie de furor con que deseáis lo que os complacéis en llamar felicidad suprema. Estáis ciego y no comprendéis que cuando se tiene la seguridad del amor de una mujer por propio interés, debe gozarse todo el tiempo que se pueda, de la derrota, antes de que sea completa. Si fuera hombre y lo bastante afortunado para enternecer el corazón de una mujer como la condesa, ¡ con cuánta discreción usaría yo de mis ventajas! ¡ Por cuántos grados de la pasión pasaría sucesiva y lentamente! ¡ De cuántos placeres desconocidos no sería yo el creador! Semejante al avaro, querría sin cesar contemplar mi tesoro, darme perfecta cuenta de su valor, sentir que era mi dicha, poner mi felicidad toda en su posesión, considerar que es mío, que puedo disponer de él y, sin embargo, afirmarme en la resolución de no privarme de tanta delicia por gastar demasiado. ¡ Qué satisfacción la de leer en los ojos de una mujer amable el poder que tenéis sobre ella; de ver en sus más insignificantes actos una impresión de ternura si en algo se relacionan con vosotros; oír enternecerse su voz si es

CARTA XLII

¡ Compadeceros yo, marqués ! Eso sí que no ; os lo juro. No habéis querido seguir mis consejos y por eso no siento que os hayan tratado del modo que me contáis. Habéis creído que era preciso sorprender á la condesa. La forma desenvuelta con que ella hablaba del amor, la facilidad de su trato, su indulgencia para vuestras locuras, la sinceridad con que ridiculizaba á las platónicas, todo esto os hacía creer que encontraríais en ella menos severidad ; pero acabáis de comprender que estabais en un error. Todas esas apariencias eran otros tantos lazos pérfidos y engañosos. Hay que convenir en que sorprender así la buena fe de las personas es un procedimiento que clama venganza y que merece todos los nombres que vos le dáis.

Pero, ¿ queréis, marqués, que os hable con mi franqueza ordinaria ? Estáis en un error muy generalizado entre los hombres. Nos juzgan por las apariencias. Piensan que una mujer cuya virtud no esté siempre en guardia es más fácil de vencer que una gazmoña ; la experiencia no les desengaña. Por eso se exponen muchas veces á rigores tanto más duros cuanto menos esperados. Entonces acusan á las mujeres

de Veréis cómo es preciso guiar una pasión para hacer duradera su felicidad; veréis cómo conozco el corazón y la verdadera dicha; aprenderéis por mi ejemplo, que la economía de los sentimientos es en amor, tal vez, la sola metafísica razonable. Conoceréis cuán poco entendéis vuestros verdaderos intereses en la conducta que hoy seguís con la condesa. Para hacer fracasar vuestros proyectos, iré á verla con toda la frecuencia que me sea posible. No vayáis á enfadaros y á repetirme que soy abogado en pro y en contra, porque estoy perfectamente convencida de que haciendo eso, obraré en provecho de las dos partes.

cólera no es lo más temible que podemos oponerles cuando nos ofenden. La que tiene necesidad de ponerse fuera de sí y de incomodarse para resistirles, muestra su debilidad. Una fina ironía, una burla picante, una humillante frialdad, eso es lo que les desconcierta. Nunca regañar y, por consecuencia, no habrá reconciliaciones. ¡ Cuántas ventajas les arrebatara este proceder !

» La mojitata sigue un camino diferente. Si se ve expuesta al menor ataque, no se cree razonable sino en proporción del resentimiento que ella ha hecho sufrir. Pero ¿á quien se impone con esta conducta? Todo hombre que conoce eso, se dice : He sido tratado así, porque he elegido mal el momento. Es mi torpeza lo que se castiga y no mi temeridad. En otro instante será bien recibido lo que hoy era un crimen; esos rigores son un aviso para que redoble mis atenciones, para merecer más indulgencia y desarmar su energía : quiere estar apaciguada. Y en este caso, el único medio de hacer olvidar la ofensa, es repetirla al tiempo que se pide perdón. Con mi teoría estoy segura de que un hombre no razonará de ese modo.

» El marqués, por ejemplo, se ha dignado algunas veces dejarme leer en sus ojos sus respetuosas intenciones. Yo no he visto más que una manera de castigarle : fingir no haberle entendido; insensiblemente he desviado su atención hacia otros objetos. Y este procedimiento me salió bien hasta el último día que estuvo en casa. No hubo medio de disimular; quería honrarme con algunas familiaridades que reprimí en el acto, pero sin encolerizarme. Creí que debía armarme menos de indignación que de razón. Le parecí más afligida que irritada, y estoy cierta de que mi dolor le conmovió más que los amargos reproches

de raras y de caprichosas; todos hablan el mismo lenguaje y dicen : ¿por qué este proceder equivoco? ¿Cuándo una bella está decidida á ser severa, por qué sorprender la credulidad de un amante? ¿Por qué no adoptar un aspecto en armonía con sus sentimientos? ¿Por qué dejarse amar cuando no se quiere corresponder? ¿No es eso jugar con el sentimiento?

Os engaáis, caballeros; eso es jugar con vuestra vanidad; en vano decís otra cosa, la vanidad es la ofendida y, si nos habláis del sentimiento, es para ennoblecer cosas que en nada se le parecen. ¿No sois vosotros los que nos forzáis á trataros así? Por poca inteligencia que tenga una mujer, sabe que el lazo más fuerte para uniros á ella es la esperanza. Si desde un principio se armase de una severidad capaz de hacerla ver como invencible, ningún amante tendría. ¡Qué soledad! La mujer más virtuosa es en el fondo sensible al deseo de agradar y hace consistir su gloria en atraerse homenajes y adoraciones. Pero no ignorando que aquellos de quienes los espera se los tributan por miras que hieren su altivez; no pudiendo corregir ese defecto, el sólo partido que le queda por tomar, es el de hacer todo lo posible para que no se alejen, para conservarlos, no destruyendo, sin embargo, esas esperanzas que no piensa satisfacer. Y con la astucia, obtiene el éxito. Cuando una mujer entiende lo que realmente la conviene, no deja de decirse lo que la condesa me confesaba en nuestra última conversación.

« Sé apreciar perfectamente el *os amo* de los hombres; no me disimulo esa verdadera significación; de mí depende únicamente el ofenderme por ella; pero cuando se les conoce bien, no hace falta más que su vanidad para desconcertar sus propósitos. Nuestra

CARTA XLIII

¡Nunca pude esperar lo que me decís! ¿Mi celo por vos no me ha atraído más que reproches? Comparto con la condesa el humor que os dan sus rigores. Si lo que me decís tuviera fundamento, nada sería tan mortificante para mí como el tono irónico con que exaltáis mis principios. Para hacerme responsable de lo que os ha ocurrido, ¿habéis podido pensar que mi objeto al escribiros haya sido daros lecciones de seducción? ¿No distinguís la diferencia que existe entre enseñaros á agradar y excitaros á seducir? Os he dicho los motivos que determinaban á las mujeres al amor; ¿pero os he dicho por esto que fuesen fáciles de vencer? ¿Os he dicho que las atacaseis por los sentidos, suponiéndolas faltas de delicadeza? No lo creo. Cuando vuestra inexperiencia y vuestra timidez podían haceros representar delante de las mujeres un papel ridículo, os he mostrado el perjuicio que esos defectos os iban á causar en el mundo. Os he aconsejado tener más confianza á fin de llevaros insensiblemente á ese atrevimiento noble y respetuoso que debéis usar con las damas. Pero cuando he visto que vuestras pretensiones iban demasiado lejos y que podían herir la reputación de la

que otra le hubiera dirigido. Salió disgustado; y ved lo que es el corazón. En el primer momento temí haberle separado de mí para siempre. Tentada estuve de reprocharme, por mi crueldad; creía que había estado demasiado cruel, pero la reflexión me consoló. ¿Han producido, alguna vez, inconstancia los rigores? »

Nosotras hablamos de esto extensamente, y lo que la condesa me dijo, me convenció de que su resolución estaba tomada. Podréis clamar contra la injusticia y tratarla de excéntrica é inhumana, pero ella no quiere más dulzuras de amor que las que nada costarán á su dignidad; y sigue esta resolución con más firmeza de lo que yo me suponía. La pérdida de vuestro corazón sería una pérdida de la que nunca se consolaría.

Pero las condiciones que imponéis para vuestra perseverancia le parecen muy duras para ser aceptadas; capitular con vos. Espera poder conservaros sin traicionar á su deber; es un proyecto digno de ella y deseo que le resulte mejor que el plan que preparó para guardarse del amor. Experemos los acontecimientos.

¿Os veré mañana en casa de la presidenta?... Á poco que podáis hablar, no dudo que haréis la paz.

Mañana me presentarán el abate Gédoyñ. La reunión será brillante. Pero os aburriréis sin duda, porque no veréis el solo objeto cuya presencia puede halagaros; y diréis de mi casa lo que Malherbe dijo tan admirablemente de los jardines del Louvre :

Por mucho que tengáis no tenéis á Calistea
Y yo no veo nada si á ella no la veo.

condesa, no os lo he disimulado; he tomado partido contra vos; nada más razonable, puesto que he llegado á ser amiga suya. Sois injusto con respecto á mí y no lo sois menos con respecto á ella. La tratáis de carácter equívoco. Según vos ni está por ni en contra de la galantería, y lo que más claro veis en su conducta, es que es coqueta de manera más razonada que las demás mujeres. ¡Qué juicio! Pero hay que perdonaros por la situación en que os halláis. Sin embargo, un hombre sin prevenciones vería en la condesa una amante tan razonable como tierna; una mujer que busca los medios adecuados para conciliar el amor y el deber. La dificultad de aliar esos términos opuestos, no es pequeña y de ella proceden las desigualdades que os hieren. Figuraos los combates que sostiene, las revoluciones que pasan por ella, su apuro para conservar un amante que una resistencia demasiado uniforme podría alejar. Si estuviera segura de conservaros resistiéndoseos menos mal; pero vos lleváis vuestra rareza hasta el extremo de abandonar la partida cuando la resistencia es larga. Haciendo elogios de nuestra virtud, nos abandonáis. ¡Qué vergüenza para nosotras! Pero puesto que en ninguno de los dos casos hay seguridad de conservar al amante, hay que preferir el inconveniente que no os haga perder ni su corazón ni su estimación. Esa es nuestra opinión: porque la condesa y yo pensamos del mismo modo. Sed más justo, marqués; compadecedla; no la critiquéis. Si su carácter fuese menos decidido, quizá estuvierais más contento de ella; pero ¿lo estaríais por mucho tiempo? Lo dudo. Adiós: contamos con veros esta noche en casa de M^{me}. de La Fayette y encontraros un poco más razonable

á M. de Saint Evremond, le interrogué sobre ese punto. He aquí su respuesta :

CARTA DE M. DE SAINT-EVREMOND Á MADEMOISELLE
DE LENCLÓS.

« Pienso exactamente igual que vos ; no es siempre el himeneo ó la posesión del objeto amado lo que destruye el amor ; las verdaderas causas del disgusto que experimenta el que ama son · la posesión demasiado completa, demasiado fácil, demasiado continua, la escasa inteligencia que se pone al servicio del sentimiento. Desde el momento en que nos entregamos á todos los arrebatos de una pasión, esas grandes sacudidas del alma la dejan en la más profunda soledad. El corazón se encuentra entonces en un vacío que la inquieta y le causa frialdad. En vano buscamos fuera de nosotros las causas de la calma que sucede á nuestros arrebatos ; no vemos que una felicidad más igual y más durable hubiera sido el fruto de nuestra moderación. Haced un exacto análisis de lo que pasa en vos cuando deseáis alguna cosa, y hallaréis que vuestros deseos no son más que una verdadera curiosidad. Esta curiosidad es el resorte del corazón. Si se encuentra satisfecha, nuestros deseos se desvanecen. La que quiera conservar el amor de un esposo ó de un amante, debe dejarle siempre algo que desear ; cada día debe prometerle una novedad para el siguiente. Diversificad sus placeres, procuradle los atractivos de la inconstancia en el mismo objeto, y respondo de su perseverancia y de su fidelidad.

» Confesaré, sin embargo, que el himeneo, ó lo que llamáis la caída, es, para *una mujer vulgar*, la tumba

CARTA XLIV

La calma ha sucedido á la tempestad y veo por vuestra carta que estáis más contento de la condesa y de vos mismo. ¡Qué poderosa es la razón cuando se enuncia por la boca de la mujer que se adora! Ved cómo el proceder de nuestra amiga produce efectos diferentes de los obtenidos por la marquesa; los rigores de la primera han aumentado vuestra estimación y vuestro amor por ella; las bondades de la segunda han hecho infiel al caballero. Así son la mayor parte de los hombres; la ingratitud es casi siempre el premio de nuestras condescendencias. Todavía tiene remedio esa desgracia y á este propósito voy á enteraros de una carta que recibí hace algunos días, de M. de Saint-Evremond. No ignoráis la correspondencia íntima que siempre he tenido con él.

El joven conde de... acababa de casarse con la señorita de... de la que estaba locamente enamorado. Se me quejaba un día de que el himeneo y la posesión del objeto amado, debilitan casi siempre y hasta destruyen el más tierno amor. Hablamos extensamente sobre este asunto, y como en aquel mismo día escribí

más cuidado. El exceso de su ardor no la justifica á mis ojos; el corazón es casi siempre un corcel fogoso cuya vivacidad hay que corregir. Si no empláis esas fuerzas con economía, esa vivacidad no será más que un arrebató pasajero. La misma tibieza que notáis en el amante después de esos movimientos convulsivos, la experimentaréis vosotras mismas y los dos sentiréis la necesidad de separaros. Es necesario más talento del que comúnmente se cree para amar y ser feliz amando. Hasta el momento del fatal *sí ó*, si vos lo queréis mejor, hasta el de la caída, una mujer no necesita artificios para conservar al amante. La curiosidad le excita, el deseo le sostiene, la esperanza le anima. Ella ha de hacer tantos esfuerzos para retenerle como hizo él para vencerla; es preciso que el deseo de conservarle la vuelva ingeniosa; un corazón es como las grandes plazas: la adquisición es menos difícil que la conservación. Para enamorar á un hombre, son necesarios los encantos; limitaciones; el amante tendrá que pedir alguna cosa siempre y, por consecuencia, se mostrará sumiso para obtener. Las complacencias exageradas envilecen los más seductores encantos y disgustan al que las obtiene. La sociedad coloca en el mismo nivel á todas las mujeres; la bella y la fea, después de su caída, no se distinguen más que por el arte de conservar su autoridad; pero ¿qué ocurre generalmente? Una mujer cree que lo único que la corresponde es ser afectuosa, acariciadora, dulce, igual y fiel. Y tiene razón en cierto modo, porque esas cualidades deben constituir el fondo de su carácter; pero esas mismas cualidades por muy estimables que sean, si no son realzadas por una pequeña sombra de desigualdad, amortiguarán la

del amor. La culpa es mucho menos de él que de la que se queja del enfriamiento de la pasión: ella echa sobre la corrupción del corazón lo que es efecto de su propia torpeza, de su escasa economía. Ha gastado en un día todo lo que podía satisfacer el gusto que había excitado. Ya nada tiene que ofrecer á la curiosidad de un amante; es la misma estatua; nada de variedad; él se la sabe de memoria; pero en *una mujer como yo la imagino*, es la aurora del más bello día, del día en que comiezan los más intensos placeres: las efusiones del corazón, esas confianzas recíprocas que causan en el alma un estado tan delicioso, esas ingenuidades, esas confesiones que se escapan, esos arrebatos que excitan en nosotros la certidumbre de hacer toda la felicidad y de merecer toda la estimación de la persona que amamos. Ese día es el momento en que el hombre delicado descubre tesoros inagotables que hasta entonces se le ocultaban cuidadosamente: la libertad que una mujer adquiere va á poner en juego todos los sentimientos antes reprimidos; su corazón va á tomar el vuelo, pero un vuelo prudente y bien dirigido. El tiempo, lejos de traer disgustos, no proporcionará más que nuevas razones de amarla más. Para conservar un amante, no es bastante (acaso es demasiado) amarle locamente; hay que saber amarla con prudencia, con cierta continencia, y por eso es el pudor la cosa mas ingeniosa que las personas delicadas han imaginado. Entregarse á la impetuosidad de su inclinación, anularse — por decirlo así — en el objeto amado, es la conducta de una amante sin discernimiento. Eso no es amor; es amor por el momento, es querer hacer del amante un niño mimado. Una mujer ha de conducirse con más reserva y con

no tendrán tantos motivos de queja y hasta estarán más contentas de sí mismas. Las cosas cambiarían si las mujeres recordasen que su papel es el de hacerse rogar y el nuestro el de suplicar y merecer nuevas bondades; hechas para conceder, nunca deben ofrecer. Hasta en los arrebatos de la pasión han de ser reservadas, guardándose muy bien de entregarse por completo, sin amables querellas, tan necesarias para impedir el hastío.

» Cuando digo que la uniformidad de un trato galante debe ser animada por algunas tormentas, no creáis que quiero significar que dos amantes para ser felices han de estar disputando continuamente. Deseo solamente que sus divergencias nazcan de su amor mismo, que la bella no olvide — por una bondad pusilámne — los cuidados y atenciones que la son debidos, que por una excesiva sensibilidad no haga de su amor una fuente de inquietud capaz de envenenar todos los momentos de su vida; que por una felicidad escrupulosa no haga creer á su amante que nada tiene que temer. Tampoco es preciso que por una dulzura exagerada, por una unanimidad inalterable tenga una mujer la debilidad de perdonar todo al hombre que la falta. La experiencia nos demuestra que frecuentemente las mujeres pierden el corazón de sus amantes ó de sus esposos por exceso de indulgencia y de facilidad. ¡Qué torpeza! Creer que es meritorio sacrificarles todo; les miman y hacen de ellos unos ingratos. Tanta generosidad se vuelve contra ellas mismas; ellos se habitúan á ver como un derecho lo que se les concede como una gracia.

» Todo los días veis mujeres (hasta entre aquellas que despreciamos con harta razón) que reinan con

pasión y traerán la languidez y el hastío; venenos mortales para los corazones mejor constituidos.

» ¿Sabéis por qué los amantes se cansan fácilmente? ¿Por qué se agradan tan poco después de haberse complacido tanto? Porque las dos partes interesadas tienen una idea igualmente falsa. La una cree que nada más puede obtener ya, y la otra imagina que no puede dar más. De aquí se sigue necesariamente que el uno detiene su amorosa persecución y la otra descuida el hacerse valer ó creer que no puede hacerse valer más que por las verdaderas cualidades de su carácter. La razón y la estimación sustituyen al amor; se pierden los atractivos y no se promueven esas para conseguir su constancia, es preciso algo más: habilidad, mucho ingenio y hasta un poco de desigualdad en el carácter; pero, por desgracia, desde que ceden, son las mujeres demasiado tiernas, excesivamente obsequiosas. Sería conveniente para los dos que ellas resistiesen al principio un poco menos y luego un poco más. Vuelvo á repetirlo: no prevenirán el hastío, sino haciendo que el corazón desee nuevas felicidades. Las oigo quejarse continuamente de que nuestra indiferencia es siempre el fruto de sus complacencias con nosotros. Sin cesar nos recuerdan el tiempo en que llenos de amor pasábamos al lado de ellas días enteros. Están ciegas, no ven que aun pueden hacernos volver á esos momentos cuyo recuerdo las es tan querido. Que olviden lo que han hecho por nosotros y no aspirarán á hacer todavía más; que nos lo hagan olvidar y exigiremos menos; que despierten nuestro corazón con nuevas dificultades; que renazcan nuestras inquietudes; que nos obliguen á desear nuevas pruebas de un amor cuya certidumbre disminuye su valor. Entonces

CARTA XLV

Voy á complaceros en dos palabras, marqués. He aquí lo que pienso á cerca de la carta que ayer os envié: para que una mujer pueda aprovechar los consejos de M. de Saint Evremond es preciso que no esté muy enamorada y que haya inspirado una gran pasión. Pero de eso, cuando gustéis, hablaremos extensamente. Y paso á lo que os concierne. El sacrificio que de vos ha exigido la condesa, bien merece el precio que le habéis puesto. Renunciar por ella á una mujer que os mostraba tan buenas disposiciones para trataros muy bien, y renunciar públicamente, en presencia de su rival y con tan pocos miramientos á la dignidad de la persona abandonada, es un esfuerzo que no debía hacerse sin una recompensa proporcionada. No podía encontrar un pretexto más á propósito para concederos su retrato. Pero escoger un día tan solemne como el primero de recepción de la marquesa; elegir el momento en que M^{me}... aspiraba á competir en belleza con su rival; hablar á la primera con breve displicencia y emplear con la segunda todo género de galanterías, es un ultraje que no se os perdonará jamás; se vengará — ya lo

etro de hierro, que tratan á sus enamorados como esclavos y que los envilecen en fuerza de dominarlos. Y esas mujeres son amadas por más tiempo que las otras. Una mujer delicada no seguirá ese ejemplo : ese trato militar repugna á la dulzura de las costumbres y perjudica á la decencia que constituye el encanto hasta de aquellas cosas separadas de la virtud. Pero si una mujer razonable disipa lo que de brutalidad hay en esa conducta, quedará lo necesario para conservar el amante. Somos esclavos á los que demasiadas bondades convierten en insolentes con frecuencia pedimos ser castigados. En el fondo del corazón vive una regla de justicia que nos advierte que la mano que nos gobierna cae á veces sobre nosotros con sobrada razón.

» En todo lo que es resorte del amor, las damas son soberanas, y de ellas debemos esperar nuestra felicidad y la harán infaliblemente si saben gobernar con inteligencia nuestros corazones, moderar sus propias pasiones y mantener su autoridad sin comprometerla y sin abusar de ella ».

Vemos, por exemplo, que un amante se dispone á retirarse; tememos que se nos escape para dirigirse á otra más complaciente; no queremos perderle; nos humilla vernos abandonadas; cedemos, no encontramos otro medio para guardarle. Lo hacemos para no tener nada que reprocharnos. Si después de eso nos deja, él tendrá la culpa de todo. Como la mujer ama más por los favores que concede, piensa que el hombre los ha de agradecer. ¡Qué tontería! Otras se rinden por distintos motivos. Ésta, por la curiosidad, porque quiere saber lo que es el amor. Aquélla — sin belleza notable, — aspira á retener á los hombres por el atractivo del placer. Otras, ceden á la piedad, á la ocasión, á las importunidades, al deseo de vengarse de un infiel. Algunas, aspiran á dar á su vanidad la satisfacción de enamorar á un hombre singular por cualquier concepto. El corazón es tan raro y las razones que le deciden tan varias y extrañas que es imposible descubrir las causas que producen el éxito amoroso de los hombres. Pero si nosotras nos forjamos ilusiones sobre los medios de reteneros, ¿cuántas veces no os equivocáis vosotros acerca de las pruebas de nuestro amor? Si tuvierais más delicadeza, encontraríais mil que prueban bastante más que los favores más señalados.

Decidme, marqués ¿qué he hecho á M. de Coulanges? Hace un mes que no ha puesto el pie en mi casa. Sin embargo, cuando viene, procuro tratarlo bien, porque es uno de los hombres más amables que conozco. Si no hacéis que me visite á mi vuelta de Versalles, me disgustaré con vos; quiero que me cante él mismo los últimos *couplets* que ha escrito. Dicen que son encantadores.

veréis — y con toda la crueldad que pueda. Os respondo de ello. Y vamos á la segunda cuestión de vuestra carta.

Me preguntáis si el último favor ó, más bien, la última falta que podemos cometer, es una prueba cierta de que una mujer os ama. Sí y no.

Sí, si amáis á una mujer á la que hayáis inspirado la primera pasión y que tenga delicadeza y virtud. Pero aun en este caso, esa prueba no será más segura ni más halagadora para vos que las otras que os haya dado de su amor. Todo lo que hace una mujer que ama, hasta las cosas menos importantes en apariencia, son pruebas tan evidentes de su pasión como esas otras que tanta significación tienen para vosotros. Además, si esa mujer virtuosa es de cierto temperamento, el último favor probará menos que otros pequeños sacrificios que para nada tenéis en cuenta; porque entonces lo hace más por ella que por vos y está demasiado interesada en escucharos para que podáis vanagloriaros de haberla persuadido; otro cualquiera hubiera obtenido lo mismo. Conozco á una mujer que se ha dejado vencer dos ó tres veces por hombres que no amaba y, sin embargo, aquel de quien estaba enamorada, nada ha obtenido. Puede, pues, suceder, que el último favor no pruebe nada el que lo obtiene, porque á veces éste debe la facilidad que encuentra al poco caso que se hace de él. Nunca nos respetamos tanto como delante de aquellos á quienes estimamos; tened la seguridad de que sólo una pasión muy imperiosa, es capaz de determinar á una mujer razonable á olvidarse de su reputación ante aquel de quien teme el menosprecio. Vuestro pretendido triunfo puede obedecer á causas que, lejos de ser favorables, os humillarían si las conocieseis.

ciendo. Que nada amortigüe el amor que por ella sentís. Habéis obtenido la confesión de su pasión por vos; pero ¿es por eso menos estimable? ¿no debe aumentar á vuestros ojos el precio de su corazón en proporción de la seguridad que adquirís de ser el único poseedor? Y aun cuando hubieseis obtenido las pruebas de que hablaba en mi carta anterior, ¿os creeríais con derecho á menospreciarla? Me indignan los hombres cuando creen que pueden despreciar á mi sexo y castigarnos por nuestras debilidades; ¿no es el colmo de la injusticia y de la depravación el insultar al dolor que nos causa vuestra pérdida? ¿No pueden ser inconstantes sin ser injustos? ¿Ó es que la injuria debe seguir al hastío que experimentan? Y si somos culpables, ¿es el que se ha aprovechado de nuestras faltas, el que las ha ocasionado, quien debe castigarnos por ellas? Conservad siempre los sentimientos que tenéis por la condesa. Que una falsa opinión no perjudique los progresos que pueden hacer todavía en vuestro corazón. Lo que nos haga despreciables á vuestros ojos, no debe ser nuestra caída en sí misma. La manera que hemos empleado para defendernos, entregarnos y para conservar nuestro amor, debe ser la medida de vuestra estimación ó vuestro desprecio.

M^{me}. de La Fayette ha dicho que mi última carta encerraba un fondo excesivamente libre. De eso tiene la culpa vuestra indiscreción. Pero M^{me}. de La Fayette no se fija en que no soy más culpable por eso que el anatómico en sus experiencias. Yo analizo el hombre metafísico del mismo modo que él analiza el hombre físico. ¿Creéis que el científico en sus operaciones debe omitir por escrúpulo las partes del cuerpo que pueden ofrecer á las gentes corrompidas ocasiones de entregarse á las inmoralidades de una

CARTA XLVI

Sois demasiado bueno, marqués, puesto que habéis notado mi ausencia. Si no os he escrito durante mi estancia en el campo, es porque sabía que erais feliz, y esta idea me tranquilizaba. He pensado que el amor tiene sus derechos. Como por lo general su reinado no es largo y como la amistad no debe molestarle para nada, he esperado que un intervalo de placer os permita leer mis cartas. ¿Sabéis lo que he hecho durante ese tiempo? Me he divertido combinando los acontecimientos que han de suceder; he previsto las luchas de la condesa con su rival; he presentido que todo esto terminaría con una abierta ruptura; he adivinado que la marquesa no será del partido de la primera y abrazará la causa de la otra, porque no es tan bella como su rival, razón decisiva de declararse por ella y apoyarla resueltamente. ¿Cuál es la solución de todo esto? la desunión femenina que ha tenido lugar. ¡Cuántos trastornos en tan poco tiempo! En cambio, vuestra felicidad permanece inalterable. Todos los días encontráis nuevas razones de amar y estimar á la condesa. Una mujer de tan positivo mérito y tan interesante, atrae más, á medida que se la va cono-

CARTA XLVII

No me admiran las incitaciones que os dirige la rival de la condesa. Conozco bien á las mujeres. No dudéis un instante de que si emplea todos los refinamientos de la coquetería, es por quitar á la condesa su amante; la habéis impresionado, pero moderad vuestro amor propio, porque es el deseo de venganza, es el motivo más poderoso que la impulsa. Su vanidad está interesada en castigar á la condesa por las preferencias que ha obtenido. Las mujeres no perdonan esas cosas. Habéis encontrado en la rival de la condesa lo que exigís de ésta. Os ofrece por adelantado el premio de vuestras solicitudes y veo que seréis tan poco delicado que terminaréis por aceptar sus ofrecimientos. El corazón de todos los hombres está siempre por la más fácil.

Deberiais enrojecer si la condesa tuviera algo que reprocharos. ¡ Á qué mujer preferís! Una mujer sin delicadeza, sin amor; una mujer guiada por el atractivo del placer únicamente, más vana que sensible, más voluptuosa que tierna, más viva que afectuosa, no quiere, no desea en vos más que vuestra juventud con todas las cualidades que la acompañan.

imaginación perversa? No es el fondo de las cosas lo que constituye su indecencia; no son las palabras, ni siquiera las ideas; es la intención del que habla y, casi siempre, la degradación del que escucha. M^{me}. de La Fayette es la persona de quien menos podía figurarme que habla de dirigirme semejantes reproches; mañana, en casa de la condesa, la haré ver lo injusta que es conmigo.

eso á seguir vuestros pasos en el camino que vais á emprender. ¿De qué sirve el afligirse? ¿Qué sacaría yo adoptando con vos el tono de un pedagogo? Saldríamos los dos perdiendo. Yo me fastidiaría y vos no os corregiríais.

Sabéis todo lo que vale la condesa, conocéis vuestros yerros y vuestra ingratitud y, sin embargo, no hacéis lo que debíais hacer. En verdad, marqués, que no os comprendo. Comienzo á creer que Mme. de Sévigné tiene razón cuando dice que su hijo conoce sus deberes, y que razona muy bien, pero le arrebatan las pasiones, de suerte que es un loco por el corazón y no por la cabeza.

En vano me recordáis lo que os he dicho en otras ocasiones acerca de la forma despreocupada en cierto modo con que es necesario tomar el amor. Acordaos también de que en aquella época yo no pretendía daros consejos en serio, sino que hacía reflexiones más bien humorísticas. No olvidéis que entonces se trataba de un gusto pasajero, de una amante vulgar; pero el caso de ahora es muy diferente; ni una sola de las mujeres de París puede compararse con la que tan cruelmente abandonáis y ¿por qué razón? Porque su resistencia hiere vuestra vanidad. ¿Qué recurso nos queda entonces para conservaros?

Sin embargo, convengo con vos en que, cuando una pasión está apagada, vuelve á encenderse difícilmente. « Del mismo modo que no se es dueño de amar, tampoco se es de dejar de amar. » Comprendo la verdad de estas máximas, pero la acepto con sentimiento desde que considero que con conocimiento de causa, dejáis lo bueno por lo malo; que renunciar á una felicidad sólida, á goces duraderos, para entregaros á gustos depravados, á simples caprichos; pero bien lo veo, todas mis reflexiones de nada servirán. Temo fastidiaros con mi moral y, hablando con franqueza, creo en mí ridículo el predicaros la constancia, porque ya no la amáis y porque vuestro corazón es loco. Os abandono á vuestro funesto destino, sin renunciar por

CARTA XLIX

¿No sabéis que es más fácil conquistar á una querida que desembarazarse de ella? Ahora lo experimentáis. No me sorprende vuestro hastío; lo que me extraña es que no haya llegado antes. Si no ignoráis cuál es su verdadero carácter, ¿cómo podéis pensar que la desesperación que ella afecta, viendo que vuestra indiferencia aumenta todos los días, sea efecto de una pasión verdadera? Sois la víctima de su astucia; me extraña vuestra ceguera y os compadezco. ¿No será vuestra vanidad la que fortifique el error en que estáis? En verdad que sería una vanidad muy singular; pero son tan vanidosos los hombres que se sienten halagados con el amor de la cortesana más vulgar. Desengañaos; una mujer como vuestra amante, cuando se la deja, no tiene en cuanta más que su propio interés. Se esfuerza en convenceros con sus lágrimas y con su desesperación de que vuestra persona y vuestros méritos son la causa de su dolor, que la pérdida de vuestro corazón es para ella el colmo del infortunio y que no ve á nadie capaz de consolarla de esa pérdida. Esos sentimientos son falsos. No es una amante afligida la que os habla;

CARTA XLVIII

No os lo oculto, marqués; vuestra conducta con la condesa me indignó contra vos y tentada estuve de romper toda comunicación con un hombre tan malo como vos. La facilidad con que accedo á vuestras súplicas me hace creer que mi amistad por vos es una debilidad. Tenéis razón : si no os fuera adicta más que cuando seguís mis consejos, no sería una verdadera amiga. Cuanto más digno seáis de compasión, menos debo abandonaros; pero no se es dueño del primer movimiento. Aunque yo me esforzara por encontraros menos culpable, el interés por la condesa hacía inútiles mis esfuerzos. Había momentos en que no podía creerlos inocente, puesto que una persona tan bella y tan distinguida se quejaba de vos. Ahora que veo dulcificarse su situación, me acuso de mi frialdad en la última carta que os escribí.

En adelante, me contentaré con compadecerla sin importunaros más. Volvamos pues, á nuestra antigua correspondencia. No temáis mis reproches; bien veo que serían tan inútiles como fuera de lugar.

capricho, á la ocasión ó á la sorpresa. Guardaos de imitar á esos imbéciles. Los corazones son la moneda de la galantería; las personas amables son efectos que pertenecen á la sociedad; su destino es circular y hacen la felicidad de muchos. Un hombre constante es tan culpable, como un avaro que detiene la circulación en el comercio. Conservar un tesoro que le es inútil, mientras otros harían de él un uso admirable.

¿Qué es una querida á la que se conserva por convicción nada más? ¿Qué languidez no reinará en su trato? ¿Qué violencia no se empleará para decirla que se la ama, siendo esto falso? Raro es que la pasión termine en los dos amantes al mismo tiempo. Entonces la constancia es una verdadera desgracia; la comparo á lo que hacía aquel tirano de la antigüedad que, para que expirase un hombre, lo colocaba al lado de un cadáver. La constancia nos condena al mismo suplicio. Creedme; seguid vuestra inclinación por la otra mujer de que me habláis en vuestra carta; os aburrirá alguna vez, pero al menos, no os degradará. Si, como decís, es poco espiritual y muy bella, su reinado no será largo. Pronto estaréis vacante y no dudo que á esa sucederán otra ú otras galanterías. Tal vez no esperéis el fin, porque por vuestra carta veo que os habéis convertido en un hombre á la moda. Me lo prueba el nuevo sistema que habéis adoptado. No terminar una aventura antes de tener otra comenzada, retirarse de la primera en proporci3n de los adelantos que se hagan en la segunda, nada mejor. Tener siempre una que ocupe los interregnos es una medida muy conveniente; es proceder con toda la prudencia imaginable. No dudo que os irá bien con un plan tan sabiamente combinado. Adiós

es una mujer vana, desesperada de ser abandonada, ofendida del poco poder de sus encantos, inquieta por el modo de reemplazaros prontamente y que quiere adoptar un aire de sensibilidad que la haga parecer digna de mejor suerte. Justifica este pensamiento de M. de La Rochefoucauld : « Las mujeres lloran á sus amantes, más que por haberlos amado, por parecer más dignas de ser amadas. » Realmente debe tener de vos una idea muy rara para esperar que os prestéis á su comedia. ¿Queréis conocerla? El caballero no tiene amante en la actualidad; excitarle á que os sustituya. No recibiré dos cartas de vos sin que me habléis de la facilidad con que se ha consolado de haberos perdido.

Una mujer de su edad teme que no volverá á encontrar lo que ha perdido y que ha de verse obligada á envilecer sus encantos, aceptando al primero que se presente. Su dolor tal vez sea verdadero, pero os engaña acerca de los motivos. Desembarzaos sin escrúpulo de esas cadenas. Siendo constante y delicado con una mujer como esa, me pareceréis tan ridículo como me parecisteis culpable en cierta ocasión. Acordaos de lo que nos decía un día M. de Coulanges : La constancia es la virtud de las gentes de mérito limitado. Se aprovechan del capricho de una mujer amable y no se separan de ella, porque el sentimiento de su mediocridad les intimida y no se atreven á tratar de agradar á otras. Demasiado felices de haber sorprendido un corazón, temen abandonar un bien que saben no han de hallar en otra parte; y como un instante de atención á lo poco que valen, podría desengañar á esa mujer, erigen la constancia en virtud, hacen del amor una superstición, se interesan por conservar un corazón que no deben más que al

CARTA L

Á pesar de vuestras bromas, os repito que no estáis enamorado de la presidenta. Veo más claro que vos en vuestros asuntos. He conocido muchos que con la mejor fe del mundo se creían enamorados y no lo estaban ni mucho menos. Hay enfermedades del corazón como las hay del cuerpo : unas son reales, otras imaginarias. Todo lo que os atrae á una mujer no es amor. La costumbre de estar juntos, la comodidad de verse, la necesidad de decir alguna galantería, el deseo de agradar, la esperanza de hacerlo con fortuna, mil otras razones que no se parecen á la pasión, son la mayor parte de las veces sentimientos que confundís con el amor y las mujeres son las primeras en fortificar este error. Halagadas por los homenajes que los tributan, nunca examinan las causas á que las deben con tal quede satisfecha su vanidad. Después de todo tienen razón; perderían el tiempo.

Á todos estos motivos podéis agregar una capaz de producir falsas ilusiones acerca de la naturaleza de vuestros sentimientos. La presidenta es sin duda la más bella mujer de nuestro tiempo; se ha casado nuevamente; ha rehusado el amor de uno de los

No sé cómo tengo el valor de escribiros cartas tan largas y tan locas. Experimento un secreto encanto al escribiros, y si no conociera bien mi corazón, sospecharía de ese encanto. Sin embargo, ahora está vacante, y me pongo en guardia por si acaso, porque frecuentemente me decís cosas muy tiernas. Haré lo posible por no creerlas

llegue un tiempo en que pueda expresar mi pensamiento con más libertad. Contesto al resto de vuestra carta.

Confesadlo, marqués; preciso era que estuvieseis muy desocupado esta mañana para divertirnos leyendo mis cartas y de muy buen humor para tomaros la molestia de criticarlas. Alguna excursión brillante, alguna cita halagadora se habrán aplazado. Pero no quiero eludir la dificultad. ¿Decís que me contradigo? Os confieso que puede suceder y os respondo lo que M. de La Bruyère contestaba el otro día á algunos críticos : « No soy yo el que me contradigo; es el corazón acerca del cual razono. » ¿Podréis afirmar con razón que es falso lo que os he dicho? No lo creo. ¿Qué iba á hacer si arrastrada por las situaciones en que os encontrabais no he negado lo que había afirmado en otras ocasiones muy diferentes? ¿Qué iba á hacer yo si, viéndoos dispuesto á caer en un peligro, he afirmado en absoluto cosas que de afirmarlas tibiamente, no lo hubieran alejado? ¿Qué iba á hacer yo si, interesándome por la felicidad de una amiga, he tenido que prescindir de un poco de sinceridad? En vuestra carta hay más malignidad que deseo de criticarme. Os juro que será la última vez que abuséis de mi simplicidad. Voy á consolarme de esta perfidia con... alguien que no es tan malo como vos. ¡Qué lástima que no seais una mujer! Tendría un gran placer en hablaros de los nuevos peinados. Nunca he visto nada tan extravagante como su altura. Reparad, marqués, en que si no lleva un peinado así continuamente, no podréis decorosamente continuar enamorado de la presidenta.

hombres más distinguidos que conocemos. Nada halagaría tanto vuestra vanidad como una conquista que os daría la celebridad á que aspiráis. He aquí, mi querido marqués, lo que confundís con el amor; difícilmente os desalucinaréis, porque á fuerza de persuadiros de que lo sentís, llegaréis á creer firmemente en la realidad de vuestra pasión. Será singular ver con cuanta dignidad hablaréis de vuestros pretendidos sentimientos; con cuanta buena fe creeréis que merecen correspondencia y lo más gracioso será las deferencias que, como deber, se les tributaran. Pero, por desgracia, os desengañaréis y seréis el primero en reiros del aire de importancia con que os habéis conducido en tan extravagante asunto.

Estoy persuadida de que ya no os enamoraréis otra vez. No tendréis más que gustos pasajeros, tratos frívolos, caprichos — todas las apariencias é imitaciones del amor. No experimentaréis las penas que éste lleva anejas, pero ¿gozaréis la más pequeña de sus dulzuras? ¿esperáis encontrar en esas fantasías los instantes deliciosos que en otros tiempos eran vuestra suprema felicidad? No tengo deseo de adularos, pero creo haceros justicia al decir que vuestro corazón está hecho para los placeres delicados. No sois responsable de la disipación en que vivís; lo son los jóvenes locos con que os reunís. Lllaman gozar al abuso que hacen de los placeres: el ejemplo os arrastra. Pero esa embriaguez, pronto ó tarde, se disipará y entonces veréis que os habéis equivocado de dos maneras sobre el estado de vuestro corazón. Habéis creído que estabais enamorado de la presidenta; reconoceréis vuestro error; habéis pensado que ya no erais sensible á los encantos de... pero quiero cumplir la palabra que os he dado. Tal vez

Green como vos que el sacrificio que se les hace de un rival supone su superioridad sobre él. ¡Cuántas veces ocurre que este sacrificio no es más que un juego. Si es sincero, ó la bella había amado á ese rival ó no le había amado. Si le había amado, el dejarle es una prueba cierta de que ya no le ama; y en este caso, ¿qué gloria se obtiene con semejante preferencia? Si no le había amado, ¿qué deducís en vuestro favor de la pretendida victoria que obtenéis sobre un hombre que la era indiferente?

Hay otro caso en que podéis ser preferido y en que esta preferencia no sea motivo para causaros orgullo : si la vanidad de la bella que atacáis es más fuerte que su inclinación por el amante desgraciado. Vuestro rango, vuestra fortuna, vuestra fama, vuestra figura pueden determinarla en vuestro favor. Es raro (lo digo para vergüenza de las mujeres, aunque las hombres no sean menos ridículos que ellas en este respecto), es raro, repito, que un amante que no tiene más que su amor y sus grandes sentimientos, resista mucho tiempo contra un hombre notable por su cualidad, por el lugar elevado que ocupa, que tiene criados, coche, etc. Desde el momento que un amante pueda ridiculizar á una mujer y ésta no se atreva á declarar quién es su vencedor, no se aventura gran cosa al afirmar que el reinado de ese amante no será largo. Lo único que apurará á la bella será la elección de causa para dejarle. El marido de la presidenta era un consejero tan insípido y tan rígido como su peluca. ¡Qué figura la de ese hombre al lado de un cortesano ó de un guerrero como vos!

¿Creeréis ahora en mis profecías? ¿Qué os dije? ¿Ha encontrado el caballero muchas dificultades para persuadir á vuestra Penélope? Esa mujer desolada

CARTA LI

¡ Cosa decidida ! Á pesar de lo que yo os decía, sois el preferido de la presidenta; se os ha sacrificado un rival amado, triunfáis. ¡ Qué afortunada es vuestra vanidad ! ¡ Cuánto me reiría si vuestro pretendido triunfo condujera á despediros el día menos pensado ! Porque pudiera ocurrir que ese sacrificio que constituye toda vuestra gloria no fuera más que un fingimiento. ¿ No habéis aprendido todavía á desconfiar de los sentimientos que afectan las mujeres ? Pero si la bella os hubiera tomado para despertar en el corazón de su Cupido un amor que comenzaba á languidecer, si no fuerais más que el instrumento de los celos del uno y del artificio de la otra, ¿ habría motivo para reirse ? La presidenta es poco fina, me diréis y, por consiguiente, incapaz de una intriga así. El amor, querido marqués, es un gran preceptor y los más imbéciles (en otros órdenes de la vida) hacen gala muy á menudo de un discernimiento fino, justo y seguro cuando está interesado su corazón. Pero dejemos la tesis particular y consideremos á los hombres, en general, en la situación **en que vos os encontráis.**

CARTA LII

Si, marqués; la condesa debe la tranquilidad que ahora goza á mi amistad y á mis consejos y no concibo el disgusto que os causa la indiferencia que la inspiráis. Mucho se necesita para sentir deseos de compadeceros; vuestro dolor no tiene más causa que una herida de la vanidad. Los hombres son injustos; quieren que una mujer les mire siempre como objetos interesantes para ella, mientras que ellos al dejarla, no olvidan nada para convencerla de que la desdennan. Decidme, ¿qué os importa el amor ó el odio de una persona á quien no amáis? Vuestros celos contra el duquesito son tan poco razonables que me hacen prorrumpir en una carcajada. ¿No es natural que una mujer se consuele de vuestra pérdida, escuchando á un hombre que conoce mejor que vos lo que vale su corazón? ¿Con qué derecho os quejáis? Examinad vuestra conciencia; convenid en que M^{me}. de Sevigné tiene razón : tenéis el corazón loco. ¡ Pobre marqués !

Á pesar de todo lo que me proponéis, me parece muy gracioso. Sería muy bonito ayudaros en vuestro proyecto de venganza contra la infiel. Aunque no fuera más que por despecho y por la singularidad

y dispuesta á atravesarse el corazón, en menos de quince días os da un sucesor; le ama, se lo prueba y es despreciada. ¿Pierde el tiempo? ¿Qué pensáis de eso?

CARTA LIII

Abandono la partida si persistís hablándome en esa forma. ¿Qué demonio os ha sugerido ese furor por reemplazar á los ausentes? ¿Hay derecho á molestar tanto como me molestasteis ayer? No sé cómo os arreglasteis que, á pesar del deseo que tuve de enfadarme por vuestras frases, no encontré cólera contra vos. No sé adonde iremos á parar. Lo cierto es que no quiero amaros y, lo que es peor aún, que nunca os amaré; sí, señor, nunca. En verdad que es cosa extraña querer convencer á una mujer de que está afligida, de que necesita ser consolada, cuando ella os asegura que no. Es llevar las cosas hasta una tiranía insoportable. Reflexionad un poco sobre lo que os ocurre. ¿Sería decente, decidme, que ocupase el lugar de mi amiga? ¿Que una mujer que os ha servido de Mentor, que ha hecho con vos el papel de madre, descendiese ahora al de amante? Sois un malvado. Si tan pronto habéis abandonado á una mujer joven y bella, ¿qué haríais con una vieja como yo? ¿Queréis conquistarme para ver si comprendo el amor en la práctica lo mismo que en la teoría? Para eso no hay necesidad de que os molestéis seduciéndome. Ahora mismo satisfaré vuestra curiosidad.

Sabéis que las personas casi nunca obramos de

del hecho, deberíamos amarnos. Pero esos juegos terminan mal casi siempre. El amor es una letra que se hace efectiva aun tomándola á juego. Conservad, marqués, vuestro corazón; me remordería monopolizar objeto tan precioso. Además, estoy tan aburrida de la insipidez de los hombres, que no quiero tener más que amigos. Comienzo á sentir lo que vale la tranquilidad y quiero gozarla. Sería original que se os llegase á poner en la cabeza que tenéis necesidad de ser consolado y que mi situación exige el mismo auxilio, porque el marqués de... se ha marchado con su embajada. Desengañaos; me bastan mis amigos, y si queréis ser de éstos, no me requebréis y si no... Adiós, marqués.

CARTA LIV

No quiero ocultares por más tiempo los verdaderos sentimientos de la condesa respecto á vos. Mientras he podido guardar su secreto sin traicionar vuestra amistad, lo he hecho; pero si os ocultara lo que voy á decir, quizá algún día me haríais muy justas recriminaciones. Á pesar de algunas infidelidades de que sois culpable y del cuidado con que se os ha persuadido de que no inspirabais sino indiferencia, nunca la condesa ha cesado de amaros tiernamente. No quería privarse del placer de veros y para atraeros á mi casa y por complacer á la condesa os he hecho algunas incitaciones. Pero todo eso no ha podido satisfacer á un corazón profundamente herido y ella está á punto de ejecutar un propósito al cual siempre me he opuesto. Leed la carta que ayer me escribió y que ahora os envío :

CARTA DE LA CONDESA Á M^{lle}. DE LENCLÓS

« Mi querida Ninón : Si queréis continuar siendo mi amiga, cesad de combatir mi resolución; sabéis que no es obra del momento. No es el fruto de un disgusto

acuerdo con nuestros principios; eso precisamente es lo que veríais en las relaciones que queréis tener conmigo. Lo que os he dicho sobre las mujeres y sobre el amor, no os ha mostrado cómo me conduciría yo con un amante. Hay mucha diferencia entre sentir y pensar, entre hablar por cuenta propia y hablar por cuenta de otros. Encontraríais en mí muchas excen- tricidades que tal vez no os agradaran. No siento como las demás mujeres. Podéis conocer á todas sin conocer á Ninón; y creedme, lo que de nuevo descu- brierais en mí, no os recompensaría de los esfuerzos hechos para agradarme. Exageráis el valor de mi conquista ; os advierto que concebís demasiadas esperanzas. La corte os ofrece mil hermosas mujeres con las cuales no os exponéis como conmigo á fasti- diaros, filosofando y á hacer prodigios de ingenio. Sin embargo, no puedo ocultaros que no me hubiera dis- gustado por veros hoy. Toda la tarde he tenido la cabeza hecha un lío por la disputa sobre los antiguos y los modernos. Pero aun tengo buen humor y tentada estoy de convenir con vos en que todavía no estoy para ocuparme únicamente de ciencia y de los anti- guos. Si supierais conteneros y decirme menos terne- zas, es indudable que seríais el preferido para dis- traerme de tan serias ocupaciones. Pero sois un hombre tan intratable, tan malo, que casi no me atrevo á rogaros que vengáis mañana á cenar con- migo. Me equivoco cuando digo mañana, porque son las dos; es hoy cuando os espero. ¿Os quejaréis? He aquí una cita en forma. Esta facilidad os prueba que no os temo mucho y que de vuestras palabras no creeré más que lo que me parezca conveniente. Com- prended que á estas alturas no puedo ser crédula. Conozco tan bien á los hombres...

» Estaría inconsolable al dejaros, querida Ninón, si no tuviera la esperanza de encontraros en mi soledad. Escribid con gusto á vuestros amigos; si los juzgáis por la estimación que os profesan, nadie tan digno como yo de ese título. Cuento con vuestras cartas hasta que vengáis á hacerme compañía. Conocéis mis sentimientos por vos. »

Después de leer esta carta, ningún consejo he de daros. Espero que nadie sabrá la indiscreción que cometo y que la condesa nunca me perdonaría. Todo lo que puedo decir para justificarme á vuestros ojos, es que la habéis amado mucho para que su resolución os sea indiferente; si la hubiera encontrado justa, hubiera traicionado los intereses de los dos, dejándola ignorar.

momentáneo, ni de un imprudente despecho, ni de la desesperación. No os lo he ocultado. La posesión del corazón del marqués de Sévigné hubiera sido mi felicidad suprema en el caso de poder conservarlo para siempre. En cambio, estaba segura de perderle si hubiera tenido con él las bondades que de mí exigía. Su inconstancia me ha demostrado que la conducta opuesta no era medio seguro de conservar un amante. Hay que renunciar al amor para siempre, puesto que los hombres son incapaces de unirse á una mujer con un lazo más tierno, pero tan puro como el de la simple amistad.

» No lo ignoráis; no estoy todavía tan bien curada que vea al marqués sin turbarme. La huida es el único remedio y voy á emplearlo. No temo lo que dirán de mi retirada al campo. Saben que acabo de ganar un pleito considerable á los herederos de mi marido. He dicho que voy á tomar posesión de las tierras de... que se me han adjudicado. De ese modo quitaré al público el gusto de interpretar mi afición á la soledad, y al marqués, hasta la sospecha de que ha causado mi resolución. Os remito su retrato y sus cartas. ¡Cuánto me cuesta el desprenderme de esos objetos! Pero mi resolución no puede cambiar. Compadece-me y acordaos de que me habéis prometido hacerle creer en la más completa indiferencia por mi parte. El que rompe con ruido, anuncia que nada le parecería mejor que el que le dieran pretexto para no romper; y como yo no quiero reanudar mis amores con el marqués, devolvedle lo que os envío adjunto y exigidle que haga la misma restitución. Podéis decirle que la atención que debo á mis asuntos me obliga á ausentarme por algún tiempo; pero no habléis de mí primero que él lo haga.

pequeña amante. Olvidad sus infidelidades. ¿Queréis reprocharos la desgracia de un hombre tan amable? Sería una conducta que clamaría venganza. »

La condesa permanece aun en la irresolución; más no dudo de que llegaréis á vencer esa resistencia que se debilita por momentos.

Si la agitación que os causa todo esto, os permite examinar lo que os digo en mis cartas, ¿seréis capaz de creerme en contradicción conmigo misma? Primero os aconsejé que tomaseis el amor con despreocupación, como objeto de pasatiempo. Entonces os aconsejaba que fueseis galante y que vuestros lazos con las bellas se rompiesen fácilmente. Os hablaba en tesis general. ¿Podía yo suponer que tendríais la felicidad de encontrar una mujer que como la condesa reúne á los encantos de su sexo las cualidades de un nombre distinguido. ¡Cuán grande es vuestra felicidad! Vais á poseer en la misma persona al amigo más estimable y á la amante más encantadora. Admitidme en vuestra amistad y mi felicidad igualará á la vuestra. ¿Puede gozarse mayor felicidad que la que se comparte con los amigos?

FIN

CARTA LV

Estoy satisfecha de todo lo que habéis hecho; sois encantador. No lo dudéis; vuestra conducta, mis instancias y mejor que nosotros, el amor, vencerá todas las resistencias. Todo debe determinarla á aceptar el ofrecimiento que de vuestra mano la hacéis. Os aseguro que sólo el orgullo resiste á nuestros esfuerzos y á su propia inclinación. Yo la instaba vivamente esta mañana para que se decidiera en vuestro favor. Su última razón es el temor de nuevas infidelidades. « Reflexionad — la decía yo; — una prueba de que el marqués os será fiel, es que se ha desengañado de las otras mujeres comparándolas á aquella que abandonaba. El marqués ha tenido los excesos que su edad y condición justifican en todas partes. Se los ha permitido en un tiempo en que siempre son perdonables. Ha pagado el tributo á la moda y podrá en adelante ser impunemente todo lo tranquilo que quiera. Realmente, en nuestra sociedad no se puede aparecer enamorado de la mujer propia; pero esa será una debilidad que perdonarán al marqués en cuanto os vean. Nada arriesgáis, condesa. En el fondo sois lo bastante razonable para no cansaros muy pronto del papel de

INDICE

Envío de las Memorias. — A M. Lant de Damm.....	▼
Envío de las Cartas. — A Madame ***.....	ix
Memorias sobre la vida de Ninón de Lenclos.....	1
Cartas de Ninón de Lenclos al marqués de Sévigné.....	75